JAZMIN

LOS MAS BELLOS ROMANCES DEL MUNDO

Novelas con corazón

195 Ptas. IVA incluido

Pequeñas tentaciones

Anne McAllister

Pequeñas tentaciones
Anne McAllister
Pequeñas tentaciones (1988)
Título Original: Dare to trust (1985)
Editorial: Harlequin **Ibérica**
Sello / Colección: Jazmín 532
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Colin Davies y Anna Douglas
Argumento:

Anna se dio cuenta, cuando dejó a su prometido en California para un trabajo temporal en Wisconsin, de que podría encontrar otro hombre. No se había preocupado por ello, segura de la solidez de su compromiso con Rich.

Su encuentro inesperado con el ardiente arqueólogo Colin Davies la hizo cambiar de opinión. No sólo la obligó a revalorar sus sentimientos hacia Rich, sino que le hizo sentir que la necesitaba desesperadamente. Aquello era un asunto de vida o muerte…

Anne McAllister - Pequeñas tentaciones

Capítulo Uno

—¿No es un muñeco, querida? —preguntó la empleada a Anna, siguiendo con la vista al esbelto joven que abandonaba el local; cerró de un golpe brusco la caja registradora y se volvió a la chica.

«No exactamente», pensó Anna Douglas, mientras lo observaba salir del restaurante situado a un lado de la carretera. Lo vio subir a un Porsche rojo y alejarse.

—Claro que lo es —respondió, sólo porque la otra mujer esperaba que confirmara su definición.

Anna se preguntaba cuál sería la opinión de la camarera si conociera a Richard Howell su prometido, que se había quedado en California. Según Teri Gibbs, la ex compañera de cuarto de Anna, Rich reunía todo lo que una mujer podía desear.

Honesto, seguro de sí, responsable, atractivo, pero no un «muñeco». Richard era un hombre que poseía muchas buenas cualidades; era, en fin, lo opuesto a tipos como Toby.

—¿Va de paso? —preguntó la camarera, cuando se acercó para colocar una ensalada frente a Anna.

—No. Vengo a quedarme, empezaré a dar clases aquí en otoño.

La empleada miró a través de la ventana sucia el maltratado Volkswagen de Anna y lanzó un silbido al ver la matrícula de California.

—Largo camino hasta Wisconsin. ¿Tiene dónde quedarse?

—Con la familia del profesor Fielding. ¿Los conoce?

No le sorprendió que la mujer asintiera. Después de unos minutos de charla, Anna estaba convencida de que no pasaban muchas cosas en aquel pueblo del suroeste de Wisconsin sin que la mujer las supiera.

—Creí que Mac se había ido a Turquía —dijo.

—Grecia —respondió Anna—. A una excavación arqueológica organizada por la Universidad. Su hijo, William, regresa de Guatemala para dar las clases en su lugar. Así que viviré con Will y su hermana, Jenny.

—Buen muchacho, un poco rebelde, pero eso es cosa de la adolescencia. No he visto últimamente a Will por aquí, ¿cuándo viene?

—Esta semana, creo… —respondió, aparentando más confianza de la que tenía.

Había pasado primero por la casa de Will sin resultado. Por eso había tenido que comer en el restaurante.

Anna había conducido desde la siete de la mañana, en la última jornada de su viaje de seis días desde el otro extremo del país. Lo que más deseaba era darse un buen baño y descansar. Pagó la cuenta y

caminó, cansada, hacia su coche. Estaba a punto de subir, cuando descubrió una cabina de teléfono en la gasolinera de la acera de enfrente. Podría llamar a Rich y decirle que había llegado bien.

Como siempre, él contestó a la tercera llamada.

—¡Soy yo! ¡Ya he llegado! —exclamó Anna.

—¿Adonde? ¿A la casa de los Fielding?

—No, a Belle River. Acabo de pasar por su casa. ¡Es preciosa, Rich! —su entusiasmo bullía, pero recordó que él era un hombre moderno —. No había nadie en casa, así que comí en un restaurante.

—¡Creí que te esperaban!

—No precisé cuándo llegaría, sólo dije que a fines de esta semana. Cuando tienes que ir en coche desde California hasta Wisconsin no sabes la hora exacta de llegada.

—Yo sí lo sabría —respondió él.

Rich era tan puntual como las mareas. Su vida se regía por horarios y programas, la de Anna por intuición. Debido a eso, él estaba en Los Ángeles y ella casi al otro extremo del país, a pesar de que apenas cinco semanas antes se habían comprometido.

—Creo que llegarán pronto.

—¿Y si no?

—Estarán. De todas formas, el profesor Fielding me envió una llave de la casa.

Rich suspiró.

—Bien —dijo por fin, aunque no parecía convencido.

En realidad, muy pocas de las cosas que ella había hecho desde su compromiso lo habían convencido. Le parecía increíble que hubiera aceptado su propuesta de matrimonio el primero de mayo y que dos semanas después aceptara un trabajo para enseñar en sexto grado, en Belle River, Wisconsin. Rich nunca hacía algo sin un análisis previo suficiente. A la edad de treinta y cinco años, tras haber alcanzado el éxito en su trabajo, decidió que ya era tiempo de casarse.

Anna se preguntaba con frecuencia qué habría hecho si él se hubiera opuesto a que ella se fuera durante un año a otra ciudad. No lo hizo; simplemente, meditó las cosas durante dos semanas desde cualquier ángulo posible y al fin dijo:

—Está bien, creo que lo puedo entender. Tómate un año, si es lo que necesitas.

Anna sonreía al recordarlo. Su decisión de marcharse lejos a trabajar no había sido algo razonado, sino una reacción al compromiso con Rich. Se dijo que lo que necesitaba era probar que la separación fortalecería su amor y, sobre todo, necesitaba saber que no se casaba con él únicamente porque no era como Toby y porque podía brindarle estabilidad económica. Necesitaba disipar sus dudas en Belle River. Lo único que deseaba era un poco de independencia, un

trabajo, unos cuantos obstáculos que vencer y se sentiría satisfecha. En un año, regresaría a casa y nunca tendría que preguntarse si se había casado con Rich sólo porque no tenía ninguna razón para no hacerlo.

—Volveré a llamarte dentro de unos días, tan pronto como esté instalada.

—No te instales demasiado —respondió él y ella pudo imaginar la sonrisa burlona en su rostro bronceado—, recuerda que es sólo por un año. Y ten cuidado con los arqueólogos solteros, en especial aquellos a quienes atraen las bellezas de ojos verdes y pelo castaño como tú.

Ella no era una beldad, pero sus labios carnosos, su buena figura y su manera de ser la hacían atractiva para muchos hombres. Aunque dudaba que William Fielding fuera uno de ellos.

—¡Rich, él está comprometido!

—Tú también. ¡Recuérdaselo! —dijo, con voz sombría.

—No te preocupes, todo saldrá bien —le aseguró ella.

Anna pensó, mientras se dirigía a la casa de los Fielding, que Rich no tenía por qué preocuparse. Aunque Will Fielding fuese tan atractivo como Toby, podría resistir la tentación. Ella, en cambio, sí tenía razones para estar inquieta. Podría no llegar nadie a casa de los Fielding. Aunque quizá Will sólo había salido a pasear con su prometida. Mientras tanto, ella podría entrar con la llave que le había enviado el profesor.

No había luces encendidas cuando llegó a la casa y dejó caer en el pórtico sus dos maletas. Golpeó con fuerza la puerta de entrada, pero sólo le respondió un gran silencio. «¿Conque así se sintió Ricitos de Oro?», pensó Anna al girar la llave y empujar la pesada puerta de roble.

—¿Hay alguien en casa? —preguntó alzando la voz.

Sus sandalias resonaban en el suelo de madera del sombrío vestíbulo, pero el eco fue lo único que obtuvo por respuesta. La sala principal, alfombrada en azul, estaba envuelta en penumbra por la tenue luz del atardecer, el mobiliario era del estilo de principios de siglo, con un confortable sofá y unas enormes butacas que le daban atmósfera hogareña. No era el tipo moderno de casa y jardín que Rich prefería, pero ella iba a pasar horas muy gratas acurrucada en un asiento junto a la ventana, con un libro en las manos, gozando del fuego de la chimenea de mármol y escuchando música romántica en el complejo equipo estereofónico que había visto contra la pared del fondo. Caminó de puntillas por toda la sala, atraída por la gran cantidad de textos, grabados y reproducciones de piezas arqueológicas; cada momento que pasaba la inquietaba más.

No era porque la casa estuviera desierta, sino porque todo estaba tan pulcro y acomodado como si no fuera únicamente Malcom Fielding quien hubiera partido a Grecia; parecía que Will y Jenny

también se hubieran ido.

«¡Dios mío, espero que no!», pensó desesperada. ¿Qué haría entonces? Había ido en junio en lugar de esperar a que empezaran las clases en otoño, porque Malcom Fielding le había ofrecido trabajo como mecanógrafa y ayudante de investigación para el libro que Will escribía sobre Arte Maya. Si Will no estaba, ella se encontraría sin trabajo y lo que era peor, sin un lugar dónde alojarse.

Un recorrido por el comedor y por el despacho aumentó sus temores; una delgada capa de polvo cubría los muebles y sobre una mesa, había una guía de televisión de hacía tres semanas. AI abrir la puerta de la cocina, suspiró aliviada.

Nadie se iría a Grecia dejando el fregadero lleno de platos sucios, media hogaza de pan y un frasco de café instantáneo abierto. Más tranquila, se apoyó contra la pared.

Tal vez sólo habían salido a pasar el día fuera. Podría dejarles una nota en algún sitio visible, antes de irse a dormir.

Tarareó en voz baja mientras regresaba al vestíbulo a recoger su equipaje. Con una maleta en cada mano, comenzó a subir por la escalera de roble. Ser como

«Ricitos de Oro» no era tan malo, después de todo.

—¿Quién diablos eres tú?

El sonido de una voz ronca proveniente de lo alto de la escalera la paralizó. Vio la figura amenazante de un hombre que destacaba entre las sombras del corredor.

¿Sería William Fielding? ¡Esperaba que no! ¿Quién sería?

—¿Quién… quién es usted? —su voz era apenas un murmullo.

—¡Sube! —le ordenó ignorando su pregunta.

Anna no se movió.

—Dije que subieras —su voz no fue tan dura. Tal vez se había dado cuenta de que la había atemorizado.

Anna subió con recelo, sin apartar la vista de él. El hombre tampoco había dejado de mirarla. Cuando estuvo más cerca, pudo ver que era muy alto y descuidado. Un oso sería la comparación perfecta. Parecía que no se había afeitado ni peinado en varios días. Sólo llevaba unos pantalones cortos que dejaban ver su físico delgado pero musculoso. Si éste era William, sin duda era todo lo contrario de lo que ella había esperado.

—Ahora —dijo él, cuando ella se detuvo, dos escalones abajo—. ¿Quién eres y qué haces aquí? —preguntó con suma frialdad.

—Soy Anna Douglas y vengo a vivir aquí —contestó, reuniendo todo el valor del que pudo hacer acopio.

—¡Al demonio!

—¿Es ésta la casa del profesor Fielding? —inquirió ella a su vez y aprovechando la sorpresa en su favor, subió un escalón, obligando al

desconocido a dar un paso atrás.

—Sí.

—Entonces no hay error. Supongo que su padre le habrá avisado.

Era imposible que un padre contratara a alguien para ayudar a su hijo sin consultárselo, o sin avisarle después, al menos.

—¿Mi padre? —repitió, incrédulo.

—Él aseguró que usted necesitaba una ayudante para investigación y mecanografía.

—¿Y tú eres esa persona? ¡Dios mío!

Si había alguna satisfacción en la respuesta, era difícil encontrarla. El hombre caminó hacia atrás y se apoyó en la pared.

—¿No recibiste la carta? —preguntó, dirigiéndose a ella como a un ser inferior.

—¿Qué carta?

—Sobre el cambio de planes —se inclinó levemente y Anna subió el último escalón.

—No me ha llegado. ¿Cuándo la envió?

—Hace tres o tal vez cuatro días. He perdido la noción del tiempo.

—¡Yo salí de California hace una semana! —replicó, con irritación.

—¡Vaya por Dios! —exclamó él.

—¡Pienso lo mismo! ¿Y ahora qué, señor Fielding?

—No sé, no puedes quedarte aquí. Y yo no soy el señor Fielding.

—¿Qué significa eso de que no puedo quedarme? —inquirió la muchacha.

No le respondió. Ahora el hombre parecía decaído.

—Se me ofreció trabajo como ayudante de William Fielding, ¿cómo puede usted decirme que no lo tengo? Además, ¿quién demonios es usted?

Él se frotó la nuca con una mano y cerró los ojos.

—Así que no recibiste mi carta, está bien. ¡Lo siento! —más que avergonzado, parecía molesto—. Will se ha ido otra vez a Guatemala, así que no hay trabajo. Yo he venido a ocupar su puesto durante el verano. Me llamo Colin Davies, soy primo de Will.

Los sueños de Anna se derrumbaron, retrocedió un paso.

—No entiendo. Entonces, ¿qué hace aquí? —preguntó ella.

—Recuperándome. Espero… —no parecía optimista—. He tenido malaria y un brote de fiebre tropical, ya la he sufrido antes. Debo guardar reposo para curarme.

Así que… —encogió los hombros—. Will y yo pensamos que lo más sensato era que yo regresara y él se quedara en el campo, yo aún puedo investigar y dar clases.

—Pero mi trabajo…

Colin le dirigió una mirada de reproche.

—Tan pronto como me reponga, me iré de aquí. Entonces Will

regresará a casa y tú tendrás tu maldito empleo. Mientras tanto, tú te vas.

—¡No!

—¿Qué? —la miró con incredulidad.

—¡No! ¿Por qué no puedo ayudarlo a usted? Si también es arqueólogo, debe necesitar…

—Yo no necesito nada, y menos a una mujer a mi alrededor.

—Pero…

—¡Váyase a casa!

«Sin duda la fiebre le afecta también al cerebro».

—¿A California? —preguntó ella burlonamente.

—Hay hoteles en la ciudad. Si necesitas dinero, puedo darte algo, pero no te quedarás aquí.

—¿Por qué no puedo quedarme?

—Odio tener gente rondando, quiero que me dejen solo. Espérame, vuelvo enseguida.

—¡No quiero tu dinero! —Anna lo sujetó por el brazo, pero él se apartó de ella y tropezó contra una columna.

—¡Maldición! —masculló—. Espérame abajo, voy a hacerte un cheque.

—¡No seas tan endemoniadamente obcecado! Deja de preocuparte por mí y ve a meterte en la cama antes de que te desplomes. ¡Estás muy débil!

—Si no aceptas el dinero, vete y déjame solo.

Él cerró los párpados un momento y se inclinó hacia adelante, después reunió todas sus fuerzas, se dio la vuelta y se alejó por el corredor. Anna no lo siguió, pero pudo oír el ruido que hacía Colin en el cuarto de baño, al vomitar. Sin importarle cómo interpretaría él su comportamiento, caminó hasta el baño y se detuvo en la puerta. Desde allí observó su espalda, cubierta de sudor. Sus hombros subían y bajaban mientras luchaba por normalizar su respiración. Colin trató de ponerse de pie, pero no pudo controlar su temblor y después de un momento se desplomó.

—¿Has visto? —dijo Anna agachándose junto a él—. Voy a ayudarte —le pasó un brazo alrededor de la espalda y pasó uno de él sobre sus propios hombros.

—Está bien, yo puedo…

—Puedes volver a caerte si te suelto. ¡Vamos!

Lo condujo a través del pequeño baño cada vez más preocupada por la fiebre.

—¿Cuál es tu dormitorio?

—Tú no puedes… yo tengo que… —protestó él, haciendo un débil esfuerzo por regresar al baño, con la clara intención de limpiarlo.

—¡Olvídalo! Yo lo asearé, ¿cuál es tu habitación?

—Ésa —señaló con la cabeza una puerta que estaba a la mitad del pasillo, a la izquierda.

Pilas de cuadernos y libros, fragmentos de piezas de cerámica y cientos de papeles se amontonaban sobre el tocador, el escritorio y la cama.

—¡Oh! —murmuró ella.

—¿Oh? —repitió Colin, intrigado, cuando Anna lo dejó en un sillón junto a la ventana.

—Sólo admiraba tu dedicación —señaló el lecho lleno de libros—. ¿Así que trabajas hasta el agotamiento y luego vuelves a empezar?

—Algo así.

—Descansa un poco mientras arreglo la cama.

—¡No! Yo puedo hacerlo —aseguró, desafiante.

—No tienes que demostrarme lo fuerte que eres. ¡Voy a limpiar el baño!

Colin quiso replicar, pero carecía de la energía necesaria.

«Dios mío, ¿en qué me he metido?», se preguntó Anna; pensaba que tal vez Rich tuviera razón. Después de asear el baño, fue a la habitación que estaba frente a la de Colin y que había decidido que sería su dormitorio. Encendió la luz y se quedó paralizada. ¡Nunca había tenido una alcoba tan hermosa como aquella! De agradables paredes amarillas y con una chimenea de mármol. Contaba con una silla mecedora y una cama de metal dorado.

Recorrió con su mano la cabecera repujada y decidió que se quedaría aunque tuviera que luchar contra Atila. Dejó las maletas sobre la cama y se cambió de ropa para sentirse más cómoda. Amontonó las prendas que había llevado durante el viaje en la mecedora para recogerlas más tarde y se puso unos descoloridos vaqueros y una llamativa camiseta amarilla.

Pasó un cepillo por su pelo castaño, que le llegaba hasta los hombros.

Preparada para otro enfrentamiento, volvió a entrar en el dormitorio de Colin, que permanecía en el sillón con los ojos cerrados y la cabeza hacia atrás.

Él abrió los ojos y la miró con hostilidad.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó ella desde la puerta.

—Mucho mejor. Lamento lo que ocurrió —su voz era inexpresiva.

—No tiene importancia —caminó hacia la cama y comenzó a quitar libros para cambiar las sábanas—. ¿En dónde hay ropa limpia?

—No te molestes, así está bien.

Anna volvió la vista, las sábanas estaban grisáceas por el uso.

—¡Compláceme! ¡Me encantan las camas limpias! —le dirigió una sonrisa sarcástica. Colin le respondió con una mirada sanguinaria.

—Al fondo del pasillo, a la izquierda —contestó al fin, al darse

cuenta de que su mirada no le hacía efecto.

Cerró los ojos, pero cuando ella regresó los abrió para vigilarla.

—¡Deja eso ahí! —le gritó en cuanto tocó uno de sus papeles.

—¿Piensas dormir con ellos?

—¡Yo los recogeré!

—Si me vas diciendo cómo ordenarlos, puedo ponerlos contra la pared.

—¡Está bien! —exclamó, después de aspirar profundamente.

Ella movía los papeles con cuidado, siguiendo al pie de la letra sus indicaciones.

Le intrigaban las anotaciones, para ella indescifrables y le impresionaba la firmeza de la escritura, la regularidad y la claridad de los negros caracteres contradecían el caos de la habitación.

Algo de su rudeza se fue desvaneciendo conforme ella seguía sus instrucciones.

Sin embargo, cuando al terminar ella le ofreció la mano para ayudarlo a levantarse, la barrera se irigió de nuevo.

—Puedo hacerlo solo, señorita Douglas —le dijo, ignorando la mano que ella le tendía.

—Rechaza mi ayuda, si quieres, pero creo que puedes llamarme Anna. No tienes que ser tan formal con la persona que se está fastidiando por ayudarte.

—¡No tienes por qué hacerlo! —él se dejó caer en la cama con cuidado y suspiró aliviado—. ¡Lo siento! Y gracias.

No era mucho, pero por lo que ella había visto de Colin Davies era todo lo que podría obtener.

—De nada —extendió una sábana sobre él—, si me necesitas, llámame.

—Yo puedo…

—Hacerlo solo —terminó ella, con algo más que un dejo de desesperación—. De cualquier modo, estaré enfrente. Buenas noches —salió sin esperar respuesta.

«Vivir con él no va a ser placentero», pensó mientras regresaba a su alcoba y se tendía sobre la cama. Acostumbrada a la presencia calmada y juiciosa de Rich Howell, se sentía como si hubiera peleado diez rounds con un oso pardo.

—Necio —murmuró—. ¡El señor Independiente en persona!

Hubiera querido darle un puñetazo. ¿Cómo se había atrevido a decirle que buscara un hotel? ¿Acaso pensaba que la presencia de una mujer en la casa comprometería su reputación? Era para echarse a reír, Colin Davies parecía cualquier cosa, menos inocente. Igual que Toby. «¡Maldición!, sí, se parecían los dos». Anna golpeó, irritada, la almohada, le molestaba recordar el encanto superficial de Toby, su evidente sex appeal y su falta completa de responsabilidad.

¿Era Colin Davies la misma clase de hombre? Desde luego, no era como Rich.

Pero no era en su prometido en quien pensaba mientras, tendida en la cama, miraba el techo, más tarde. En sus pensamientos aparecían hombres con pelo castaño y alborotado, cuerpos febriles y vidriosos ojos castaños. Era como divertirse escalando empalizadas, aunque no contaba con un obstáculo tan formidable como el Monte Everest.

Capítulo Dos

Cuando Anna despertó, los rayos del sol se filtraban a través de las cortinas.

Repentinamente los sucesos de la noche anterior invadieron su mente y, tras un fuerte suspiro, se sentó en el lecho. Estaba a punto de ser lanzada a la calle. O, si acaso conseguía quedarse, ¿no sería peor?

Se esforzó por salir de la cama, desperezándose. Se vistió con pantalones cortos blancos y la misma camiseta amarilla de la víspera. Cepilló su pelo sucio ya por el largo día de viaje. Pensó que lo primero que tendría que hacer aquella mañana era darse una buena ducha. Así, aunque actuara como una bruja al enfrentarse a Colin Davies, no lo parecería. Sacó una toalla de la maleta y salió silenciosamente al corredor. Ni un sonido provenía del dormitorio de Colin, aunque la puerta estaba abierta. Un duchazo rápido para quitarle la fatiga de tantos kilómetros le daría un poco más de confianza cuando tuviera que enfrentarse a él. Estaba bajo el agua, aclarándose el pelo, cuando oyó que llamaban a la puerta.

—¡Un momento! —quitó la tapa del frasco de champú y volvió a lavarse el pelo.

«No le hará ningún daño a Don Mandón Davies esperar unos minutos».

Hubo otro golpe y la puerta se abrió.

—¡Hey! —Anna se asomó detrás de la cortina, dispuesta a manifestar su disgusto, pero Colin ni siquiera la miró. Estaba inclinado en el retrete vomitando otra vez. Anna metió la cabeza bajo el agua y se aclaró de prisa.

«¿Y ahora?», pensó, desesperada. Parecía que él había terminado, pero no lo oyó salir. Reuniendo todo su valor, se asomó por segunda ocasión y lo vio sentado en el suelo, apoyado contra la pared.

Asía sus rodillas con los brazos cruzados y mantenía la cabeza sobre ellos. Su cara estaba vuelta hacia el otro lado, de manera que ella sólo podía ver su desarreglado pelo y la espalda bronceada; descolgó la toalla del perchero, se sacudió el agua y comenzó a secarse, detrás de la cortina.

—¿Estás bien? —preguntó con falsa naturalidad.

—¡De maravilla! —murmuró él, con voz ronca. Se levantó tambaleante, y con dificultad llegó al lavabo—. ¿Te convences de que hubiera sido mejor que te fueras a un motel en vez de quedarte a la fuerza?

—¡Yo no me quedé a la fuerza! ¡A mí me invitaron! —replicó perdiendo toda compasión.

—Yo no fui.

—¡Claro que no! Yo no podía saber que estabas aquí. ¡Ni siquiera

sabía de tu existencia! De todos modos, ¿qué tienes en contra de mí?

—No quiero que me molesten. Lo último que deseo es tener una mujer alrededor.

—No te preocupes —le dijo con malicia—. No te molestaría, aunque fueras el último hombre sobre la tierra.

—¡Pues ya me estás importunando! ¿Te vas a quedar en la ducha para siempre?

—Hasta que te vayas.

—Yo puedo esperar —ahora había en su tono de voz un desafío evidente.

—Pues soportarás una espera muy larga —dijo ella, deseando que su voz sonara más confiada de lo que se sentía. Desde luego, era posible envolverse en la toalla y hacer una salida precipitada, pero no tenía intención de hacerlo.

No hubo respuesta de Colin. Ella apretó los dientes para evitar que le castañetearan.

«Si hubiera justicia en el mundo, él debería vomitar otra vez», pensó, «eso le enseñaría a no ser perverso». Al fin lo oyó suspirar y abrir la puerta.

—Tú ganas —dijo, cansado—. Pero sólo porque estoy a punto de desmayarme.

No sé por qué privas a un hombre enfermo de un pequeño placer. En especial, si has insistido en que quieres vivir conmigo.

—No seas absurdo —contestó justo en el momento en que la puerta se cerraba.

Apenas había corrido la cortina para salir de la bañera cuando escuchó un lamento y un golpe sordo.

—¡Colin! —gritó.

Cubierta por la toalla, abrió la puerta de un tirón y se encontró a Davies desmayado en el suelo, a la mitad del corredor.

—¡Colin! —corrió hacia él y se arrodilló a su lado. Estaba demacrado, su cara se había puesto verdosa y su respiración era deficiente.

Volvió al baño, humedeció una toalla con agua fría y comenzó a pasarla por la cara de él. No podía moverlo; aunque delgado, era más pesado que ella.

Al fin él se reanimó; sus párpados se abrieron un momento, lo suficiente para permitirle a ella suspirar de alivio.

«¿Qué tal si yo no hubiera estado aquí? ¿Cuánto tiempo hubiera estado tendido antes de poder arrastrarse hasta su cama? ¿Qué hubiera pasado si se hubiera golpeado la cabeza?». No podría dejarlo, aunque él se lo ordenara. Por otra parte, sabía que estaría mejor lejos de él. Así que sus esperanzas de pasar un verano feliz, al lado de Will Fielding, se desvanecieron sin dejar la menor huella.

—Estás fascinante con esa toalla —murmuró Colin con una sonrisa —. Después de todo, se cumplió mi deseo de verte.

—Supongo que por eso te desmayaste.

—No exactamente. Aunque si ésta es una de las ventajas de desmayarse, debo convertirlo en hábito.

Movió la cabeza, buscando apoyo en las piernas de ella. Anna sin darse cuenta, le pasaba una mano por el pelo.

—Eso me gusta, no te detengas —pidió él.

Ella retiró su mano y se sonrojó.

—¿Siempre haces lo contrario de lo que se te dice?

—Sólo contigo. Nunca me había encontrado a nadie como tú.

—Entonces nos ha sucedido lo mismo.

Anna no supo de momento si se lo decía en serio o se burlaba de ella.

—Si puedes ponerte de pie, te ayudaré a llegar a tu cuarto —le dijo la joven.

—Una muestra evidente de fuerza femenina. Eres la mujer más desconcertante que he conocido. En un momento te empeñas en instalarte en la casa conmigo. Y al siguiente actúas como si estuviera a punto de violarte. ¿No puedes decidirte?

—¿Puedes tú? —replicó mordazmente—. Por momentos casi me sacas a la calle y en otros me insinúas…

—Yo no he hecho ninguna insinuación… todavía. Cuando la haga, lo sabrás —

se movió tratando de sentarse, pero no podía guardar el equilibrio.

—El pasillo gira —se llevó las manos a la cabeza.

Anna se puso de pie bruscamente.

—¿Adonde vas?

—A vestirme.

—¿Y me dejas aquí?

—¡Podrás hacerlo solo!

Se volvió y fue a su alcoba, consciente de que los brillantes ojos la seguían a cada paso.

«Maldito Colin Davies». Incluso cuando estaba indefenso ella se sentía en desventaja ante él. Como había dejado sus pantalones cortos y la camiseta en el baño, sacó unos vaqueros y una blusa de tirantes de la maleta y se los puso. Acostumbraba dejar su pelo suelto para que se secara, pero pensó que parecería más formal si se lo recogía, así que se lo enrolló en la nuca y lo aseguró con horquillas y un broche.

Cuando terminó de peinarse, se detuvo frente al espejo para estudiarse.

No fue una experiencia alentadora. Su boca no le ayudaba mientras se curvara en una sonrisa. Sus pecas la hacían más joven de sus veinticuatro años y sus grandes ojos verdes chispeaban, alegres.

Decidió que se quedaría porque él necesitaba cuidados… y ella un lugar donde vivir.

Si a Rich no le había gustado la idea de que ella viviera y trabajara con William Fielding, ni siquiera con Jenny como compañía continua, mucho menos aprobaría que viviera con Colin Davies.

Lo mejor sería no mencionar el cambio. Debería limitarse a alabar la casa, Belle River y subrayar que todo estaba bien. Después, podría planear con más calma cómo hablarle de Colin.

—¡Ven acá! —gritó él—. ¿Estás vistiéndote para una cita especial?

Anna apretó los dientes. Con un simple comentario, él podía hacer que sus mejillas se sonrojaran. Cualquiera que tuviera tres hermanos debería ser inmune a aquel tipo de bromas. Y, realmente cuando ellos las hacían no le importaba.

—¿Dijiste algo? —preguntó la joven. Salió y se detuvo junto a los pies de Colin, tendido en el suelo frente a ella.

—¡Estás preciosa! —exclamó él, sonriendo con malicia.

—Pues tú no.

—Debo presentarte a mi club de admiradoras —respondió él simulando una mirada de orgullo herido.

—Será muy instructivo. ¿Hay alguna sucursal por aquí?

—Claro que hay sucursales por todo el mundo.

«Definitivamente otro Toby». Molesta por no poder tratarlo con la indiferencia que ella hubiera deseado, le tendió la mano.

—Entonces vamos, rompecorazones, te ayudaré a ponerte de pie.

Sus manos callosas se elevaron hasta alcanzar las femeninas y ella le sirvió de apoyo. Deslizó un brazo por su espalda y se pasó uno de él por los hombros. Se dio cuenta de que llamarlo «rompecorazones» había sido un error. Y de pronto, fue plenamente consciente del cuerpo enfebrecido que se apoyaba en el de ella y del vello de su pecho.

«Una reacción física», se dijo mientras caminaban con dificultad por el corredor.

Lo dejó en la cama y dio un paso atrás con rapidez. Colin se acomodó sobre las almohadas. Su respiración se hizo agitada y ella comprendió que esa pequeña caminata había requerido de un gran esfuerzo. Anna vacilaba entre arreglarle la colcha y las almohadas, o salir de allí a toda velocidad.

—¿Cuánto tiempo hace que estás comprometida? —le preguntó él y ella lo miró como si le hablara en un idioma extranjero.

—Me arañaste con tu anillo —le explicó él.

—¡Oh! Cinco semanas —contestó con nerviosismo.

—¿Y te dejó venir hasta acá? —Colin estaba irritado—. ¿Qué clase de cachorrito sin agallas es?

—¡No es un cachorrito sin agallas! —replicó Anna—. Él tiene más

edad que tú.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Es que eres tan viejo, Matusalén?

—Tengo treinta y un años.

—Rich tiene treinta y cinco.

—¿Y lo es?

—¿Es qué?

—¿Rico?

—No exactamente, ¿por qué?

—Creo que eso podría explicar tu compromiso con él.

—¡No seas absurdo!

—¿Por qué te comprometiste?

—Por que lo amo, es obvio.

—No tan obvio, puesto que vives conmigo.

—Yo ignoraba que tú ibas a estar aquí.

—Entonces ibas a vivir con William.

—¿Y qué? Rich y yo somos dos adultos, independientes y maduros.

—¡Nadie es tan maduro!

—Tal vez tú no lo seas.

Los siguientes dos días no tuvo de qué preocuparse ya que él mantuvo su puerta cerrada y apenas lo vio. Ella vigiló desde su alcoba cómo iba con pasos vacilantes hacia el baño, cada vez que le sobrevenían ataques de náuseas. No volvió a desmayarse.

Anna había dispuesto de demasiado tiempo libre desde que dejara de trabajar para su primo y la mayor parte la había dedicado a la inútil búsqueda de empleo.

Ahora se encontraba peor que entonces y Colin estaba a punto de volverse una obsesión. Pensaba en él mientras hojeaba revistas, cuando hacía un pastel, al leer los libros de arqueología o las publicaciones de ficción que encontraba por ahí e incluso cuando lavaba la ropa. «El no te quiere ver y tú no quieres verlo», se repetía una y otra vez, en vano.

Juego de palabras, Rich significa rico.

Sí quería verlo, al menos una parte de ella lo deseaba y no pudo dejar de alegrarse cuando una tarde él le gritó desde su cama:

—Anna, ¿qué te parecería una tacita de té?

Por supuesto que aquello significaba que le preparara una. Antes ella le hubiera contestado que la hiciera él mismo, pero había estado viéndolo enfermo dos días, sin poder ofrecerle ninguna clase de ayuda. Colocó una jarra y dos tazas en una bandeja, acompañándolas con un poco de pan que había horneado y subió.

Él había arreglado las sábanas y despejado un sitio para la taza en la mesita de noche. Cuando vio la bandeja, sonrió.

—Eso está mejor.

Al recibir aquel agradable estímulo, ella le acomodó otra almohada en la espalda.

—¿Con leche? ¿Azúcar?

—Las dos cosas, por favor.

Le acercó la taza, cuidando de que sus manos no se tocaran. Él la recibió en silencio, pero le dirigió una mirada burlona que le decía que se había dado cuenta de ello.

—Siéntate —la invitó.

Anna miró hacia la mecedora que estaba atestada de libros y papeles.

Él señaló una esquina de la cama.

—Ya te lo dije antes, no muerdo.

—«Normalmente», fueron tus palabras exactas —le recordó Anna y como no había otro lugar, se sentó donde le había indicado.

—Háblame de tu prometido —la taza y el plato de Anna temblaron.

—¿Por qué tanto interés en mi compromiso?

—Tengo curiosidad. Como ves, no pienso en ruinas mayores todo el tiempo.

—¡Seguro que no piensas en mí! —respondió sin pensar. Sus mejillas enrojecieron tan pronto como lo dijo, recordando las horas que ella le dedicaba.

—¿Por qué no? Digo… si apareces aquí sin anunciarte, te instalas, te apropias de la casa… —sonrió ampliamente.

—¡Tú…!

—Y además te molestas con tanta facilidad —continuó—, que incitas mi curiosidad. He estado aquí acostado, preguntándome por qué te comprometiste para luego alejarte de él.

—¿Y has llegado a alguna conclusión? —trataba de mantener su voz calmada, sin embargo, estaba deseando tirarle el té por encima.

—Que no lo amas —lo dijo a la ligera, como si estuviera hablando del clima.

—Lo amo.

—Como amas a tu perrito, te lo apuesto.

—¿Qué puedes tú saber de eso?

—Yo también estuve comprometido.

—No puedo imaginar a Colin Davies desempeñando ese papel.

—No volveré a hacerlo.

—No, supongo que no lo harás. Por fortuna, Rich no es como tú. Él es bondadoso, gentil, leal…

—Próspero, limpio y respetuoso. ¡Un maldito niño explorador! —dijo con sarcasmo, riendo suavemente—. Entonces dime: ¿Qué ve en ti?

—Si no estuvieras enfermo, te daría una bofetada.

—Eres quisquillosa, ¿eh? —se burló. Luego, dejando su taza en la mesita de noche, se enderezó—. Demuéstrame cuánto lo quieres.

—¿Qué pretendes?

Él le quitó la taza de la mano y la puso junto a la otra, luego, le levantó la barbilla.

—Dime que me detenga —murmuró, inclinándose hacia ella. Sus labios le rozaron las mejillas, las sienes y los párpados, dejándole besos como pétalos entibiados por los rayos del sol.

Instintivamente ella se acercó más a él y le acarició el pelo.

—¿Ves? Tú también me deseas.

Era como recibir una jarra de agua helada. Anna brincó hacia atrás, horrorizada por lo que había hecho.

—¡Yo no te deseo! —negó con vehemencia. Se retiró y se puso de pie.

—Engáñate a ti misma —le dijo con crueldad—. Pero no sigas creyendo que estás enamorada del tal Rich. ¡No es justo para él!

¿Justo? ¡Lo que él acababa de hacer sí que era injusto! Además, ¿qué sabía de ella? ¿Qué derecho tenía para juzgarla? Corrió escaleras abajo y salió, cerrando la puerta de un fuerte golpe. Pensó que una caminata y el tibio viento del verano la despejarían.

¿Qué sabía él de justicia?, pensó con furia. ¿Había sido justo que ella se enamorara de Toby Evans, pensando en matrimonio y en tres o cuatro niños de pelo y ojos oscuros, mientras él sólo pasaba el rato? ¿Acaso fue justo que Toby la atrapara con la destreza de un pescador experto y luego la dejara con la alegre explicación de que tenía otras cosas en qué pensar? No, nada de lo que había pasado con Toby había sido justo. Lo único justo que había tenido en la vida, era Rich Howell.

A diferencia de Toby, Rich no le alteraba el ritmo cardíaco. Él había llegado a formar parte de su vida poco a poco. Lo primero que recordaba de Rich no era su pelo rubio o su sonrisa estilo Robert Redford, sino su amable petición: «Dos piezas de merluza, por favor» y la siguió escuchando cada lunes durante tres meses antes de que él la invitara a salir. Quizá nunca lo hubiera hecho; los abogados importantes no se citan con chicas que trabajan en la pescadería, pero se encontraron en una reunión de comités de zona, en la que ella discutía con un corredor de bienes raíces acerca de evitar que destruyeran algunos edificios de baja rentabilidad. Él la había apoyado con una argumentación desapasionada y lógica. Cuando, después de la reunión, él sugirió ir a tomar una cerveza, ella no tenía nada mejor que hacer y aceptó.

El hacer las cosas por no tener previsto nada mejor se había convertido en una maldición para ella en aquel entonces. Fue por eso por lo que había aceptado casarse con él. Salieron formalmente durante dos años; él la hacía sentir emocionalmente segura. Así que

cuando preguntó: «¿Te casarías conmigo?», ella pensó: «¿Por qué no?». Sólo cuando tenía ya su anillo de compromiso en su dedo comenzó a preguntarse si era suficiente con sentirse tranquila y a gusto junto a Rich.

Se quitó de la cara el pelo que el viento le alborotaba. Ahora, además de los recuerdos de Toby, tenía que soportar a Colin Davies. Desde el momento mismo en que lo vio, supo que sería un problema. Por alguna razón, recordó las inquietantes sensaciones que le despertaba Toby. «Atracción de neuronas» lo había llamado su madre, ante la burla de su hermano Peter, que era químico. Anua sintió que había algo de eso con Davies. ¿Cómo rayos había sabido Colin que ella estaba preocupada por sus sentimientos hacia Rich? Sólo Teri Gibbs, su excompañera de cuarto, había sospechado lo que sentía y no vaciló en decirle a Anna que estaba loca.

—Si no quieres a Rich, yo me quedo con él —le había dicho mirándola maliciosamente—. ¡Por Dios! ¿Qué más quieres? Es maravilloso.

Lo era, esa era otra de sus preocupaciones: ¿cómo vivir con él? Al cabo de un año, esperaba regresar más entusiasmada por haberle echado de menos y dispuesta a ser la esposa que él necesitaba.

Y ahora, ¿cómo lograrlo, viviendo con Colin Davies? No lo sabía. Él no sólo pudo percibir sus temores y fallas, sino que los estimuló. ¿Cómo se atrevió a besarla así? Podía sentir aún la aspereza de su mejilla sin afeitar sobre su cara, el calor de sus labios, el roce de sus pestañas sobre su sien. Se apoyó en la valla del camino, con una ansiedad que no había vuelto a sentir desde su idilio con Toby. No podía volver todavía a la casa. No, mientras se sintiera así.

Eran más de las diez cuando por fin reunió el valor suficiente para volver.

Aunque en realidad no fue tanto el valor, sino la seguridad de que él estaría dormido, lo que la decidió a hacerlo.

La casa estaba totalmente a oscuras, pero como no había cerrado la puerta con llave, no tuvo dificultad para entrar.

Colin había bajado a hacerse un sándwich. Se había dejado el queso fuera de la nevera y en el fregadero había un cuchillo con restos de mermelada. Seguramente él estaba reponiéndose ya de su enfermedad, tal vez por eso había buscado su compañía.

Lavó los cacharros y se preparó un plato de sopa. Su estómago no soportaba nada más, el lugar estaba tan solo que podía oírse a sí misma sorber la comida. Había hecho suficiente para dos y cualquier otro día ella hubiera ido al cuarto de Colin a ofrecerle un poco, pero aquella noche no.

Apagó las luces, subió por la escalera en la oscuridad, deteniéndose en el baño nada más para lavarse los dientes y limpiarse la cara, antes

de ir a su alcoba y cerrar la puerta. La luna casi estaba llena y no tuvo necesidad de encender la luz para encontrar su camisón y ponérselo.

Acababa de meterse en la cama cuando oyó un golpecito en la puerta.

—¿Anna?

—¿Qué quieres? —salió de la cama y fue a la puerta, abriéndola.

—Sólo quiero decirte que lo siento, eso no era asunto mío. No debí besarte —su voz sonaba débil, pero uniforme, como si hubiera ensayado.

—No, no debiste hacerlo —asintió ella—, pero tal vez soy muy sensible.

Ella no supo por qué le confesaba eso, dado que él acababa de admitir que no era asunto suyo.

—¿Estás bien? Has estado fuera varias horas —parecía preocupado, lo cual resultaba extraordinario.

—Sólo fui a dar un paseo. ¿Te sientes bien tú?

—Ha sido uno de mis mejores días, quizá eso signifique que me estoy recuperando —le guiñó un ojo y ella le contestó con una sonrisa.

—Eso espero —dijo ella con voz suave.

—Sé que lo deseas. Cuanto más pronto me vaya, más pronto llegará Will y tú tendrás tu empleo.

—Es cierto.

El no dijo más y el silencio comenzó a volverse embarazoso.

Anna se miró los pies, como si fueran más interesantes que el musculoso cuerpo que tenía a quince centímetros de ella.

—Entonces, ¿estoy perdonado?

—Sí.

—Bien, buenas noches —se despidió y cruzó el corredor hacia su cuarto.

—Buenas noches —musitó Anna. pero por lo menos pasó un minuto antes de que él cerrara la puerta.

Capítulo Tres

Después de eso vivieron en una difícil tregua. Colin pasaba los días buenos que le dejaba su enfermedad trabajando en sus notas y trataba de dormir durante los malos, mientras Anna jugaba a ser ama de casa y seguía atrapada por la lectura. Se había dado por vencida en la búsqueda de otro empleo en el pueblo, había demasiados estudiantes que necesitaban trabajar durante el verano. Anna hubiera querido tener algo que la alejara de la casa y que mantuviera su mente ocupada, pues dedicaba demasiados pensamientos a Colin Davies; como no lo logró, trató de sacar el mejor partido de la situación. Por lo regular lo esquivaba, aventurándose a ir a su dormitorio sólo para ofrecerle comida o preguntarle algo.

—¿En qué estás trabajando? —quiso saber en una ocasión.

—En un libro —respondió él, encogiendo los hombros.

—Eso es obvio, ¿sobre qué?

—Sobre pintura rupestre maya.

—¿De dónde? ¿Cerca de Tikal o de Uaxactun?

—No lejos de Tikal, ¿sabes algo acerca de los mayas?

—Estudié algo en bachillerato. Siempre me ha fascinado esa cultura; me encantaría visitar la zona.

—¿De verdad? —preguntó con escepticismo.

—Me encanta muchísimo. Yo hago cerámica y tenía especial interés en las antigüedades que veíamos en diapositivas.

—Nosotros encontramos una buena cantidad. Tengo algunos dibujos de ellas,

¿quieres verlos? —la expresión de Colin era dura.

—¡Sí, claro, por favor!

Él revolvió entre sus papeles y le ofreció un montón.

—Tal vez hayas visto algunos como éstos antes, pero podrás encontrar algunas variaciones en el diseño que no son conocidas.

Ella los cogió con avidez, se acomodó en el suelo y comenzó a observarlos. Los dibujos habían sido hechos en el lugar del hallazgo. Los estudió atentamente y separó dos de ellos que la gustaban para reproducirlos en arcilla.

Levantó la vista hacia Colin, pues quería preguntarle si no le importaba que hiciera copias de los dibujos. Él la contemplaba de un modo extraño.

—Te importaría mucho… quiero decir… quisiera que me prestaras éstos.

—Adelante —le dijo con suavidad.

Aturdida, Anna inició una rápida retirada hacia su dormitorio, del que no salió sino bastante después, deslizándose con sigilo, como si fuera un vulgar ladrón. Bajó al salón ya tarde, para ver una película en

la televisión y se fue a la cama.

Al día siguiente no lo vio tampoco, aunque lo oyó hacer frecuentes viajes al cuarto de baño y estuvo preocupada. A la quinta vez que lo oyó levantarse, salió a su encuentro.

—¿Quieres que llame a un médico?

—Nada de médicos —declaró, mientras pasaba tambaleante a su lado y se dejaba caer sobre la cama desarreglada—. Sólo dame otra manta, ¿quieres?

A pesar de que el termómetro del pórtico marcaba 34 grados y la humedad del aire era alta, ella lo arropó de tal modo que parecía un oso disponiéndose a invernar.

—¿Estás seguro?

—No te preocupes —dijo él, pero ella no podía evitar hacerlo.

Cuando Rich estaba enfermo, esperaba que se dedicara a él y haría lo mismo por ella. Recordaba la última vez que se había resfriado. Agradeció la sopa de pollo y las sábanas limpias y, desde luego, no se comportaba con agresividad, como cierta persona que ella podía mencionar. Pensó que sería útil hablar con Rich, un poco de sentido común le serviría bastante.

—¿Cómo estás? —le preguntó, tan pronto escuchó su voz.

—Bien. ¿Qué te ocurre? —él esperaba la llamada el miércoles siguiente por la noche y aún era viernes.

—Nada. Sólo quería oír tu voz —le respondió. Los últimos días, en algunas ocasiones, casi lo había borrado de su memoria—. ¿Qué estás haciendo?

—Cenando, escalopines de ternera.

—¿Ternera? ¿En viernes? —los viernes Rich cenaba bistec con patatas fritas.

—Lo trajo Teri —explicó Rich, antes de que ella preguntara nada.

«La buena de Teri. ¿Era esto un acto de misericordia?», se preguntó Anna.

«Piedad por el pobre y solitario hombre cuya prometida se había ido».

—¡Ah, qué amable! —murmuró—. ¿Cómo está Teri?

—Bien, ¿quieres hablar con ella?

Anna no quería. Lo que deseaba era una agradable charla con Rich que la hiciera sentirse amada para poder relegar a Colin Davies al fondo de su mente, donde debía estar. Pero sabía que esa noche no lo lograría, así que habló con su amiga. Cuando colgó, Rich le había dicho «te amo» y «te echo de menos», tres veces, Teri le había prometido mandarle la receta de los escalopines y Anna se había arrepentido de llamar.

Pasó el resto de la noche viendo una película del Oeste por televisión y se fue a la cama sin pasar por la habitación de Colin.

No supo a qué hora despertó esa noche, pero el calor resultaba sofocante, opresivo. Se removía inquieta, en la angustia de un sueño demasiado real, primero sobre Toby, luego sobre Rich y Colin. De pronto oyó un ruido, fuerte y desagradable que la espabiló por completo. Saltó de la cama y corrió al dormitorio de Colin.

Dirigió la vista al lecho revuelto donde el enfermo se retorcía, víctima de una pesadilla.

—¡Colin! ¡Despierta! —lo sacudió con fuerza.

Él la empujó entre sueños con tal fuerza que ella se golpeó la cadera en la esquina del tocador.

—¡Colin! —Anna se acercó otra vez y le habló con suavidad—. Todo está bien

—era una mentira. ¿Cómo podía estar bien algo que le producía aquella histeria?

—¡No! ¡Dios, déjame solo! —sus ojos estaban firmemente cerrados, su piel ardía donde ella la tocara.

Se arrodilló junto a él, sobre la cama, sujetándolo por los hombros, musitando su nombre una y otra vez. Pidiéndole a Dios que despertara pronto. Después de lo que pareció una eternidad, sus ojos se abrieron e intentó fijar la vista en ella momentáneamente. Luego volvieron a cerrarse y él se estremeció.

—¿Colin? —preguntó con suavidad—. No es real, es sólo un sueño. Vas a estar bien.

Él se quejó y miró a su alrededor sin comprender dónde estaba.

Ella pudo ver en sus ojos un leve indicio de conciencia, que desapareció rápidamente, pero fue suficiente para que supiera que él había salido del aterrorizante mundo de los sueños. Temblaba y escondió la cara en su pecho, tomando aire con desesperación. Anna le dio masaje en la nuca y el cuello, acarició su pelo hasta que sintió que su cuerpo se relajaba contra el suyo.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó una vez que él se tranquilizó.

Lo sintió estremecerse contra ella.

—Es todo: los mayas, sacrificios. Dios… ¡Dios!

—¿Es la primera vez!

—¿Que lo sueño? No. ¿Que tiro la casa a gritos? Sí. Lamento todo esto.

—¿Por qué no quieres que llame a un médico? Estás ardiendo.

Forcejeó, alejándose de ella y se tendió de espaldas a su lado, cruzó los brazos bajo su cabeza y miró hacia el techo.

—No.

Anna se apoyó sobre un codo, observándolo y dándose cuenta del modo en que las sombras marcaban los ángulos y los planos de su cara.

—¿Por qué?

—Nada más no —dijo, como si eso fuera suficiente. «Mi palabra es ley y todas esas sandeces. ¡Dios! qué estupidez».

Él cerró los ojos y Anna hizo una mueca irónica. ¿Cómo era posible que se durmiera con tanta facilidad? Hacía un minuto estaba gritando como si lo asesinaran y al siguiente dormía plácidamente. Tal vez tenía demasiada fiebre para poder hacer otra cosa. De todos modos era indignante. Si tuviera un poco de sentido común, la dejaría llamar al médico. Bueno, lo permitiera o no. ella estaba decidida a hacerlo. Se levantó cuidadosamente, tratando de bajarse de la cama sin molestarlo, pero una mano áspera y ardiente la asió por la muñeca.

—Quédate conmigo —murmuró—. No te vayas.

Anna lo miró, asombrada.

—Está bien.

La abrazó para atraerla hacia sí y apoyó la cabeza bajo su barbilla. Se quedó quieto y suspiró profundamente.

Anna trató de pensar en Rich. Parecía un recurso que la hacía sentir segura.

¿Qué haría ahora? Seguramente dormía en su casa, solo, y no había necesidad de especular más. Por otro lado, ella estaba acostada al lado de Colin Davies. Intentó consolarlo como si fuera un chiquillo, tal como lo había hecho unos minutos antes, cuando él despertó por primera ocasión. Pero había dejado de inspirarle sentimientos maternales.

—Cómo demonios he podido meterme en este enredo?

Ella había ido a Wisconsin a demostrarse que era independiente y a descubrir cuánto amaba a Rich. Aquello significaba reflexionar y actuar con cautela. ¿Qué estaba haciendo, acostada junto a un hombre que, hacía una semana era un desconocido y por quien se sentía más atraída que por nadie, incluyendo a Toby?

Pasó sus manos por la espalda desnuda de él buscando sentir algún indicio de sudor, algo que indicara que la fiebre estaba bajando. No encontró nada.

—No me dejes, Anna —murmuró entre los pliegues del camisón.

—No, Colin. me voy a quedar aquí —murmuró. Luego dejó caer su cabeza para apoyarla sobre el pelo de él, como si acariciara su mejilla y se quedó dormida.

Por la mañana, ella llamó al médico, pues Colin había vuelto a delirar hacia el amanecer y despertó como si estuvieran azotándolo.

—¡Mamá! ¡No, mamá! ¡No me dejes, mamá!

Anna lo había abrazado más fuerte, hablándole en voz baja y rezando todo el tiempo para que aquello terminara y llegara el día.

—¿A qué médico llamo? —le preguntó cuando por fin él abrió los ojos y pudo reconocerla.

—No me estoy muriendo —protestó.

Anna pensó que era una opinión muy discutible, pero no lo dijo. Se enderezó y le quitó el pelo de la frente, él le tomó una mano y la sostuvo contra sus labios, calientes y temblorosos.

—¿Anna? —sus ojos brillantes por la fiebre se clavaron en los de ella.

—¿Sí?

—Tú ganas, llama a Whitmeyer. Vive una calle abajo.

«Aleluya», pensó ella.

—Lo haré —le prometió—, ahora descansa.

—¡Al hospital! —decretó el doctor en cuanto observó al paciente. Anna se relajó, contenta de haberlo llamado.

—Tú deberías saberlo mejor que nadie. Has llevado tu descuido demasiado lejos.

—Ya sé lo que es, lo he padecido antes —protestó Colin.

—Exacto. Razón de más para llamarme de inmediato —dijo el doctor Whitmeyer—. El descanso está bien, mientras funcione, pero en tu caso es claramente insuficiente.

—Debo regresar a Guatemala —replicó Colin.

—Lo entiendo. Si sigues mis indicaciones, podrás hacerlo en septiembre.

—¿Septiembre? —su voz expresaba desesperación—. Tengo que irme en dos semanas y este lunes empiezan las clases. Tengo que sustituir a Will.

El médico miró a Anna.

—El lunes estarás en el hospital.

Anna casi podía ver trabajar el cerebro de Colin, que buscaba frenéticamente una solución para sus problemas.

—Pasaré para llevarte al sanatorio después de la comida —dijo el doctor Whitmeyer.

Colin no se molestó en contestar, cerró los ojos y se volvió hacia la pared.

—No tardaré más de media hora —dijo el facultativo a Anna—. ¿Puede tenerlo listo?

—Sí —la joven buscó ropa limpia y la dejó sobre la cama.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó al enfermo, aunque sabía la respuesta.

—No, puedo hacerlo solo —Anna sonrió. Cuando el doctor regresó, Colin estaba abajo, sentado en un sillón, vestido y peinado, aunque pálido y exhausto por el esfuerzo.

—¿Todo listo? —preguntó el médico.

—Sí.

—Vamos —dijo Anna acercándose a él—. Yo te acompañaré. Las enfermeras se lo llevaron aun antes de que terminaran de anotar los

datos y Anna se quedó con un montón de formularios que rellenar. Colin parecía aterrado cuando tres de ellas se abalanzaron sobre él y la joven sintió una aguda tristeza al verlo desaparecer.

El tener que proporcionar los datos de la vida de Colin le reveló lo poco que sabía de él. Will o Jenny deberían dar el resto de la información después. Dándose por vencida, devolvió los cuestionarios a la recepcionista y se encaminó escaleras arriba.

La puerta del cuarto de Colin estaba cerrada y cuando ella llamó, otro dechado de eficiencia apareció vestida de blanco.

—Él va a dormir, regrese luego —y cerró la puerta. Como le había prometido que se quedaría con él, lo haría aunque tuviera que estar en el corredor.

Se entretuvo llamando por teléfono a Jenny Fielding a la casa donde estaba de visita y le contó lo sucedido. Jenny parecía contenta de que Anna hubiera llegado y sorprendida de que Colin estuviera hospitalizado. Le preocupaba, además, quién daría las clases el lunes. Anna no le había dado mucha importancia a ello hasta ahora, pero ante la insistencia de Jenny estuvo de acuerdo en comunicarse con Will para pedirle que regresara. Cuando las dos llegaron a un acuerdo, regresó a la sala de espera y se sirvió una taza de café, mientras pensaba en cómo enviarle un mensaje a William. El cansancio la venció y se quedó dormida.

—¿Señorita Douglas? —dijo una voz que la hizo volver en sí.

Frente a ella se encontraba una robusta mujer cincuentona que, con su blanco uniforme, parecía una botella de leche.

—¿Sí?

—El señor Davies pregunta por usted. Creíamos que se había ido pero…

—¡Nunca! —protestó Anna, poniéndose de pie. Siguió a la enfermera.

—Trate usted de convencerlo de que duerma —dijo la mujer—. Está muy molesto.

Anna empujó la puerta y entró sola. Él tenía suero en los brazos. A ella se le cerró la garganta y se le contrajo el estómago. Quiso correr, pero al oír sus pasos él giró la cabeza y los ojos verdes de ella se encontraron con los castaños de él.

—Dijeron que te habías marchado —murmuró, luchando por sentarse.

—No, no me permitieron entrar. Estuve abajo, en la sala de espera —ella tocó su brazo, empujándolo hacia atrás y él se acostó de nuevo.

—¡Ah! —la respuesta pareció dejarlo satisfecho y ella se sintió feliz.

Un pequeño lazo de confianza parecía existir, por fin, entre los dos. Anna se acercó y tocó sus manos. Instintivamente, sus dedos se

enredaron con los de ella.

¿Cuánto tiempo estuvo sentada con él? No podría saberlo. La hora de comer llegó y pasó, también el cambio de turno de las enfermeras. El doctor Whitmeyer se presentó a las ocho y media de la noche y la miró, asombrado.

—¿Aún aquí? —preguntó. Anna asintió con la cabeza.

El único tiempo que lo dejó, fue para tratar de llamar a William por teléfono, lo que no era fácil, porque no había línea directa. Al final, terminó por poner un telegrama y llamó a Jenny para comunicarle lo que había hecho. La chica quedó satisfecha y prometió ir al hospital por la mañana, para visitar a Colin. También prometió regresar a casa de inmediato lo que hizo a Anna sentirse mucho mejor.

Sonrió con sinceridad por primera vez en el día cuando se encontró con la enfermera de noche, que salía del cuarto de Colin.

—Está mejor, querida. ¿Le apetece una taza de té?.

—Me encantaría.

—Voy a traerle una.

Asombrada por encontrar una enfermera que consideraba parte de su trabajo cuidar de los visitantes y no sólo de los pacientes, Anna se arrellanó en la silla próxima a la cama de Colin.

—A mi prometido lo hirieron en Vietnam —le confió a Anna al entregarle el té

—. Yo tampoco me separé de él, cuando lo enviaron a casa.

—¡Ah! —exclamó Anna, soñolienta, comprendiendo que la mujer había visto el anillo de compromiso de su dedo y había llegado a una conclusión equivocada—.

Muchas gracias —le dijo sonriendo; la enfermera le palmeó su brazo antes de irse como si quisiera tranquilizarla.

La noche transcurrió de manera muy parecida al día. Cuando el efecto de los sedantes pasaba, Colin despertaba con frecuencia y buscaba con la vista o con la mano a Anna. Hacia el amanecer, ella se acurrucó en la silla próxima a la cama, se cubrió con una manta y se quedó profundamente dormida.

Cuando despertó, le dolía todo el cuerpo.

—¡Ay! —gimió, enderezándose con lentitud y consciente, de golpe, del lugar donde se encontraba y de que unos ojos castaños la observaban con fijeza.

—Buenos días —murmuró.

—Buenos días —contestó él, con una suave sonrisa. Había un poco de color en sus mejillas y sus ojos parecían más vivos—. Te vi bien mientras dormías.

—¡Lo mismo puedo decir de ti! —exclamó ella, pero al momento de decirlo se sintió desconcertada por haberlo hecho con entusiasmo.
—Me alegro de oír eso.

Gracias por quedarte.

—De nada —respondió Anna y movió la cabeza, tratando de esconder su confusión.

—Debes estar rendida.

—Eres tú quien nos preocupa, ¿cómo te sientes?

—No tan mal, aunque débil como un gatito. Me pregunto si sólo es buen síntoma o si ya ha pasado lo peor.

—Yo creo que estás recuperándote de verdad —le respondió ella con rapidez—.

Pero eso no significa que puedes tomar el próximo vuelo a Guatemala —le advirtió.

—Claro que no, pero ya me siento mucho mejor —se puso de lado.

Anna notaba un cambio favorable para ella en la mirada y en el carácter de Colin pero, en lugar de alegrarse, comenzaba a sentirse incómoda otra vez, aunque de un modo diferente. Al fin, alterada y molesta por la atenta observación que él le había dedicado durante un minuto, se animó a preguntar:

—Bueno, ¿me apruebas?

La sonrisa que iluminó su cara la dejó atónita. Ella nunca lo había visto mirarla así antes, y el corazón le dio un vuelco.

—Tú sabes que sí —le aseguró él, con una mirada lujuriosa que la hizo ruborizarse.

Se puso de pie con rapidez y comenzó a caminar, arrastrando los pies, tratando de ponerse los zapatos que se había quitado.

—Estoy muy contenta de saber que ya te sientes mejor, así que me voy a casa.

—Miedosa.

—Adiós.

—¡Anna! ¿Cuándo regresas?

El cambio tan rápido la confundió. ¿Cómo podía portarse como un lobo un momento y al siguiente como un chiquillo abandonado? ¿Cómo demonios había podido ella relacionarse con alguien así? Pensó de nuevo en Rich. Con él no había cambios bruscos, sorpresas, ni la necesidad de preguntarse lo que se debe hacer.

—Estaré aquí al mediodía —le prometió—. ¿De acuerdo?

—¡Sí! —asintió con la cabeza.

Anna pudo detectar en él cierta tensión, así que regresó junto a la cama.

—Si quieres algo antes, llama. Te van a conectar un teléfono aquí; si yo no te contesto, lo hará Jenny. Ella se muda hoy a casa.

Le regaló una rápida sonrisa, sintiéndose como una madre que deja a su hijo en la escuela el primer día de clases. Sin saber por qué, se inclinó y lo besó en la frente.

Sin una palabra más, se volvió y se fue.

Ella no quiso reflexionar sobre su propia conducta. Había cosas que era mejor dejar sin analizar.

Cuando regresó a la casa a la que ya había llegado la hermana pequeña de William Fielding, se encontró con algo que no había esperado y que le supuso una preocupación más.

—Alguien llamado Rich llamó anoche —le dijo Jenny nada más entrar.

—¡Cielos! ¿Qué le dijiste?

—Sólo que habías llevado a mi primo al hospital. ¿Por qué? ¿Hice mal?

—Oh, no.

Se arrepintió de no haberle explicado a Richard la situación desde el principio.

Temía que su silencio le hubiera resultado sospechoso. Jenny interrumpió sus pensamientos.

—Mencionó que tú no le habías hablado del primo.

—Es cierto —reconoció Anna—. Pensé que no le gustaría saber que estaba aquí Colin.

—¿Por qué? ¿Quién es él?

—Es mi prometido.

—Ya veo. Sin embargo, aceptó que tú vivieras con Will y conmigo.

—No es lo mismo.

—Supongo que no —Jenny sonrió—. Definitivamente, Colin es más peligroso que Will.

Anna pensaba lo mismo.

—Por eso no le expliqué la situación a Rich.

Jenny se quedó pensativa. Después dijo con ojos brillantes:

—Eso no importa. Will llamó también ayer por la noche y me dijo que llegaba hoy en el vuelo de las nueve, a Dubuque. Así Rich nunca se enterará de la diferencia.

Estaremos tú, Will y yo, como si hubiéramos vivido todos estos días juntos y Colin hubiera llegado enfermo al hospital.

No era así y nada de lo que Anna dijera o imaginara podría cambiar las cosas.

Tal vez Rich nunca supiera nada sobre lo ocurrido la semana anterior, pero Anna sería siempre diferente. En adelante, no podría imaginar el mundo sin Colin Davies.

«Maldición», pensó Anna. «Yo amo a Rich, es bondadoso, fiel y adorable. Es todo lo que necesito».

Capítulo Cuatro

Al anochecer, Anna seguía dándole vueltas a la cabeza. Había pasado dos horas por la tarde mirando dormir a Colin. Despertaba cada poco, sin sus habituales ganas de hacer observaciones burlonas, contentándose nada más con tomarla de la mano. Y

no había podido dejar de contemplarlo. No sabía de qué clase pero existía una atracción real entre ellos y tenía que encontrar la forma de dominarla. Había pensado que él se enfadaría cuando le anunciara que Will llegaba esa misma noche y que ella iría a recogerlo, pero sólo mostró frustración y supo que él veía cómo su proyecto de Guatemala se alejaba delante de sus ojos. Con Will en Estados Unidos, el trabajo de campo se detenía y su investigación quedaba a merced de los saqueadores.

William Fielding era como Anna lo había imaginado. Era la versión masculina y alta de Jenny. el pelo color paja, la piel salpicada de pecas, la misma sonrisa afable. Se encaminó hacia ella de inmediato y le ofreció la mano.

—¡Hola! Soy Will. Tu eres Anna, ¿verdad? ¿Cómo está Colin?

—Mejor, excepto porque supo que tú venías —sonrió la joven.

—Lo supuse. Lástima que no salieran las cosas como lo habíamos planeado.

Ésta era su expedición, ¿sabías?

Anna asintió con la cabeza, recordando que Colin se lo había dicho con el orgullo altivo de un padre que está hablando de su hijo. Cogió una de las dos maletas y lo guió hacia su coche.

—Fue muy mala suerte que él enfermara —comentó Will—. Ninguno del equipo enfermó. Supongo que olvidaría tomar sus píldoras o algo así. ¿Cuándo piensa Whitmeyer que Colin podrá irse para allá?

—En septiembre o después.

—¡Mala noticia! Entre la precaria situación política y los saqueadores, tendrá suerte si para septiembre queda algo de la excavación —se metió en el Volkswagen y suspiró—. ¿Qué tal si nos detenemos a comer una hamburguesa? Me estoy muriendo de hambre.

La guió hacia un restaurante y mientras comían ella le contó los acontecimientos de la semana. Parecía como si se conocieran de toda la vida. En persona, Will. podría ser un duplicado de Peter, su hermano: el mismo genio, habilidad para escuchar y un enorme sentido común.

—Colin debe estar agradecido de que hayas sido tan tenaz como para convencerlo y llamar a Whitmeyer. Fue un tonto al no llamar al médico inmediatamente. Pero siempre ha tenido algo en contra de los doctores y los hospitales.

—¿Qué quieres decir?

—A la mayoría de los hombres no les gustan, incluyéndome a mí. Pero Colin es algo exagerado. Cuando teníamos alrededor de doce años, se hizo una herida en la pierna; necesitaba puntos. Yo creí que él iba a golpear a mi madre porque lo quería llevar al sanatorio. Todo el rato lo pasó diciendo: «No. Ellos no pueden obligarme a que me quede. ¡No quiero estar aquí!»

Will dio un sorbo a su cerveza.

—Recuerdo el tono de su voz, era de pánico. Algo fuera del carácter de Colin, él era un muchacho al que nada lo asustaba. Pero estaba atemorizado con aquello y no era por la herida, ¡era por el hospital!

Anna asintió con la cabeza. Will confirmaba lo que ella había percibido cada vez que le mencionaba a Colin médicos y hospitales.

—Y ¿dijo él por qué?

—Por Dios, no. Es poco comunicativo, un buen hombre, pero no deja entrar a nadie en su interior —Will le sonrió—. ¿Ya lo has notado?

—Sí.

—Lo suponía —terminó su hamburguesa y se limpió la boca—. Creo que es mejor que nos vayamos. Ansió dormir en mi cama. Es difícil creer que desperté esta mañana en una pequeña posada hecha hace como cien años y a quince kilómetros de distancia del siglo veinte —se puso de pie y salieron del restaurante—. Es agradable estar en casa.

—Eso espero —dijo Anna dudosa.

—¡Ah sí lo es! Dar clases es lo que equilibra el trabajo de campo. A mí me gusta mucho enseñar, Colin prefiere excavar en la selva.

—Está muy entregado a su trabajo. Le concedo eso, aunque exagera.

—Lo hace. Yo creo que él confía más en los restos materiales de gente que murió hace cientos de años, que en sus contemporáneos. Además, le gusta mucho su profesión. Desde luego —agregó, guiñando un ojo—, ¡eso no lo priva de pasar un rato agradable cada vez que quiere!

—Ya lo descubrí.

—Es suficiente para él —dijo Will—. Una vez estuvo comprometido, por desgracia, todo salió mal. Desde entonces, la arqueología es lo más importante.

Además, con franqueza, no creo que encontrara muchas mujeres que quisieran marcharse a la selva, aun cuando decidiera sentar cabeza, lo que no parece probable.

«Reflejos de Toby», pensó Anna. «¡Oh Dios!», profirió en silenciosa oración,

«¿por qué no me permites odiarlo? Así todo sería más fácil».

—Sin embargo, tú ya vas a establecerte, según he oído —dijo Anna, cambiando el tema.

—Sí, Andrea es una botánica a la que no le incomodan las selvas. Ella mira las flores y yo examino los montículos. Hacemos una pareja interesante.

—La echas de menos —no era una pregunta. Anna lo notaba en su voz.

—¡ Y tanto que la echo de menos! Estábamos los dos tan absortos en nuestros trabajos, que no imaginé cómo sería nuestra vida durante el año que voy a pasar aquí. Ahora siento que he perdido la mitad del tiempo y que una parte de mí también está perdida.

—Háblame de ella —le pidió Anna y él lo hizo.

Todo el camino de regreso a Belle River, Will tomó la palabra y la joven oyó más de lo que pensó que fuera posible, y no sólo de Andrea. Una vocecita le dijo cuánto echaba en falta a Rich Howell; aunque comparado con lo que Will añoraba a Andrea, no era mucho.

Una vez que Will estuvo en casa y trabajando, parecía difícil de creer que la semana que pasó sola con Colin había existido de verdad. Enfrascado en los preparativos de último minuto e intentando comenzar a escribir sus notas, Will presionó a Anna con trabajo de inmediato. El conocimiento que tenía del español y su experiencia en cerámica fueron los puntos a favor que el profesor Fielding encontró en ella. Para el viernes, Will estaba encantado y Anna agotada.

Él era un jefe muy considerado y su buen humor hizo que la joven se esforzara en sus tareas. Pasó horas ayudándolo a clasificar, escribir a máquina, traducir e incluso armar una parte difícil de una vasija. Anna disfrutaba con ello y cuando iba a ver a Colin, demostraba su entusiasmo, lo cual no parecía agradarle demasiado.

Prácticamente la asaltaba a preguntas en cuanto ella entraba en el cuarto.

—¡Dios! —exclamó Colin una vez—. Por el modo en que hablas de él, parece que piensas que se trata de una estrella de cine.

—Yo sólo he dicho que me gusta ayudarle —protestó Anna—. ¿Te molesta?

—¡A mí no! —estalló. Luego procedió a ignorarla.

Dado que su disgusto parecía incrementarse cada vez que ella mencionaba a Will y el trabajo que desempeñaba, muy pronto Anna se abstuvo de hablar de ello.

Pero entonces, no había nada qué decir.

Las visitas fueron haciéndose cada vez más torturantes para su paz mental. Le hubiera gustado olvidarlo y. cuando estaba con Will, lo lograba. Sin embargo, cada día después del trabajo, ella volvía al hospital. ¿Cómo sería su rutina cuando Colin dejara la clínica y

tuvieran que vivir bajo el mismo techo? No lo sabía. Sin embargo, no se detenía a pensar mucho en ello.

Una semana después de que Colin fuera internado en el hospital, ella y Will pasaron a visitarlo y se encontraron al doctor Whitmeyer contento, charlando con su ya muy recuperado paciente.

—Por mí, de acuerdo —le decía—. Te puedes ir. a condición de que ellos te quieran en casa.

Colin miraba de Will a Anna tratando de adivinar sus respuestas.

—¿Qué significa si queremos tenerlo? —preguntó Will.

—Va a necesitar que lo vigilen —explicó el facultativo—. Y sobre todo, que lo controlen. Mientras ha estado aquí, prácticamente hemos tenido que atarlo. Si se va a casa y trata de seguir trabajando como antes, regresará al hospital antes de una semana.

—Pero yo…

—Ya sé que no te sientes mal —interrumpió el médico—. Pero no vas a salir de aquí con la energía de un niño. Debes tomarlo con calma.

Anna pensó que la apariencia de Colin desmentía la opinión del doctor Whitmeyer: afeitado, limpio y apuesto, aún con la ropa de hospital, no era ni la sombra del hombre que había ingresado una semana antes. Cada día que pasaba se notaba la mejoría y Anna sabía que desde el martes, primer día en que pudo ingerir comida sólida y que caminó hasta el baño sin ayuda, había insistido en que lo dejaran ir a casa.

—¿Qué piensas? —preguntó Will—. ¿Lo llevamos? El estómago de Anna se contrajo.

—A ella no le molesta —intervino Colin sonriendo—. Ella me ha visto peor ahora sabe que estoy recuperándome. ¿No es así?

—Pues… sí —titubeó, procurando dar a su voz un tono ligero—. Es difícil que te comportes peor —«eso espero», pensó.

—¿Veis? —dijo Colin, triunfante.

—Entonces, después de la comida a casa y derechito a la cama —decidió el doctor.

—Bien. Lo arreglaremos —respondió Will.

—Prefiero que lo haga Anna —declaró Colin dirigiendo hacia ella una mirada de soslayo.

—¡No soy tu enfermera! —respondió con furia.

—¿De verdad? La semana anterior lo deseabas —bromeó Colin.

—¡Sólo porque eres muy obstinado y no hubieras llamado al médico!

El doctor Whitmeyer los miraba como si estuviera viendo un partido de tenis.

—Mi paciente no debe exaltarse, eso retrasa su recuperación.

Ahora que él se sentía mejor, parecía que estaba ansioso por

hacerla parte de los buenos ratos a los cuales se había referido Will. Tendría que trabajar mucho y mantenerse firme frente a sus encantos. Lo primero que debía hacer era encontrar algún otro lugar dónde estar, cuando Will lo llevara a casa por la tarde.

No tuvo tanta suerte.

—Asistiré a una reunión de trabajo —le comunicó él a la hora de la comida—. Y

Jenny se comprometió a cuidar a un bebé.

Anna fue a recogerlo. Colin estaba, como lo declarara el doctor Whitmeyer demasiado débil aún.

Su Volkswagen nunca había parecido más pequeño que cuando él se sentó dentro. Su presencia, aun callado, la subyugaba.

«Tengo que llamar a Rich esta noche», pensó. Había tratado de evitarlo durante la semana, pues no deseaba hablarle de Colin Davies pero ahora lo haría.

A la hora de subir a Colin por la escalera, ella estaba temblorosa y sin aliento.

Enseguida escapó hacia la cocina para prepararle una bebida.

Al regresar, recibió un impacto aún mayor, pues lo encontró desvistiéndose para meterse en la cama.

—No me prestes atención —le dijo, sonriendo débilmente al ver su expresión de sorpresa—. De cualquier modo, como ya estás comprometida no hay motivo para que te sonrojes.

Anna estuvo a punto de gritarle que ella y Rich nunca… pero supuso que se burlaría de su inocencia.

—¿Querrás poner el vaso sobre la mesa? —le pidió él.

Ella lo dejó de golpe y huyó hacia la puerta.

—Llama si necesitas algo —bajó volando por la escalera.

Al anochecer, estaba fregando los cacharros, cuando sonó el teléfono. Desde la tarde había esperado la llamada con ansiedad.

—Siempre estás fuera —fue lo primero que Rich le dijo—. ¿Adonde te vas cada noche? ¿Quién es ese primo del hospital? ¿Qué tiene que ver contigo?

Se le oía disgustado y Anna pensó que él no iba a entenderlo todo. Lo mejor sería ajustarse a los hechos más concisos.

—El es el doctor Colin Davies, jefe de la expedición a la que Will… digo… el doctor Fielding pertenece. Contrajo malaria y otras enfermedades y regresó para estar en la casa del profesor. Yo lo he visitado puesto que Will y Jenny están muy ocupados.

—¿Otra gaviota lastimada? —Rich parecía divertido—. ¿Aún está en el hospital?

—No, ha vuelto a casa hoy. Lo vamos a cuidar hasta que pueda regresar a Guatemala.

—Bueno.

—¿Bueno?

—Sí. Nunca creí que una niña de quince años fuera una compañera adecuada para ti y ese William Fielding. Me alegra que ese doctor Davies esté allí.

Anna estuvo a punto de ahogarse.

—Espero que lo cuides bien —prosiguió Rich—. Piensa en él como si fuera otro perrito extraviado, tú los recoges todos.

—El doctor Davies no es exactamente un perro extraviado. —El principio es lo mismo: perros extraviados, gaviotas lastimadas, gatos atropellados, arqueólogos con malaria. Supongo que debería alegrarme —dijo Rich con tono filosófico—, eso te mantiene alejada de problemas.

—No sabía que pensabas que tenía la tendencia a meterme en problemas.

—No es que lo piense. Lo que ocurre es que te echo de menos. ¿Por qué tenías que irte?

—En ese momento me pareció una buena idea.

—La otra noche fui a una fiesta a la casa del manirroto Ed Jamison —dijo Rich

—. Te hubieras divertido.

Comenzó a hablarle sobre la ruidosa fiesta en Palos Verdes. Anna recordó que esa noche la había pasado sentada en el hospital.

—Debió ser muy divertida. Rich, yo también te extraño mucho.

—Muy bien. Entonces, ¿por qué no regresas a casa?

—No puedo. Tú sabes que no cancelo mis contratos.

—Está bien —suspiró él—, pero sigue echándome de menos y cuidando criaturas en desgracia. Incluido ese señor Davies…

—Davies.

—Como sea. Sólo aléjate de Fielding.

«Si tú supieras», pensó Anna.

—Sí. ¿Me llamarás el domingo?

—Por supuesto. Sé buena con ese enfermo —Rich colgó y Anna se sintió más culpable que nunca, pues Colin le inspiraba lo mismo que Toby.

Anna había conocido a Toby Evans en una fiesta de la Fraternidad, cuando ella cursaba el segundo año en la Universidad de Los Ángeles. Había ido a aquella fiesta sólo porque su compañera de cuarto, Lorraine estaba comprometida con un muchacho de la misma Fraternidad. Al principio se había quedado sentada en un rincón, lamentando no estar en la biblioteca estudiando su examen de historia, cuando vio a Toby. Era sin lugar a dudas, el hombre más atractivo que había visto en su vida y deseó estar junto a él desde el primer momento. Anna nunca había sonreído tan ampliamente, bailando tan cerca de alguien, ni escuchado aquellas palabras que él

dijo y que ella quería oír. Pero lo hizo de inmediato, ella y Toby Evans fueron uno solo.

Hicieron citas dobles con la pareja de amigos comprometidos, daban largas caminatas por la playa a la luz de la luna y tuvieron escenas amorosas en el coche deportivo de él. Tiempo después, ella se alegró de que aquel coche fuera tan pequeño…

La primera sospecha de que ella no era completamente correspondida, surgió por los comentarios de los amigos acerca de las escapadas de Toby.

—Él es un hombre para muchas mujeres —le dijo Lorraine—. Dice Darrell que Toby tiene fama por eso.

Anna lo tomó a la ligera. Después de todo, Toby era apuesto con aquel cabello negro, penetrantes ojos de color café y un cuerpo musculoso. Si había tenido mujeres en el pasado, eran sólo eso, pasado.

Un día faltó a una cita, después a otra, se le olvidaba llamarla cuando aseguraba que lo haría y. en una ocasión, mientras la besaba, la llamó Gloria.

—¿Quién es Gloria? —le preguntó, retrocediendo como un conejo herido.

Toby sonrió y encogió los hombros.

—Lo siento, quise decir Anna. Gloria es una chica que yo conocía.

Anna descubrió tres semanas después, que Gloria esperaba un bebé de Toby.

—¿Es cierto eso? —le preguntó, más horrorizada que herida.

Toby volvió a encoger los hombros.

—¿Quién sabe? Gloria sabía lo que hacía, es su responsabilidad.

Después de aquello, no podía seguir engañándose a sí misma. Su sueño de pasar el resto de su vida siendo señora Evans encontró un final amargo.

—Creo que lo mejor es no seguir viéndonos, Toby.

—Está bien —él sonrió con expresión negligente—. Tengo una proposición de trabajo en Minneapolis salgo el martes —lo hizo como lo dijo, dejando a Anna desolada.

Durante un tiempo, ella no salió con nadie, temerosa de que cualquier hombre que encontrara atractivo resultara tan poco digno de confianza como Toby. Un año después, conoció a Rich.

En los dos últimos años, su relación había crecido desde unas citas casuales a un compromiso formal. El desenlace inevitable era el matrimonio.

Entonces, cuando el anillo de compromiso ya estaba en su dedo, surgió la duda.

—Creo que necesitamos salir una noche —dijo Will unos días después, mientras él, Colin y Anna veían un partido de béisbol por

televisión.

—Buena idea —respondió Colin.

—Tú no —replicó Will—, nada más Anna y yo. Una noche para la plana mayor, para que podamos charlar y librarnos del paciente. —Muchísimas gracias —la voz de Colin sonó áspera—. Vas a monopolizar el tiempo de mi enfermera —le había dado por referirse a ella como su enfermera porque sabía que eso la molestaba. Colin se incorporó para buscar una posición mejor—. Ella está comprometida, ¿recuerdas?

—Y yo también. Andrea no se molestaría y Rich tampoco.

Eso no era del todo cierto, pero Anna no iba a contradecirlo. Necesitaba salir a pasear una noche. Le dirigió a Will una sonrisa entusiasta.

—Cualquier cosa que tengas pensada, está bien para mí.

—Desearía que me dieras esos estímulos a mí —protestó Colin.

—¿Adonde vamos a ir? —le preguntó Anna a Will.

—Algunos de la Facultad y de la Dirección están preparando una salida a la granja de Eiler, mañana por la noche. ¿Te parece bien?

—¡Fabuloso!

—¿Dónde es eso? —preguntó Colin.

—Cerca de la granja de Salty. Donde íbamos a buscar puntas de flecha cuando éramos niños.

—Ah.

—Creo que voy a terminar los apuntes que me diste esta mañana —le dijo la chica a Will—, y después me iré a dormir.

—Está bien —le contestó con una sonrisa tranquila—. Buenas noches.

—Buenas noches —murmuró Colin. Como si ella no mereciera más interés que una pared.

Anna subió por la escalera, confundida. Él coqueteaba con ella un minuto y al siguiente se mostraba indiferente. ¡Qué tipo tan molesto!

Anna no tuvo tiempo de descifrar el comportamiento de Colin. Will la tuvo ocupada toda la tarde del día siguiente, poniendo en orden algunos apuntes y Colin, previendo que tenía que quedarse en casa por la noche, logró ir a la granja de Salty todo el día.

—No me voy a morir por eso —le dijo a Anna cuando ésta protestó —. Ya estoy bien.

No estuvo convencida del todo hasta que conoció a Salty, el bibliotecario de las Colecciones Especiales de la Universidad. Un hombre pequeño, de pelo gris, que le recordó a Anna a un perrito terrier. Salty ayudó a Colin a entrar en su viejo Chevy como si fuera un padre cariñoso. Su interés por Colin era evidente. Anna quedó conforme y cuando Salty dijo:

—Ahora yo me encargo de él—. estuvo segura de que lo haría.

Colin parecía contento de ir pero a Anna no le gustó la sonrisa afectada que le dedicó cuando se iba.

—Que disfrutes de la velada.

Ella no le dio la satisfacción de que se diera cuenta de que la había molestado.

—Estoy segura de que así será.

Colin no había regresado a la hora en que ellos salieron.

—Está abusando —se quejó a Will—. Apenas lleva cinco días en casa.

—Salty cuidará de él. No te preocupes, para eso es esta noche, para escapar de nuestras responsabilidades.

Anna deseó que fuera así. Cuando iniciaron el camino, su entusiasmo revivió.

—¡Esto es precioso! —exclamó ante el césped recién podado, con algunos robles

—. ¡Incluso tiene un arroyo! —salió del coche en cuanto se detuvo, después ayudó a Will a llevar las ensaladas que habían llevado.

—Yo bajo esto, tú el mantel.

Y la guió por la vereda hasta donde unas mesas habían sido estratégicamente colocadas, bajo el roble más grande. Algunas mujeres colocaban lo que parecían varios kilos de deliciosa comida.

—¡Santo Dios! ¿Esperan un ejército?

—Las buenas fiestas de Wisconsin son así —explicó Will.

—Me sorprende que no seáis todos obesos.

—Nos esforzamos por no serlo —sonrió él—. Vamos, te presentaré.

Le presentaron a media docena de personas, tan rápidamente, que Anna sólo vio varias caras adornadas con sonrisas. Nada más un profesor de Física, de mediana edad, se grabó en su mente.

—Hay otras personas que deseo que conozcas —le dijo Will.

Se volvió, sonriendo mientras él hacía las presentaciones.

—Él es Mike Tate, nuestro Director de Servicios Estudiantiles y su esposa Cindy.

—Encantado de conocerla —dijo Mike, con una voz suave profunda y sensual que Anna siempre asociaba con las estrellas del cine. Mike era de pelo rubio, lacio, peinado hacia atrás, ojos azules y tez bronceada. Cindy era una rubia impresionante.

Tenía como veinticinco años y una cara de rasgos muy finos.

Anna también estrechó la mano de Cindy, murmurando algo sobre el gusto de conocerla, cuando notó la expresión burlona de la chica al ver el anillo de compromiso. Seguramente estaría preguntándose qué había pasado con Andrea, con quien se suponía estaba Will comprometido.

—Ella es Anna Douglas de California. Está viviendo con nosotros, va a dar clases en sexto grado.

—¿Sí? —era obvio que Cindy seguía intrigada—. ¿Estás comprometida?

—Sí, pero…

—Pero no con Will —dijo una voz familiar, mientras el brazo de Colin caía sobre los hombros de Anna y la acercaba hacia sí.

—¡Colin! —Cindy lo miraba asombrada, tanto como Anna.

Colin posó sus labios suavemente en la mejilla de Anna deslizándolos hasta la boca y besándola con pasión.

—¡Colin! ¿Pero qué…? —luchaba en vano por zafarse de él.

—Te sorprendí, ¿no? —guiñó un ojo—. Ella y Will iban a dejarme descansar esta noche —les explicó a Mike y Cindy—. Me recupero de un ataque de malaria, pero decidí no dejar que se alejara de mi vista.

—¡Colin! —protestó Anna golpeando el suelo con un pie.

—No tienes por qué avergonzarte. Mike y Cindy no llevan mucho tiempo casados. Ellos entienden cómo me siento, ¿no es verdad?

—Claro —sonrió Mike. Con todas sus dudas aclaradas.

—Bueno —interrumpió Will—. Debiste haber dicho que querías que se quedara contigo en casa. No me gusta intervenir entre dos pichones.

Anna miró con indignación a Will, pero él sonrió, deseando por lo visto continuar el engaño de Colin y era obvio que esperaba que ella lo hiciera también.

—Entonces, ¿sois recién casados? —Anna se dirigió a la rubia.

—Nos casamos el domingo de Pascua —contestó Cindy. Luego, volviéndose hacia Colin le dijo con dulzura—: Lástima que estuvieras en la selva y no pudieras asistir a nuestra boda.

—Es cierto, pero voy a celebrar la mía dentro de poco tiempo, ¿no es así, Anna?

Los dos podían jugar aquel juego, decidió Anna. Así que le deslizó su brazo por la cintura y lo pellizcó.

—Si tú lo dices, Colin —le sonrió.

—Bueno, volveremos a vernos —le dijo él a Mike y a Cindy como si se despidiera de ellos—. Estaré por aquí un rato —fijó la vista en Anna, como si fuera ella el motivo por el cual se retiraban.

—Hasta luego, entonces —Mike guiñó un ojo y Cindy les dirigió una sonrisa.

Se alejaron para charlar con otros amigos y entonces Colin aflojó poco a poco su abrazo. Tan pronto como los Tute se separaron lo suficiente para que no los oyeran.

Anna se encaró con él.

—Cualquier cosa que quieras con… —farfulló.

—Aquí no —le musitó.

—Voy a buscar algo de comer para nosotros —dijo Will de prisa—. Sentaos bajo aquel árbol, vuelvo en un momento —comenzó a

caminar hacia las mesas, pero luego, pensándolo mejor, añadió—: Ven conmigo —tomó a Anna del brazo.

—¿Sabes tú qué pretende?

—Creo que sí.

—Bien, ¿qué cosa es?

—Deja que él te lo explique después.

—¡No estoy comprometida con él!

—Yo lo sé.

—¡Sí! ¡Pero Mike y Cindy no!

—Esa era la idea. No te preocupes, nadie va a obligarte a casarte. Toma —le ofreció un plato—, sírvete bastante, así no tendremos que volver para repetir. Lleva suficiente para Colin.

—No te fíes de mí —advirtió Anna—. Podría ponerle arsénico.

—No exageres —rió Will.

—¿Cómo puede alguien pensar que estoy comprometida con ese… con ese…?

—Él no es feo.

—No hablo de su apariencia. Es una víbora… Una rata… Un…

—Shhh. Se trata de tu futuro esposo —rió ante la mirada de odio que le dirigió Anna—. Cuidado, no tires tu tenedor —él se dirigió hacia donde estaba Colin, mirando de soslayo a una señora de edad.

—¿Es ésta la joven, Colin? ¡Es hermosa! —exclamó la dama.

—Gracias —contestó—. Sí ella es Anna, señora Pullen.

«Por Dios Santo, ¿a cuántas personas se lo va a contar?»

—¡Hola!

—Hola, querida. Me acaba de decir Cindy Tate que vas a casarte con ese bribón.

Debo confesar que es una sorpresa.

—Sí —dirigió a Colin una mirada asesina.

—Bueno, felicidades a los dos —dijo la mujer, otorgándoles otra sonrisa radiante antes de irse.

—Las noticias viajan rápido —murmuró Colín, con una sutil sonrisa en los labios.

—Siéntate y toma este plato antes de que te eche a ti por encima su contenido.

¿Cómo pudiste hacer eso? ¿De dónde vienes? ¿Cómo llegaste aquí?

—Gracias, bueno. Contestando a tus preguntas: primero, me pareció una buena idea; segundo, estaba en la granja de Salty y tercero, vine andando. Son como cuatrocientos metros.

—¡Felicidades! —gritó alguien y Colin sonrió y movió la cabeza.

—Sonríe —le ordenó a Anna—. Que te vean feliz.

—Deberías estar en la cama. Creo que el paseo de esta tarde te ha afectado al cerebro.

—Puede ser —concedió—. Me siento cansado —terminó la comida

de su plato y se acomodó para apoyar la cabeza en el hombro de Anna.

La joven se apartó violentamente.

—¡No soy tu almohada! ¡No soy tu prometida! ¡Yo no sé cómo pudiste pensar que…!

—Discúlpanos —le dijo Colin a Will que los observaba con interés —. Volvemos en seguida —asiendo el brazo de Anna, tiró de ella hacia el arroyo, en dirección opuesta al grupo.

—¡Suéltame! —ella le dio un puntapié, por lo que él la cogió en brazos.

—Si me desmayo después de esto, será por tu culpa —murmuró mientras se tambaleaba al bajar rumbo al arroyo, donde la dejó caer en la orilla.

—¡Grandísimo tonto! ¿Mi culpa? ¿Quién ha empezado? —lo miró con indignación, Colin se dejó caer junto a ella.

—Has sido tú —insistió él—, si no estuvieras viviendo en la casa de Will…

—No comiences de nuevo con eso. ¡Dios mío! La cantidad de cosas de las que me culpas por vivir en la casa de los Fielding, son tantas como las que les atribuyen a Adán y Eva. ¿Por qué dijiste que estamos comprometidos?

—La mujer que conociste. Cindy Tate…

—Ya sé su nombre.

—Ella fue mi prometida.

—¿Cindy Tate? —era imposible evitar el tono de incredulidad.

—He madurado desde entonces.

—Es una mujer muy atractiva.

—Sí.

«¿Trata de esconder su disgusto?», se preguntó Anna. «¿Lo dejó Cindy para casarse con Mike?» Él nunca le había contado las circunstancias de su rompimiento, pero su amargura era innegable.

—¿Es por eso por lo que querías hacerle creer que estoy comprometida contigo?

—Algo así.

¿Amaría aún a Cindy? ¿Estaba tratando de demostrarle que no pasaría la vida sufriendo porque se había casado con otro?

—¿Qué vas a lograr con eso? Descubrirá que no es cierto —las consecuencias de lo que él había hecho la aterraron—. ¿Qué pasaría si Rich se enterara?

—¿Por qué habría de descubrirlo?

—Porque no estoy comprometida contigo, sino con Rich Howell y me voy a casar con él al terminar el curso escolar. ¡Entonces será obvio para todo el mundo!

—Creí que ya te había hecho comprender que no lo amas —

suspiró.

—¡Por supuesto que no! De cualquier modo, te disculpaste después de tu actitud. Si tú crees que me voy a quedar pasiva, no me conoces y…

—Está bien, está bien. Me disculpo de nuevo, por aquella ocasión, por ésta, por lo que tú quieras. No vamos a caer en discusiones triviales cuando…

—¡Mi compromiso no es trivial!

—No. no lo es —accedió solemnemente—. Es por eso por lo que deseo usarlo.

Necesito estar comprometido —parecía como si estuviera acorralado y de pronto, Anna sintió pena por él.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó ella.

Colin le sonrió.

—Sabía que me ayudarías —le dijo—. No lo sé, lo suficiente para darles algo de qué hablar. Además, ¡podría llegar a gustarte!

Anna lo sabía. Había pasado mucho tiempo tratando de mantener a Colin en último término de su vida, desde que había llegado. ¿Cómo podría ahora evitar que invadiera su mente en todo momento?

«Yo sólo deseaba tener una pequeña tentación», pensó arrepentida y recordó lo que su padre le había dicho una vez.

—Ten cuidado con lo que pides al rezar. ¡Podrías conseguirlo!

Capítulo Cinco

Anna esperaba encontrarse con que la noticia de su compromiso con Colin sería del conocimiento general en la Facultad y entre todos aquellos interesados en lo que ocurre en Belle River pero lo que no había imaginado era que Colin quisiera hacerlo aún más notorio. Así que cuando regresaba de la biblioteca, donde tomaba unos datos para William. se sorprendió al verlo en la puerta principal, reclinado como si la esperara, y aún más cuando él le dijo:

—¿Qué te parece si celebramos nuestro compromiso saliendo a cenar?

—¿Qué?

—Conozco un buen lugar. Además, tú necesitas un descanso. Debes estar harta de preparar todas las noches sopas y ensaladas. ¿Sí? ¡Por favor! —le dirigió una mirada de súplica tal, que la sorprendió.

No estaba acostumbrada a que Colin Davies pidiera algo por favor. Era imposible resistir. Él debía saberlo también, pensó ella cuando al final aceptó.

Dado que siempre había visto a Colin semidesnudo o con ropa informal, se estremeció cuando al anochecer lo encontró esperándola en la sala. Llevaba un traje claro, muy bien cortado, una sencilla camisa blanca y una corbata a rayas. Se puso de pie y le tendió la mano para darle el chal de encaje blanco que ella había dejado sobre un sillón.

—Estás adorable —dijo él.

—También tú —contestó con sinceridad y se ruborizó.

—Es la primera vez que la chica con la que salgo me piropea —rió Colin.

—No soy una chica, sino tu seudo-prometida.

—Sí —aceptó con gravedad—. Lo eres —sus miradas se encontraron—. Tengo mesa reservada para las ocho, vamos a dar un paseo antes.

—¿Estás seguro de que puedes?

—Me siento bien. Si me desmayo más tarde, tú puedes conducir de regreso a casa —la cogió por un brazo y la llevó al exterior sin permitir más protestas.

La ayudó a subir a su maltratado Datsun y se encaminaron hacia el sur. por la carretera. Él se detuvo para mostrarle el lugar donde buscaba puntas de flecha cuando era niño, a ella le encantó la imagen de Colin niño y declaró que tenía la intención de regresar un día y buscar puntas de flecha.

—Si tú quieres, podemos hacerlo. ¿Estás segura?

—Por supuesto, me encantaría.

—A la mayoría de las mujeres no.

—Bien, no soy la mayoría de las mujeres. ¿Cuándo te habrás recuperado?

—En una semana o dos.

—Me aseguraré de ello, de otro modo no podré venir.

—Sí, deberás tener muchos cuidados conmigo o no cumpliré mi promesa —

bromeó él. Ella permitió que la tomara del brazo, mientras volvían al coche.

Al abrirle la portezuela, él se inclinó para rozar con suavidad los labios de ella con los propios. Anna se acomodó en el asiento del coche, atolondrada y pensativa, consciente del fuerte cuerpo masculino que se colocó junto a ella.

Colin había hecho la reserva en uno de los mejores restaurantes de Belle River.

Anna había oído hablar mucho de él, aunque no había estado allí, y se alegró de corroborar lo que la gente decía. La decoración era cálida y acogedora, el servicio impecable y la comida deliciosa, al menos hasta donde ella se pudo dar cuenta, pues su atención estaba concentrada en Colin.

Reían y charlaban sobre una amplia gama de temas y Anna pensó repentinamente: «Nunca me he sentido tan feliz». Pero no tuvo tiempo de reflexionar sobre ello, pues en ese momento Colin dijo algo absurdo, ella comenzó a reír y no se detuvo hasta que él le advirtió:

—¡No más vino para ti! Uno de los dos debe conducir a la vuelta y no voy a ser yo.

—¿Te sientes mal? —preguntó Anna alarmada.

—No. Pero no tengo intención de abusar de mi suerte. En especial, cuando tú estás tan saludable y lista para tomar el mando. Además — se puso de pie y le tendió la mano—, deseo gastar el resto de mi energía haciendo algo más agradable.

¿Bailamos?

Anna se puso de pie sintiéndose como Cenicienta en el baile de palacio.

—Mmm —murmuró él apoyando su mejilla contra el pelo de ella y estrechándola con fuerza hasta conseguir que su cuerpo se moldeara al de él. Apenas podía decirse que bailaban, sólo se mecían al compás de la música; Anna sentía crecer el calor entre ellos, hasta parecer que iban a estallar en llamas.

—¡Vaya! ¡Mira quién está aquí! —oyó que decía una voz detrás de ella mientras la sujetaban por el hombro.

—Hola —saludó Colín.

Anna levantó su cara del hombro de Colin para ver la cabeza rubia de Cindy Tate. La música terminaba en el mismo momento.

—¿Ya habéis cenado? —preguntó Cindy.

—Sí. Estábamos a punto de irnos —Colin se dirigió hacia el borde de la pista, manteniendo a Anna junto a sí con firmeza.

—Tomad una copa con nosotros antes de iros —sugirió Cindy con voz arrulladora—. A la salud de los viejos tiempos.

—Quizá una. pero rápido —clavó sus dedos en el codo de Anna con tal fuerza, que su «Está bien» salió más como un graznido que como una aceptación.

Los Tate tenían mesa en el extremo contrario de la de Colin. Al parecer acababan de llegar y. mientras esperaban que les sirvieran su cena, se habían puesto a bailar. «Qué mala suerte que aparecieran por aquí», pensó Anna pero Colin opinaba lo contrario. El charlaba con Mike ignorando a Cindy quien parecía pensar que una conversación con Anna no valía la pena. Esa noche, al menos, la rubia sólo tenía ojos para Colin Davies.

—En realidad ya deberíamos irnos —dijo Anna, en cuanto terminaron sus bebidas—. Colin no puede extralimitarse todavía.

—Yo lo encuentro fenomenal —protestó Cindy—. Además, Colin escucha,

¡están tocando aquella canción! Nunca puedo recordar su nombre, pero me acuerdo cuando…

—Yo sí me acuerdo —interrumpió Colin. Dijo el nombre de la canción y se puso de pie.

—Entonces, tienes que bailar conmigo. Baila con Annie Mike —dijo a su marido, que parecía tan desconcertado como Anna. Obediente, se levantó y la acompañó a la pista de baile.

—No estás obligado a hacerlo —protestó Anna, mientras él la guiaba.

—Me gustaría.

La chica pensó que él era mejor actor que ella o que no le importaba realmente que su esposa estuviera coqueteando con otro hombre en un lugar público.

Si la música se le había hecho muy corta en brazos de Colin, ahora le parecía eterna. La pista no estaba llena, así que Anna veía con claridad a Cindy muy cerca de Colin. Hacía unos momentos había sentido calor por el abrazo de él; ahora estaba hirviendo de ira.

Hubo un momento en que él captó la mirada de Anna y le brindó una sonrisa burlona, como si estuviera usando a Cindy para darle celos a ella y no a Anna para probarle a su ex prometida que ya no le interesaba en absoluto. Anna le devolvió la mirada de un modo áspero, al tiempo que pisaba a Mike.

—Discúlpame —le rogó a éste—. Estoy muy torpe esta noche. Quizá deberíamos sentarnos.

—¿Otro vaso de vino? —le ofreció una vez que llegaron a la mesa.

—No, gracias —dándole una excusa, lo dejó solo y fue al tocador a

arreglarse el pelo, que Colin había despeinado casi por completo.

¿Qué estaba haciendo allí? «Una buena pregunta. Una que deberías preguntarte tú misma. Anna Douglas», se reprendió a sí misma. Aun cuando sólo fingiera estar comprometida con Colin Davies, aquello era jugar con fuego. Y corría el riesgo de quemarse.

Cuando regresó a la mesa, Colin y Cindy habían vuelto también.

Anna aprovechó que Colin estaba de pie para poner una mano sobre su brazo y dedicarle una persuasiva sonrisa.

—Creo que debemos irnos ahora —ayudó a Anna a ponerse el chal sobre los hombros—. Me alegro de haberos encontrado. Y me gustaría volver a tratar contigo el tema de esos seminarios en el campo. Mike. Tal vez podamos preparar alguno.

—Vamos a intentarlo —respondió Mike.

—Os invitaremos pronto a cenar —musitó Cindy—. Hasta pronto. Annie.

—Sí estará bien —una sonrisa irónica apareció en el rostro de Colin—. Vamos cariño, es hora de ir a casa.

—¿Cómo pretendes darle la impresión de que ya no te importa, si le permites actuar con tal descaro. —le reclamó Anna en cuanto salieron.

—¿Era eso lo que ella hacía?

—¡Tú sabes que así era! ¡Dios, si se te estaba colgando!

—¿Celosa?

—¡Por supuesto que no!

—Pues lo disimulas bien.

—Es que soy una estupenda actriz —mintió Anna.

—Sí, mucho —aceptó Colin. La abrazó con fuerza y le dio un beso prolongado

—. ¡Dios! —murmuró él le acarició el pelo, volviendo a despeinarla—. He deseado hacer esto desde hace varias horas. Bésame, Anna.

Sus labios descendieron otra vez. Ella entreabrió la boca y su disgusto desapareció ante la habilidad de Colin. Lo besó con pasión, lo deseaba tanto como él a ella. Ansiaba confirmar aquellos sentimientos que habían compartido. Fue Colin quien se separó primero y apoyó la cabeza sobre el hombro de Anna.

—¿Ha sido esto una actuación? —su voz era un susurro.

Anna cerró los ojos, estaba demasiado agitada para responder. Sus puños se abrían y cerraban mientras luchaba por tranquilizarse. ¡No podía hacerlo!

—Te dije que era buena actriz, ¿no? —dijo, tratando de que su voz fuera normal. Él levantó la cabeza y le dirigió una mirada dura y prolongada.

—¿Tú conduces? Estoy agotado.

Ninguno de los dos habló durante el camino de vuelta a casa.

Al día siguiente, él no pudo salir de la cama.

—Me duele la cabeza —se quejó, cuando ella entró de prisa y corrió las cortinas.

—¿Es la resaca?

—No lo creo. Aunque Whitmeyer me ordenó que no bebiera.

—¿Por qué no lo dijiste?

—No creí que un poquito de vino me sentara mal.

Su aspecto era terrible y ella se sintió avergonzada por la forma brusca en que había entrado.

—¿Quieres algo?

—¿Qué tal un cubo junto a la cama?

—¿Tan mal te sientes?

—Mm —murmuró—. No me atrevo ni a sentarme.

Ella se sentó en el borde de la cama y buscó su mano. Él levantó un brazo y la miró. Anna recordó la mirada de él la noche anterior, después de besarse. «No lo amo. ¡No puedo amarlo!» Pero le resultaba cada vez más difícil repetírselo.

Él se recuperó con rapidez de su recaída y actuó con mayor sensatez. Sin embargo encontró la energía y el tiempo suficientes para salir a pasear con ella por las tardes, para buscarla en la cafetería estudiantil cuando ella tomaba un descanso de su trabajo con William y para comportarse, de un modo general, como debe hacerlo en público un prometido amoroso.

En privado, también. Anna tenía que reconocerlo. Él nunca bajaba la guardia al entrar en la casa, sino que la seguía atormentando con su solicitud, hasta que ella pensó que iba a volverse loca.

—Ya ha pasado una semana —le comunicó Colin una tarde, cuando fue a encontrarse con ella a la cafetería—, ¡y yo estoy listo!

Anna lo miró perpleja.

—Hoy vamos a buscar puntas de flechas —le explicó él.

Aquella había sido una de esas mañanas en las que ella no había conseguido hacer nada para Will sin tener que repetirlo tres veces.

Su mente estaba saturada de la imagen de Colin y estaba casi convencida de que no podía soportar más que tendría que decirle a él que la farsa de su compromiso había acabado.

—¿De verdad? —bebió el café de golpe—. Maravilloso. ¿Estás seguro de que te sientes bien? ¿No tendrás otra recaída?

—Estoy seguro, tú eres una enfermera excelente. ¡Y si sigues sonriéndome así, iría aunque estuviera agonizando!

Antes de que Colin se diera cuenta, ella se encaminaba a la casa, para cambiarse de ropa.

El resto del día él estuvo observándola con una expresión que variaba entre la incredulidad y la diversión. Al principio, dudaba de

que ella estuviera interesada de verdad. Así que cuando llegaron al lugar donde él había asegurado que podrían encontrar algunas puntas de flecha, esperaba que se diera por vencida muy pronto o que él haría solo la búsqueda. Por el contrario, Anna le pidió que se sentara y lo tomara con calma mientras ella recorría atrás y adelante, arriba y abajo los surcos de un campo sin sembrar, buscando con la vista las puntas de proyectil.

—Ya me enseñaste lo que debo buscar, no tienes que caminar conmigo. ¡Por Dios santo!, descansa. Tú eres la autoridad, limítate a sentarte y ve diciéndome qué es lo que encuentro.

Su botín fue: dos pedacitos de conchas, un molar posterior de un cerdo, un tornillo de tractor, una punta de flecha rota y varios fragmentos de cerámica.

—No está mal para ser principiante.

—¿No está mal? —suspiró—. ¡Es maravilloso! Es decir, hace tres horas yo no podría saber que estos pedacitos de piedra recortados y filosos tuvieran algo que ver con comunidades antiguas.

Le brindó una dulce sonrisa y se pasó una mano impregnada de tierra por la cara. Aquello fue de lo más gracioso.

—Eres fácil de complacer —dijo Colin, riendo. Permitió que ella lo ayudara a ponerse de pie y luego le pasó un brazo sobre los hombros y la condujo de vuelta al coche—. ¡Ahora voy a llevarte a cenar, para celebrar tus descubrimientos!

—¿Así como estoy? ¡No puedo ir a cenar!

—Tonterías. Encajas perfectamente donde voy a llevarte.

Anna lo dudó, a menos que fuera una pocilga.

Se detuvo como un kilómetro y medio más adelante y tomó un camino de grava que bajaba entre algunos bosquecillos antes de cruzar un pequeño arroyuelo.

—Un restaurante bastante apartado —dijo Anna desconcertada.

—Es la casa de Salty —explicó Colin al llegar al patio de una antigua pero bien cuidada casa de campo. Dos perros spaniel saltaron del pórtico para darle la bienvenida. Salty salió y los saludó agitando la mano.

—Venimos a cenar —gritó Colin al salir del coche—. ¿Recuerdas a Anna?

—Por supuesto. ¿Qué vas a prepararnos? —le preguntó a Colin.

—Déjame revisar la alacena —respondió él y se encaminó a la casa —. Ven acá puedes lavarte —le dijo a Anna, que obedeció, divertida por la negligencia con la que Salty aceptaba la manera de entrar de Colin. El le mostró dónde estaba el cuarto de baño, miró sus vaqueros y blusa sucios y reapareció un momento después con unos pantalones y una camisa limpios.

—Pruébate éstos, te quedarán un poco grandes, pero creo que será

mejor que lo que llevas puesto.

—No puedo usar cosas de Salty —protestó Anna.

—Son míos. Tengo cosas aquí, a veces me quedo varios meses.

Ella iba a decir que tampoco quería usar su ropa, pero él arrojó las prendas sobre la banqueta del baño y volvió a la cocina, antes de que ella pudiera abrir la boca. Encogiendo los hombros, se desvistió. Se frotó vigorosamente el cuerpo con una toalla que Colin le había proporcionado, y se puso la ropa que le había prestado.

Siendo ella alta, no tuvo que enrollar mucho las piernas de los pantalones y aun cuando la camisa le quedaba holgada no le sentaba mal. Lo que le hacía falta era un cinturón. Se encaminó a la cocina y se lo dijo a Colin.

Él estaba inclinado, buscando entre las latas de los armarios de Salty.

—No está mal me gusta sin el cinturón. Le agrega cierto aire de aventura y atrevimiento.

—¡Ja, ja! Seguro que Salty puede prestarme uno.

—No lo sé —replicó, mientras se quitaba el suyo—. Puedes usar éste —

esquivando la mano extendida de Anna, comenzó a pasarlo por las presillas de los pantalones.

—Yo puedo hacerlo —dijo presurosa, tratando de alejarse. Él la mantuvo sujeta; con una mano iba poniéndole el cinturón y con la otra dibujaba figuras seductoras en su espalda y costillas—. ¡Basta! —se escabulló por un momento, pero él volvió a atraparla, sujetándola entre la nevera y su duro pecho. La besó en las mejillas, la nariz y por último en los labios.

—¿Mejor? —murmuró.

—¡Colin! ¡Compórtate!

—Lo hago —respondió, mientras apretaba sus caderas contra ella —. ¡Me estoy comportando como un prometido normal y viril!

—¡Tú no eres mi prometido!

La puerta se abrió en ese momento y entró Salty.

—Un poquito lento con la cena, ¿no es así, Colin?

—Hay distracciones —murmuró éste.

Se volvió hacia la alacena, golpeando latas y cacerolas. Salty le sonrió a Anna.

que le devolvió la sonrisa, un poco azorada, y desvió la vista para terminar de ponerse el cinturón.

—Colin dice que te interesan las puntas de flechas —dijo Salty, cambiando el tema con delicadeza—. ¿Quieres ver las mías?

—Sí claro —deseaba tanto verlas como alejarse de Colin.

Lo siguió hasta la habitación que él usaba como estudio y se le cortó la respiración cuando vio las espléndidas hileras de puntas de

proyectil que colgaban de la pared, acomodadas en tableros de exhibición. Sus preguntas mantuvieron a Salty ocupada hasta que Colin los llamó a cenar.

—Si hubiera sabido que eras tan buen cocinero —le dijo Anna, cuando probó la tortilla de setas y queso—, yo me habría quedado en la cama mientras tú cocinabas.

—Sólo demuestro que puedo ser muy buen esposo.

—Pensé que nunca volverías a comprometerte.

—No es un crimen cambiar de opinión.

—¿Cambiar de opinión? —el corazón de Anna se aceleró. ¿Lo decía en serio?—.

Y. ¿tú has cambiado?

—Por lo pronto, finjo que estoy comprometido —dijo burlonamente, encogiendo los hombros—. Todo depende del trabajo que hagas como mi prometida.

—¡Tú! ¡Tú…! —lo amenazó con el puño.

—No le prestes atención —le dijo Salty con afecto paternal—. Lo único que hace es ruido, siempre lo ha hecho.

—A pesar de ello, soy un buen hombre —agregó Colin con una sonrisa—. Anna ya lo sabe.

Era mejor guardar silencio y limitarse a disfrutar de las bromas que hacían Colin y Salty sin intervenir entre ellos.

Fue Salty quien notó su incomodidad y condujo la conversación por caminos menos personales, permitiendo que Anna, de modo gradual, se relajara. Ella lo hizo así puesto que era uno de los lugares más agradables en que había estado. Nada elegante, todas las cosas eran muy viejas aunque útiles, pero la casa de Salty y sus muebles tenían un toque hogareño y acogedor. Se apoyó en el respaldo de la silla y observó a Colin charlar con su amigo, sobre la posibilidad de encontrar restos de cerámica en algunas cuevas del río.

No pudo evitar entristecerse cuando llegó la hora de irse. Había sido un día mágico.

—¿Estás bromeando? —le dijo Jenny visiblemente sorprendida cuando, al día siguiente. Anna le contó dónde habían estado.

—No, ¿por qué?

—Nadie va a la casa de Salty. No creo que Colin haya llevado a nadie más allí.

Y la única persona que ha ido con Will es Andrea.

—Andrea debe ser una persona especial —comentó Anna—. Amante de la cerámica, los perros y los caballos. Probablemente no hay muchas de ellas por los alrededores.

Jenny no la escuchaba, seguía pensando en Colin.

—Tal vez. de verdad, te ha tomado bajo su protección —dijo.

«No más de lo que yo lo he tomado bajo la mía», pensó Anna, pero

se retiró en silencio a cepillarse el pelo. En ese momento sonó el teléfono y Jenny corrió a contestarlo. Regresó momentos después.

—¿Adivinas quién es? —preguntó.

En los últimos días, cada tercera o cuarta vez que sonaba el teléfono era Cindy Tate.

—Me hiciste pensar que querías estar comprometido sólo para guardar las apariencias —le había reprochado Anna a Colin el día anterior, mientras agitaba frente a su cara un recado telefónico de Cindy—. Lo que en realidad deseabas era usarme como escudo.

—Dame eso —murmuró él—, voy a arreglarlo todo —abandonó el cuarto sin mirar atrás.

Ante la nueva llamada. Anna se encogió de hombros con cansancio.

—Dile que no volverá hasta las nueve —él y Will habían ido a Dubuque a hacer algunas diligencias.

—Ya lo hice, quiere hablar contigo.

—¿Conmigo?

Se quedó de una pieza al oír a Cindy.

—Dile a Colin que tengo las entradas de todos nosotros para ir a la representación de Otelo el domingo. Nosotros pasaremos a recogeros.

—¿Otelo?

—En el Festival de Shakespeare. Annie. ¿No te lo dijo? Lo planeamos durante la comida, el martes.

—Sí, por supuesto —mintió Anna—. Lo olvidé de momento. Yo le aviso —

colgó, antes de que Cindy pudiera decir algo más.

Anna no podía imaginar a Colin planeando una cosa así. si lo hizo. Cindy podría darse cuenta de que ya no le interesaba, que él estaba realmente enamorado de otra persona.

Eso significaba que tendría que hacer otra representación digna de ganar un Osear de Hollywood. Toda una tarde simulando ser la prometida de Colin cuando en realidad, era la de Rich. Su cabeza comenzó a girar, nada más de pensar en ello.

Le dio a Colin el mensaje de Cindy sobre las entradas. Él alzó las cejas.

—¿Está bien para ti? —ella asintió.

El domingo se arregló con esmero. En su guardarropa no tenía mucho de dónde escoger, pero se puso una falda negra y una blusa delgada de gasa con un escote pronunciado que llamaba la atención y favorecía su esbelta figura. Peinó su pelo en un moño, aun cuando sabía que Colin lo habría deshecho antes de que terminara el día, luego agregó un par de cadenas de oro. Finalmente se calzó unas sandalias de correas con tacones tan altos que le permitían mirar a Colin casi a la altura de los ojos. Él pareció aprobar sus esfuerzos, pues

al salir hacia el coche de los Tate con él.

la abrazó y murmuró: «sexy», en un tono tan bajo y significativo que ella se estremeció y lo pellizcó.

—¡Ayy! —se quejó, haciéndolo tan evidente que Cindy, con mal disimulada impaciencia, protestó:

—Daos prisa.

La rubia trató de monopolizar la conversación de Colin ignorando a su esposo.

Pero si el comportamiento de Cindy le molestaba, Mike no lo demostró. Él daba explicaciones acerca del canto y la danza del Renacimiento que tenían lugar antes de cada representación, contándole a Anna que, en ocasiones, los actores tomaban parte en luchas con espadas y otras formas de combate durante el espectáculo previo.

Anna se cogió de la mano de Colin justo antes de entrar en el teatro.

—Supongo que te sentarás conmigo, ¿no?

—Por supuesto —dijo.

Y así fue, aunque Cindy estaba sentada al otro lado.

Hasta que las luces disminuyeron y la obra comenzó. Anna hervía de ira; minutos después había olvidado por completo a Cindy Tate, Colin Davies y todo lo demás. El actor de Otelo le daba tanta vida y fuerza al personaje, que ella se abstrajo en la obra.

Por supuesto, sabía lo que seguía, pero conocer el argumento no le quitó interés a las maliciosas trampas tendidas por lago. Observó atentamente cómo crecía la desconfianza de Otelo mientras recogía falsas pistas de la infidelidad de Desdémona.

—¿Quieres estirar las piernas? —le preguntó Colin durante el intermedio.

Anna negó con la cabeza, su mente estaba todavía varios siglos atrás.

—Vamos a salir a por un bocadillo —le avisó Cindy tomando a los dos hombres por los brazos—. Mike nos conseguirá algo para beber.

—Adelante —Anna se conformaba con quedarse sentada y meditar, hasta que tuvo que levantarse por un acceso de hipo.

Se encontró a Mike solo, parado cerca del puesto de golosinas.

—Se ha acabado la limonada —le explicó a Anna—. Cindy y Colin fueron a conseguir algo a ese edificio. Aquí la máquina de refrescos está en malas condiciones.

Quizá puedas encontrarlos.

—Voy a apresurarme.

Fue a Cindy a quien vio primero. En la escalinata del edificio, casi escondida por las sombras, había una rubia con un traje pantalón, de vistoso color rojo; rodeaba con los brazos a un hombre alto, de pelo

castaño, y lo besaba.

De algún profundo lugar, en su interior, brotó un resonante «¡No!» Anna pensó que en realidad lo había gritado, pero nadie se volvió a mirarla. Antes de que pudiera moverse o siquiera pensar, Colin pasó a su lado sin verla, hacia el teatro.

Anna se ocultó, temerosa de que la descubriera. Pero él no levantó la vista. Iba pasándose una mano sobre el pelo revuelto; sin duda trataba de darle alguna apariencia de orden antes de encontrarse con Mike.

—Hola, hola —dijo Cindy al ver a Anna—. ¿Buscándonos? ¿Ya nos encontraste?

—Te encontré a ti.

—Bueno, querida, tú debes comprender. Colin y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Debíamos habernos casado, pero por… bueno, yo…

—No tienes que dar explicaciones —cortó Anna con fiereza, enderezándose.

—Así que entiendes y no te importa compartirlo.

Los ojos de Anna relampaguearon, pero Cindy ni siquiera parpadeó.

—Desde ahora todo irá bien. ¿Nos vamos?

—¿Por qué no? —aceptó Anna, a través de los dientes apretados. El hipo se le había pasado.

Capítulo Seis

—Por qué tengo la sensación de haber sido elegido «El malo de la semana»? —

preguntó Colin, arrancando la hoja de papel de la máquina de escribir de Anna y mirándola desde arriba con ojos centelleantes.

—No tengo ni idea —dijo ella con frialdad y. cogiendo otra hoja, la metió en la máquina y comenzó a escribir otra vez los apuntes de Will.

—¿No puedes imaginártelo?

—Pareces molesto.

—¡Tienes razón! ¡Estoy molesto! —caminó hacia la ventana para mirar un momento hacia afuera antes de volverse, con las manos sobre las caderas—. No te entiendo.

«¿No me entiendes?», pensó Anna, al borde de la histeria. «Será una broma.

Supongo que piensas que yo sí te entiendo». Durante la semana, desde que había visto a Colin y a Cindy en su apasionado abrazo, había tratado de encontrar alguna razón para disculpar a Colin. Pero no había sido fácil, en especial porque había vuelto a verlo con Cindy en tres ocasiones diferentes durante la semana y había notado restos de su perfume en el coche de Colin un día que se ofreció a llevarla al supermercado.

¿Como se había atrevido a decirle que quería usar su compromiso para librarse de Cindy, cuando, de hecho, lo estaba usando para disfrazar sus encuentros con ella?

—¿Qué es lo que no entiendes?

—¿Por qué actúas como la Reina del Hielo?

—No lo he hecho.

—¡Maldición! La temperatura baja diez grados cuando estamos en el mismo cuarto. Y no porque nos encontremos con frecuencia, ¡tiendes a desaparecer!

—Estás imaginando cosas.

—¡Estoy como el maldito infierno! Yo entro en la habitación y tú sales. Yo me siento, tú te levantas. Yo digo hola, tú adiós. ¿Qué está pasando?

Lo que hacía era un débil intento de salvar su orgullo, de salir de la vida de él sin un enfrentamiento definitivo, sin la misma angustia que había sentido por Toby.

Podía seguir presentándose ante él con una máscara de la Doncella de Hielo, pero era una farsa. ¡Lo amaba de todos modos! No debía dejar que él lo supiera.

—Ya me he cansado de ser tu prometida —dijo con suavidad.

—¿Por qué?

—Mi prometido es Rich Howell.

—No empieces otra vez con eso. ¡Tú no amas a Rich Howell más de lo que amas a William!

—¡Tú no sabes a quién amo! —gritó Anna.

—¿Lo amas?

—Por supuesto, tú eres muy bueno para hablar, por eso me has convertido en el hazmerreír de Belle River. Se supone que soy tu prometida y pasas más tiempo con Cindy que conmigo.

—¿Celosa?

—¡Eso nunca lo verán tus ojos!

—Entonces, ¿por qué te preocupa a quién dedico mi tiempo? Si estás tan cansada de ser mi prometida, ¿qué puede importarte?

—Nada.

—No te creo —Colin se acercó a grandes zancadas y cogiéndola por los brazos, la obligó a levantarse para quedar frente a él—. ¿Qué te sucede? ¿Tienes miedo de que Cindy pueda conseguir un poquito de lo que tú deseas?

—¡Maldito seas! ¡Claro que no! —intentó alejarse, pero fue inútil.

—Apuesto que lo tienes. Debo decir una cosa a favor de Cindy, al menos ella no promete menos de lo que entrega.

—Eres despreciable. ¿Cómo te atreves a decir una cosa así? Yo creí que ansiabas librarte de Cindy Tate y ahora prácticamente vives en su bolsillo.

—Tengo mis razones —respondió, encogiendo los hombros.

«Apuesto que sí», pensó Anna y le dio una patada en una espinilla.

—¡Ay! ¡De la Doncella del Hielo a bruja en un segundo! ¡Pero pagarás por esto!

—la soltó bruscamente.

—No necesitas molestarte —le contestó ella, mientras buscaba refugio detrás del escritorio de Will—. Ya tengo suficientes recuerdos tuyos.

—Pues necesitas otro —se aproximó otra vez hacia Anna.

—¡No!

—¿Cómo que no? —la joven retrocedió hacia los archivadores, tirando el cesto de papeles—. Lo has estado pidiendo —sus brazos se extendieron a cada lado de ella, sujetándola contra la pared.

—Yo no he pedido nada —tartamudeó.

—Sí, lo has hecho. Y además me has prometido algo —su voz era ronca.

—¡Mentira! —protestó Anna, sintiendo el cálido aliento de él en su mejilla y moviendo la cabeza en un vano intento por esquivarlo—. La mujer a quien tú quieres es Cindy Tate. Ella es la que hace promesas.

—Al diablo con Cindy Tate —murmuró Colin.

Su boca se deslizaba hacia abajo en busca de la de ella, forzándola a abrirla con la presión de su lengua. Al principio, lo único que ella

sintió fue cólera, pero lentamente el beso cambió. Los labios que primero habían exigido, después parecían implorar. Sus fuertes manos, que la lastimaban al principio, trazaban suaves figuras en su espalda y cuello y luego se detenían en la suavidad de su pelo. Colin gemía, su corazón latía con fuerza contra el de ella, que deseaba entregarse a él, pero no cuando sólo significaría para él una tarde de diversión.

—Basta —suplicó—. ¡Basta, Colin! —su respiración era entrecortada.

—¡Maldición! —exclamó él, dejando caer las manos mientras ella se alejaba—.

¿Ves? Otra promesa, ¡pero nada de entrega!

—Yo no te he prometido nunca nada.

—No mucho —se burló Colin—. ¿Así tratas a Howell? ¿Lo alientas y después le das con la puerta en la nariz?

—No metas a Rich en esto. El vale diez veces más que tú.

—Me importa un comino. ¡Tú no amas a Rich Howell!

—Vete —dijo Anna, dejándose caer en la silla y cubriéndose la cara con las manos—, déjame sola.

No levantó el rostro hasta que el reloj sonó tres veces, mucho tiempo después de haber oído que él se alejaba, el golpe en la puerta de entrada y el sonido del motor Datsun que salía a toda velocidad.

Él destruyó sus planes de trabajo de la tarde. No tenía más que un cesto lleno de papeles arrugados cuando bajó por la escalera a las cinco para preparar las salchichas cocidas y coles que había comprado para la cena. Confiaba que cocinar un poco fuera buena terapia y que la haría pensar con más ecuanimidad. Lo que no había imaginado era encontrárselo sentado pelando tomates.

—¿Qué haces? —le preguntó fríamente, sin mirarlo.

—Yo diría que es obvio pelo tomates.

—¿Por qué? —habían establecido turnos para cocinar y esa noche le correspondía a ella, no a él.

—Tuve de pronto la urgente necesidad de comer tomates rellenos —explicó con una sonrisa encantadora—. ¿No te importa?

Ya había picado lechuga y rallado queso.

—Supongo que no.

—También cocinaré en tu turno, si quieres —agregó Colin.

Anna lo miró con sospecha. Colin no era ningún amante de las labores culinarias, por lo tanto, era difícil aceptar esta repentina conversión. Sin embargo, ella podía dar un paseo en vez de atarse a la cocina.

—Por mí está bien, tal vez salga.

—Quédate y charlemos.

—No, gracias, saldré a dar un paseo. Te veo a la hora de la cena.

—De acuerdo.

Mientras caminaba, se preguntaba si alguna vez sería ella capaz de detectar algo en la voz de Colin o en su comportamiento que le diera un verdadero indicio de lo que él sentía. A pesar de todos sus esfuerzos por controlarla, su mente se había quedado en la cocina donde Colin estaba, aun cuando su cuerpo se movía vigorosamente por la calle que llevaba a los terrenos de la Universidad. Sentía la placentera brisa que compensaba la humedad del ambiente. Era más tolerable que el estudio de Will, donde había estado pegada a la silla toda la tarde.

—¡Hey, cuidado! —la voz sonó casi en su oreja y ella levantó la vista para encontrar a Jenny en su bicicleta—. Incluso en Belle River tenemos tráfico, Anna. No te suenes y cruces las calles al mismo tiempo.

—Lo siento.

Jenny bajó de su bicicleta y comenzó a caminar junto a Anna.

—¿Soñando despierta con Rich? ¿O con Colin? —sonrió con malicia—.

¿Cuántas chicas tendrán dos prometidos?

Anna hizo una mueca.

—No es todo lo sensacional que parece. Creo que voy a deshacerme de uno de ellos, o quizá de los dos.

—¿De verdad? —los ojos de Jenny se agrandaron.

—Era broma.

Lo último que necesitaba era que Jenny le mencionara a Colin que ella estaba pensando romper su compromiso con Rich. Tal y como estaban las cosas, él ya la importunaba bastante y si se enteraba de que ya no estaba comprometida, sería intolerable.

—¡Oh! Si de verdad planeas desechar a uno de ellos, creo que Colin preferiría que fuera a Rich.

—Él no desea un compromiso conmigo; no lo necesita para conseguir lo que quiere de la mayoría de las chicas.

—No sé. Me parece que Colin está enamorado de ti.

—No digas tonterías.

—Es en serio. Ahora le habla con brusquedad a cualquiera, lo ha hecho durante una semana. Cuando tú estabas a su lado, su aspecto era radiante. Ahora más bien parece el Dios del Trueno. Patea, da portazos, gruñe.

—Yo no creo que eso signifique necesariamente que me ame —replico Anna.

Quizá el estar con una mujer casada le provocaba sentimientos de culpabilidad.

—Yo opino lo contrario —insistió Jenny—. Pero no te envidio, algunas veces me parece que la vida sería mucho más fácil sin los hombres, ¿no crees?

En otro momento Anna hubiera dudado del buen juicio de Jenny a sus quince años.

—Es probable que tengas razón —sonrió Anna.

—Hey —dijo Jenny, acordándose repentinamente de los planes—: ¿Por qué no estás cocinando? Esta noche es tu turno, ¿no?

—Colin decidió hacer tomates rellenos.

—¡Él se ha enamorado de ti!

—No, lo que sucede es que él quería comer eso.

Preparar la cena, cuando sabía que ella había pasado el día trabajando en una investigación de Will, en un caluroso estudio, era muy considerado de su parte.

¡Maldición! ¿Por qué tenía él que confundirla de tal modo?

El Colin amable y sonriente aún estaba allí a la hora de cenar. Apartó la silla de la mesa para que ella se sentara y Jenny no pudo ocultar sus risitas picaras. Era una buena comida, y ella se ofreció para lavar los cacharros, pero sólo porque pensó que librando a Jenny de sus quehaceres podría alejarse de Colin más rápido.

—No, no te preocupes —dijo Jenny—. No tienes que hacerlo.

—Yo la ayudaré —se ofreció Colin y Anna quiso morir.

Ella contestó con un ligero y desvalido encogimiento de hombros y llevó un montón de platos a la cocina.

—Yo puedo hacerlo sola —le dijo a Colin cuando llevó más trastos.

—No me molesta. El que tú no hayas tenido piedad de mí y no te quedaras a charlar conmigo mientras cocinaba, no significa que yo no la tenga contigo.

«¡Piedad! ¿Era eso?», se preguntó ella, poniéndose un delantal. «Sería más bien tormento». Will entró y se sirvió una taza de café.

—Si quieres que mecanografíe más cosas, puedo hacerlo —sugirió Anna con rapidez. Aquello era una buena excusa para salir pronto de la cocina.

—Él no quiere —intervino Colin.

Will alzó una ceja.

—No, no quiero.

—Si cambias de opinión… —insistió Anna débilmente.

—No va a cambiar —subrayó Colin.

Will se escabulló, escaleras arriba, sin hacer comentarios.

Anna dejó correr el agua y armó un gran estruendo con los platos, fregándolos con toda energía, en un esfuerzo por ignorar a Colin. De pronto, él estiró la mano y cerró el grifo.

—El color de los platos era café cuando empezaste, restregarlos tanto no va a cambiarlo.

Su mano subió hasta la nuca de ella y la acarició.

—Tenías jabón —le explicó—, sólo te lo quité —pero su mano seguía los movimientos y Anna sintió que un escalofrío le recorría la

espalda.

—Basta —se enderezó y apartó algunos mechones de pelo que caían en desorden sobre su cara, dejando así más espuma en sus mejillas y mentón.

—Pareces la mujer con barba —dijo Colin, secándole la cara gentilmente con un paño de cocina. El pulso de la chica se aceleró mientras él continuaba frotando la comisura de sus labios, había dejado el paño y lo hacía con sus dedos.

—¿Colin?

—No soy un ogro, Anna.

—Por favor, Colin —bajó la cabeza confundida.

—Por favor, ¿qué?

—No… no sé. No entiendo —aquello parecía absurdo.

Imágenes de Colin y Toby se mezclaban en su cabeza, desafiándola a razonar sobre ellos. De algún modo, él era diferente de Toby. Éste era tan irresponsable con su trabajo como lo había sido con su relación. «Tómame o déjame», parecía decir.

Colin, al menos en su trabajo, era un perfeccionista. ¿Y con sus relaciones personales?

Anna suspiró. Bueno, ahí estaba Cindy Tate y una larga lista de mujeres.

—¿Qué estás pensando? —inquirió Colin.

—Que yo no te entiendo —respondió Anna con sinceridad.

Colin se mordió el labio inferior y luego le dirigió una sonrisa falsa.

—Ya sé qué quieres decir.

Anna lo miró con burla a los ojos.

—No estoy seguro de entenderme yo mismo.

«¿Cuál de los dos Colin Davies se presentaría esa mañana?», se preguntaba Anna, mientras echaba mantequilla en su tostada. Era un día brillante, más caliente y húmedo que el anterior, sería una gran ayuda que Colin coordinara sus transformaciones de Jekyll a Hyde con los cambios de tiempo. Ella esperaba compensar su bajo rendimiento del día anterior en su trabajo. Pero sólo de imaginar el estar sentada en aquel cuarto caliente sin ventilación, la hizo dirigirse a la cocina y poner a calentar agua para preparar otra taza de té.

La puerta de persiana sonó y apareció Colin, ceñudo. Vestía unos descoloridos pantalones vaqueros recortados y su pecho, bronceado por el sol, brillaba por el sudor.

—Me hacen falta refuerzos —anunció.

—¿Cómo?

—Estoy armando una vasija de cerámica y necesito ayuda —se pasó una mano por el pelo—, de una especialista —hizo un mohín—. Seguramente pensabas que no te lo pediría nunca.

—Lo que pensaba era que tú podías hacerlo todo solo —bromeó la joven.

—Ven a verla —la invitó.

Ella lo siguió hacia el pórtico lateral, en donde, esparcidos por el suelo de cemento, había muchos fragmentos pequeños de una vasija. Anna no pudo evitar un gemido de desaliento.

—¿Ves? Apuesto que nunca has formado una pieza partiendo de eso.

—Ganas la apuesta. Es como tratar de armar un rompecabezas sin tener la menor idea de qué figura debe aparecer al final.

—Si no quieres cooperar…

—Yo no dije eso —protestó Anna, sentándose en el suelo con las piernas cruzadas y quitándose el pelo que le caía en la cara—. Siéntate y dime por dónde debo empezar.

Él se sentó y comenzó a describirle la vasija a la que, según él, correspondían los fragmentos. Anna trató de concentrarse, pero se lo impedía el cuerpo firme y musculoso que casi desnudo, estaba a unos centímetros de ella. Observaba los dedos fuertes y hábiles manipular los pequeños pedazos y recordó la sensación que producían cuando la acariciaban la mejilla.

Trabajaron en armonía durante un buen rato. Ninguno de los dos habló mucho y Anna comenzó a tranquilizarse.

—¿No te cansas? —le preguntó Colin como sí esperara que ella abandonase el trabajo en la primera oportunidad.

—No. ¿Por qué? ¿Quieres tú dejarlo?

—No, pero eso no significa que tú no puedas hacerlo.

—Yo estoy disfrutando.

—¿De verdad? Cindy lo odia.

Anna no se movió. No dijo una sola palabra. Sin embargo, no pudo evitar que su corazón se agitara. Siempre Cindy. ¿Cómo pudo él amarla? ¿Cómo era posible que aún la amara?

—¿No echas de menos California? —le preguntó de pronto, cambiando por completo el tema.

—No. ¿Por qué?

—Por nada, quería saberlo. ¿Te gusta vivir en el Medio Oeste?

—Oh, sí. Me encanta.

—A mí también, aunque prefiero el campo.

—Sí, lo sé. Parece fascinante, te envidio.

—La mayoría de las mujeres no lo hacen —dijo Colin, mirándola con expresión de incredulidad.

«Otra vez Cindy», pensó Anna. «Dios, cómo quisiera odiarlo».

—Tal vez tengas razón —le dijo con rapidez, poniéndose de pie—. Quizá sí necesito un respiro. Continúa tú, yo voy a pasar a máquina lo de Will —se encaminó a la puerta—. Te traeré un poco de limonada.

—Adelante —dijo con el rostro sombrío. —Buena suerte.

Tratar de mecanografiar fue un fracaso. Llenó el cesto de papeles con hojas llenas de faltas. Disgustada, intentó convencerse a sí misma de que era el calor el causante de sus errores, y no Colin Davies. Pero sabía que no era cierto: el esfuerzo que había hecho toda la semana para esquivarlo no había servido para nada. Una acalorada discusión, algunas horas de encanto y él estaba otra vez profundamente metido en su vida.

Tiró de la blusa que se había pegado al cuerpo, húmedo por el sudor. Un baño rápido sería maravilloso.

Dejó el estudio de Will y corrió hacia abajo para coger la ropa limpia de su cuarto. Pensó que era una buena idea ducharse en aquel momento y no al anochecer, cuando todos deseaban hacerlo. Entró como una bala en el cuarto de baño, abriendo la puerta de golpe.

—Estación Central General —anunció Colin, en broma. Se estaba afeitando, tenía la navaja a la altura de la mejilla y Anna se detuvo de golpe, atónita, pues lo único que tenía Colin encima era un poco de espuma de afeitar.

—Lo… lo… siento —sus mejillas ardían, pero fue incapaz de moverse, recorriendo con la vista cada parte de su cuerpo: el pecho amplio, las caderas estrechas, las piernas largas y musculosas.

—Yo no, creo que es una buena idea.

—¿Cuál?

—Bañarnos juntos.

—No seas absurdo —protestó Anna—. Perdona, no sabía que tú estabas aquí.

Regresaré después.

—No.

—¿No?

—¡No! —él se le acercó y puso las manos de ella sobre su pecho, de modo que la joven pudo sentir el vello áspero y la piel suave, así como los fuertes latidos de su corazón.

Sus dedos se movieron suavemente y Anna vio que él se mordía el labio inferior y se estremecía.

—¡Dios mío! Me estás volviendo loco.

—Sí —dijo en un murmullo.

—¿Estás tratando de enloquecerme?

—Por supuesto que no. Yo tampoco comprendo lo que tú me haces a mí.

—¿Qué te hago?

«Tenerme en el fuego», quiso decirle. «Hacerme desear reír, cantar, bailar, llorar y gritar».

—Molestarme, fastidiarme, irritarme.

—Te hago sentir viva —susurró. Sus manos se deslizaron hacia

arriba, bajo la blusa, desabrocharon el sostén y se movieron rápidas para acariciarle los senos.

—No —murmuró ella, pero él movía sus manos con maestría.

—¿Por qué no?

—Porque yo no quiero —aquello era una mentira.

Él le mordió el lóbulo de la oreja; su cálido aliento le provocaba deliciosas sensaciones y ella se estremeció.

—Tú lo deseas —murmuró Colin—, ambos lo deseamos.

—Yo… no… —protestó una vez más, aunque débilmente; intentó alejarse de él, pero sus brazos la traicionaban, subiendo para aprisionarlo por el cuello, tirando de su cabeza hacia abajo para unir sus bocas en un cálido beso.

«¡Oh Dios mío! ¡Rich!», ella enredó sus dedos entre los cabellos de Colin y tiró hacia atrás de su cabeza, para alejarlo de la suya. Después dio un paso hacia atrás.

—¿Pero qué…?

—No puedo. ¡Me olvidé de Rich! —le debía algo de fidelidad, al menos.

¡Comportándose así, ella no era mejor que Colin con Cindy!

—Olvídate de él. ¡Esta es la primera cosa sensata que has hecho desde que llegaste aquí! —el brillo de deseo en su mirada había sido sustituido por una furia disfrazada.

—Es difícil.

—Maldita seas. ¿Cuándo vas a crecer? ¿Cuándo vas a encararte con lo que en realidad deseas? Quizá tienes demasiado miedo —tomó una toalla de la percha, anudándosela alrededor de la cintura—. ¿Es eso, Anna?

No se molestó en esperar una respuesta, caminó hasta su dormitorio y cerró la puerta de golpe.

«¿Miedo?», pensó Anna, siguiéndolo con la vista, muda ante su expresión de furia. «Estoy aterrorizada». Colin había dado en el clavo. Sus manos temblaban mientras se desvestía y se metía bajo el chorro de agua fría. «Crece», le había dicho él. Suspiró, reconociendo la verdad de aquellas palabras. Al hacerlo, ella tendría que enfrentarse con sus sentimientos y eso significaba dejar de escudarse en su compromiso con Rich. Se daba cuenta de que aquello significaba que su compromiso había acabado.

Se secó vigorosamente y se vistió. Quedaba todavía el asunto de Cindy Tate.

Aun cuando rompiera su relación con Rich, Colin no tenía por qué estar enamorado de ella. Él le diría: «Te lo dije», cuando se enterara, y ya no podría seguir usando a Rich como un pretexto para evadirlo.

«¿Por qué evadirlo?», se preguntó. «Él te quiere».

Sí pero ¿podría confiar en él? Volvió a su alcoba y vio que la

puerta de la de Colin estaba abierta, aunque él había salido. Arrojó su ropa sucia sobre la cama y oyó la puerta de un coche. Se acercó a la ventana para saber quién era. Colin acababa de entrar en un Volvo rojo, el de los Tate. Alcanzó a ver un destello de pelo rubio del lado del conductor y su estómago se contrajo.

Capítulo Siete

Anna pasó el resto de la tarde mecanografiando los apuntes de Will; se esforzó por ser meticulosa. A la hora de la cena, Colin no se presentó.

—¿Dónde está Colin? —preguntó William.

—Llamó hace media hora. Tenía que asistir a una reunión. Me dijo que después cenaría algo rápido por ahí —contestó Jenny.

¡Reunión, bah! El estómago de Anna rechazaba la comida, pero ella siguió masticando.

—Has estado muy callada —señaló Will—. ¿Te sientes bien?

—Me duele un poco la cabeza —lo cual era verdad—. Me acostaré después de la cena.

—Hazlo, yo fregaré los cacharros.

—¡Aja! —dijo Jenny, radiante—, quizá Will también se ha enamorado de ti. A mí nadie me ofrece fregar los platos en mi lugar.

—¿También? —William arqueó las cejas con interés.

Anna empujó la silla para atrás y se puso de pie.

—Jenny tiene una imaginación muy activa. Supongo que es por la edad —llevó la vajilla sucia y le dirigió a Will una leve sonrisa—. Gracias, de verdad agradezco tu ofrecimiento.

No se fue a la cama de inmediato, sino que se sentó delante de su escritorio y trató de escribirle una carta a Rich. ¿Qué podía decirle? «Hola. Discúlpame, pero he descubierto que tú no eres el hombre indicado. Te devolveré tu anillo». Era difícil.

Necesitaba contarle todo, explicárselo. Hubiera sido mejor decírselo cara a cara, pero no podía esperar hasta que lo viera en Navidad para hacerlo. Mordisqueó pensativamente su pluma, luego arrugó la hoja y la arrojó a la papelera, sobre media docena de papeles que contenían otros intentos fallidos.

—¡Maldición! —murmuró—. ¡Al demonio todo! —gimió. Soltó violentamente la pluma y se dejó caer boca arriba sobre su cama; contemplando, sin verlo, el yeso blanco del techo.

No supo cuánto tiempo había pasado cuando Jenny entreabrió sigilosamente su puerta.

—Si estás despierta, hay una llamada para ti.

—¿Quién es? —Anna se sentó.

—Rich.

—Dile que voy en seguida.

La puerta del cuarto de Colin se abrió en ese momento y salió él.

—Con permiso, por favor —fue al teléfono—. Hola. ¿Qué sucede? —preguntó sin aliento.

—Nada —la voz de Rich sonó calmada y tranquilizadora—. Buenas noticias.

—¿Qué?
—Vuelo a Chicago el jueves, ¿puedes reunirte allí conmigo?
—¿El jueves? Claro, supongo. Tomaré el autobús para allá.
—¿No puedes ir en avión?
—Es muy caro.
—Yo lo pago.
—No, de verdad, prefiero el autobús.
—Entonces, iré a buscarte a la estación.
—No. Quédate en tu hotel. Iré para allá, ¿a cuál vas?
—Al Casa Palmer.
—Estaré allí —prometió ella.
—Fabuloso.
No quería despedirse todavía, sobre todo porque podía ver a Colin, tenso como un resorte, asomándose para espiar desde la escalera.
—Te veo el jueves —tuvo que decir por fin y colgó. Al menos aquello resolvía un problema. Ahora podría decírselo en persona.
—¿Adonde vas a ir con él? —preguntó Colin, cuando ella se dirigía a su alcoba.
—Eso no es asunto tuyo.
—Aquí todo el mundo piensa que estás comprometida conmigo.
—¿Y qué? Rich es mi verdadero prometido y voy a encontrarme con él en Chicago.
—Yo te llevo.
—¡No lo harás!
—Podemos decirle a todos que vamos a Chicago a pasar el día.
—No, voy sola. ¡Déjame en paz, Colin Davies! —giró para alejarse —. ¡Ni siquiera me gustas!
—Espere un minuto, señorita —le dijo con irritación, atrapándola antes de que pudiera entrar en el dormitorio—. No es esa la idea que yo tengo. No hace mucho, no podías quitarme las manos de encima.
—¡Suéltame!
—Está bien, ve. ¡Pero no pienses que irás a Chicago sin mí!
Se encerró en el cuarto, golpeando la puerta con fuerza. ¿Aquello era una amenaza o una promesa?
—¿Estás segura de que no se ha enamorado de ti? —preguntó Jenny.
—No me hagas reír —respondió con brusquedad.
El jueves por la mañana, Anna despertó anhelante y recelosa al mismo tiempo, ya fuera por lo que tenía que decirle a Rich o por un posible enfrentamiento con Colin. Se esmeró en su arreglo y eligió un vestido camisero en tonos pastel. La noche anterior le había pedido a Will que la llevara a la estación de autobuses y bajo por la escalera un poco antes de las seis, esperando encontrarlo, pues la luz de la cocina ya estaba encendida. Era Colin quien tomaba café y pan tostado.

—¿En dónde está Will?

—Durmiendo. Martha Fernández me llamó anoche. Ella estuvo en mi investigación hasta el Día de Pascua. Voy a encontrarme con ella hoy, en el Museo Field. Como tengo que ir a Chicago, yo puedo llevarte.

—Eso no será necesario. La estación de autobuses es lo más lejos que deseo ir contigo.

—¡Por Dios! Eres la mujer más intrigante que he conocido. No voy a conducir solo hasta Chicago mientras tú viajas en el autobús detrás de mí.

—No quiero ir contigo.

—¿A quién le tienes miedo? —preguntó burlonamente—. ¿A mí, o a ti?

—A ninguno.

—Demuéstramelo y ven conmigo.

Empujó la silla hacia atrás y se puso de pie.

—Sal en diez minutos —dijo Colin antes de subir por la escalera.

«Modales de jefe», pensó Anna. «Debería coger el autobús sólo para hacerlo rabiar». Era imposible, pues no había quién la llevara. Will estaba dormido y la consideraría una loca si quería irse en autobús, puesto que Colin iba también a Chicago.

Ella supuso que el viaje iba a ser difícil y no se equivocó. Aunque eligieron temas de conversación poco comprometedores, Anna sintió como si, a pesar de todo, alguien hubiera estado torturándola.

—¿En dónde voy a dejarte? —preguntó Colin.

—Voy a ver a Rich en el hotel Casa Palmer.

Él asintió con la cabeza y Anna pensó que la tregua duraría hasta que llegaran allí.

—Quiero conocerlo —dijo Colin cuando la joven le sugirió que la dejara en cualquier lugar—. Quiero ver cómo es la competencia.

—No hay competencia, estoy comprometida con Rich.

Colin metió el coche en un aparcamiento, se bajó y la cogió del brazo.

—Vamos.

—No soy una maleta.

El hotel Casa Palmer le recordó a Anna la decoración del apartamento de Rich, toda en verde y oro, con gran cantidad de mármol. Se acercaban al mostrador, para preguntar el número del cuarto de Rich, cuando ella escucho una voz.

—¿Anna? —se volvió; su prometido se levantaba de una de las sillas.

—¡Cuánto me alegro de verte! —la besó en los labios.

Rich dio un paso atrás y la contempló un momento, entonces vio a Colin.

—¿Quién es?

—El doctor Colin Davies, el primo del doctor Fielding —ella deseaba que hubiera parecido tan viejo y enfermo como debía imaginarlo Rich.

—¡Ah! —Rich quedó perplejo por un momento—. Mucho gusto en conocerlo —

le brindó a Colin una sonrisa sincera y le tendió la mano.

—El gusto es mío —respondió éste, estrechando la mano de Rich.

—Colin vino a encontrarse con una colega en el Museo Field y yo pensé que sería ridículo que viajara en autobús.

—Por supuesto —dijo Rich con suavidad—. Muchísimas gracias por traerla hasta aquí, doctor Davies. Ahora, si usted nos disculpa…

—¿En dónde puedo recogerte? —le preguntó Colin a Anna con brusquedad.

—¡Oh yo…!

—Yo la llevaré a Belle River.

—Rich, son cuatro horas de camino.

—Puedo alquilar un coche.

—No es necesario, yo puedo llevarla conmigo —intervino Colin con suavidad

—. No hay problema.

—¿En realidad son cuatro horas?

—Aproximadamente —respondió Anna.

—Más —dijo Colin. La joven le lanzó una mirada furiosa.

—Puedo disponer de ese tiempo —decidió Rich.

—¿Por qué no nos encontramos en Berghoff's para tomar una cerveza a las cuatro y decidir entonces? —sugirió Colin.

—Está bien —aceptó Rich e, inclinando levemente la cabeza hacia Colin, cogió a Anna del brazo y la condujo hacia el ascensor.

Ella miró sobre su hombro, pero Colin ya había desaparecido.

—Tengo una reunión en el edificio John Hancock a las once y media —explicó Rich—. ¿Qué te parecería ir de compras a la Plaza Walter mientras estoy en la reunión? Después podemos ir a comer al Ritz.

—Si tú quieres, sí —le contestó sin pensarlo, mientras él la ayudaba a subir al taxi; luego se disgustó por no mostrar más entusiasmo.

—Tu doctor Davies resultó una sorpresa —dijo él, cuando iban de camino.

—Él no es mi doctor Davies —protestó ella—. Está viviendo con los Fielding en tanto se recupera lo suficiente para regresar a Guatemala.

—Yo diría que se le ve muy saludable.

—Ahora sí, pero deberías haberlo visto hace semanas.

—¿Ha estado por ahí todo ese tiempo?

—Sí. Aunque permaneció en el hospital la mayor parte.

—Vaya, pues ha tenido una recuperación asombrosa.

—¿Tenemos que hablar de él? —preguntó Anna—. No te he visto desde junio.

Con seguridad habrá otras cosas de qué charlar.

—Por supuesto —aceptó Rich y comenzó a contarle cosas de Teri Gibbs—. Ella dice que necesito atención, te considera una loca por haberte ido, dejándome desatendido.

—Estoy segura de que ella te ha dedicado mucho tiempo.

—Así es. Y me prepara unas comidas deliciosas. También consiguió quitar la mancha de alquitrán de mis pantalones blancos —terminó Rich.

Una verdadera comparación, pensó la joven. Teri tenía cualidades que Anna nunca había soñado.

—¿Lo hizo? ¡Qué lista!

—Bien, ¡llegamos! —anunció Rich, mientras el taxi se detenía frente al Marshall Field's en la Avenida Michigan—. Vamos a entrar y decidiremos dónde encontrarnos después.

El centro comercial tenía siete enormes tiendas de lujo, ascensores de cristal y varios almacenes elegantes. Anna señaló una agradable pastelería francesa.

—¿Qué tal ahí? Así el que llegue primero no morirá de hambre.

—Perfecto. ¿Nos vemos a la una? —Rich inclinó la cabeza y la besó en los labios

—. Te veo a la una —repitió con suavidad antes de desaparecer.

Ya era casi la hora cuando Anna, llevando varios paquetes pequeños, entró en la pastelería. Rich no estaba en ningún lugar; esperó hasta que se desocupó una mesa y pidió una taza de café y un croissant de almendras. Mientras lo mordisqueaba, trataba de pensar la mejor manera de darle la noticia a Rich.

—¿He tardado mucho? —Rich se sentó frente a ella y un camarero apareció, como por arte de magia, para tomar su orden; pidió sólo un café, y al instante le trajeron su taza.

—¿Cómo estuvo tu reunión?

—Bien, aunque me temo que debo dejar que el doctor Davies te lleve a casa.

Desean que asista a una fiesta esta noche. ¿No te importa?

—No.

—Él no te molestará, ¿no es así?

—¿Qué quieres decir?

—Parece que piensa que tú le perteneces.

—Oh, no.

—Pues recuérdale que eres mi prometida.

Esa era una oportunidad, pero no podía aprovecharla. Hacer un drama con el estómago vacío no era su estilo.

—¿Nos vamos al Ritz?

—Encontré aquí un restaurante mexicano pequeño y encantador —le dijo Anna

—. No he probado comida mexicana desde que dejé Los Ángeles. ¿Qué tal si vamos allí?

—¿Cómo puedes confiar en la calidad de los alimentos? En el Ritz se puede confiar.

—Ya sé, pero seamos un poquito aventureros —lo miró, suplicante.

—Está bien —aceptó—, dirígeme. Si me da una indigestión, tú serás la culpable.

Era un restaurante encantador y, en cuanto lo vio, Rich se animó. El camarero fue también muy rápido en encontrarles mesa y Rich pidió sangría para ambos mientras esperaban sus comidas.

Parecía como si los dos meses que habían pasado separados no les hubieran dado nada de que hablar. Lo observaba por encima de una canastilla con pedacitos de pan tostado, mientras él le hablaba sobre la reunión que acababa de tener. Ella pensaba: «Rich Howell, ¿Por qué demonios no eres tú quien me hace notar lo dormidos que estaban mis sentimientos desde que Toby se fue en vez de que lo haga Colin Davies?»

—… conseguir la receta —terminó Rich.

—¿Qué? —Anna se sonrojó—. Lo siento, creo que estaba soñando.

—Decía que Teri también hace un goulash excelente. Debes conseguir la receta.

—Sí, lo haré —ella mordió un pedacito de tostada y meditó sobre aquello—.

Teri es una gran chica, ella sería una magnífica esposa —en realidad, quería decir

«ella es más apropiada para ti que yo».

—Sí —aceptó Rich, pensativo, como si lo considerara por primera vez—. Sí lo sería. ¿Quieres que se la presente a alguien en especial?

—Bueno. Alguien como tú, tal vez.

—¿Como yo?

—Ella sería una buena esposa para alguien como tú —insistió Anna —. Sabe qué decir en las fiestas, cocina excelentes platos, puede tener tu ropa limpia —lo miró esperanzada—. Ya sabes lo que quiero decir.

—Empiezo a saberlo. ¿Estás tratando de decir que me devuelves el anillo?

—Yo… bueno… si… si tú quieres, sí —Anna miró hacia abajo, hacia la servilleta que retorcía con los dedos.

—¿Es por causa de Colin Davies?

—¡No! ¿Fue eso tan obvio?

—Él deseó que lo fuera —dijo Rich con tono seco, dejando su vaso con un golpe.

—¿Qué?

—Actuó como un perro guardián.

—Esa es su forma de ser, arrogante, irritable, está acostumbrado a darme órdenes —y antes de que se diera cuenta, Anna le contó lo que había ocurrido en los dos últimos meses—. Tú entiendes, ¿no es así? —suplicó una vez que terminó de narrarle todo, mientras buscaba en su cara alguna muestra de que él sentía lo mismo que ella.

—Sí, supongo que entiendo —sonrió con un poco de ironía—. A decir verdad, tienes razón, Teri sería una gran esposa para alguien como yo.

—¿Se lo propondrás? —preguntó Anna, deseando saber que él podría ser feliz.

—¡Anna! ¡Yo no brinco de un compromiso a otro! Tú me conoces bien.

—¿Estás de acuerdo en que tengo razón?

—Si tú lo dices.

—Claro. Yo te avergonzaría a cada minuto.

—¿Qué hay de Davies? ¿A él no lo avergonzarás a cada minuto?

—No creo que eso sea posible. Pero si lo fuera, lo merecería por la forma en que me ha tratado —suspiró—. De cualquier modo, él sigue el lema «ámalas y déjalas».

—No como yo.

Anna le brindó una sonrisa triste.

—No. Eso es lo malo, no se parece a ti.

—Entonces tendremos que corregir eso.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Es sencillo. No le digas todavía que has roto tu compromiso conmigo.

—¿Quieres decir…? —los ojos de Anna se agrandaron.

—Es el abogado el que habla. Es obvio que él espera que tú termines tu relación conmigo hoy, para recoger él los pedazos y quedarse también con esa chica, Cindy.

Es natural que haya pensado que nosotros no encajamos, en especial si ha flirteado contigo durante los dos últimos meses.

—¿Qué quieres decir con que nosotros no encajamos?

—¿Por qué fuiste a Belle River?

—Bueno… yo… —Anna no pudo mirarlo a los ojos.

—Exacto. Te sentías incómoda, insegura y debo admitir que algunas veces yo también. Fue buena idea que te alejaras. No me interpretes mal, Anna. Yo te amaba, en cierto modo sigo haciéndolo. Pero tenías razón en dejarme, porque eso me hizo ver que mientras yo apreciaba algunos aspectos de tu personalidad, otros me molestaban

mucho. Tú lo intentaste y yo también, pero no ha sido suficiente.

Anna rió, encantada, deseaba arrojarse a sus brazos y besarlo.

—Te amo, tú lo sabes —se quitó la sortija y se la ofreció.

—Es la primera vez que una mujer me devuelve el anillo diciéndome que me ama —bromeó él. Luego deslizó la alhaja en el dedo de Anna—. Guárdalo, es un regalo para ti. Deseo que lo tengas para que me recuerdes. Por lo pronto, úsalo para mantener alejado a Davies.

—¿Lo dices en serio?

—Por completo. Supongo que siempre lamentaré no haber logrado ser tu esposo, pero me gustaría pensar que te ayudé a controlar al que llegue a serlo.

—Parece que Colin Davies tampoco lo será.

—Tal vez no, pero él está interesado y también tú.

—Lo que él quiere es burlarse.

—Vamos a mofarnos nosotros —Rich le guiñó un ojo—. Termina y regresemos a Berghoff's a encontrarnos con él.

Fueron mirando escaparates hasta llegar a la Avenida Michigan, gozando uno de la compañía del otro, riendo y, sobre todo, muy tranquilos. Anna se sorprendió de que todo hubiera salido tan bien.

Cuando ellos entraron, Colin ya había llegado y estaba tomando una cerveza en la barra. Su altivez era irritante, pero ella lo amaba; ni siquiera Rich lo dudaba. Sintió cómo éste deslizaba su brazo alrededor de su cintura, acercándola más a sí para musitarle:

—¡Dame un beso!

—No sabía que fueras tan malvado —posó sus labios con suavidad en los de él, al retirarse, vio a Colin mirándolos.

—¿Has esperado mucho? —le preguntó, brindándole una sonrisa dulce.

—No —tomó el resto de su cerveza de un trago, pidió otra y además dos para ellos—. ¿Qué has decidido? —se dirigió a Rich.

—Me temo que, después de todo, tengo que pedirte que lleves a Anna de regreso —declaró Rich con expresión de disgusto—. Debo asistir a una fiesta y no puedo faltar.

—Como tú quieras.

—¿Viste a tu colega? —le preguntó Anna.

—Sí.

—¿Era importante?

—Pudo serlo.

Anna deseó darle una patada. ¿Cómo podía él mostrarse frío como un piedra e ignorarla?

—Pasamos un día fantástico, ¿no es así, querida? —el tono de Rich era posesivo.

—¿Así fue? —le preguntó Colin a Anna, con evidente sarcasmo.

—Sí adorable —contestó ella, reprimiendo una risita.

—Entonces, si estás lista, será mejor que nos vayamos. Quiero salir de aquí antes de que oscurezca.

—¿Tan pronto? —Anna miró a Rich con amor y su boca se curvó con una sonrisa divertida. «¿Por qué nunca pensó en la actuación como una carrera?», se preguntó.

—Podríamos cenar —sugirió Rich.

—No, quiero salir ya —Colin terminó su cerveza y se puso de pie.

—Está bien —suspiró Anna—. Si tú lo dices —recogió su bolso junto con los paquetes y puso una mano sobre el brazo de Rich. Después se volvió hacia Colin—.

¿Puedes dejarnos un minuto a solas? Para nuestra despedida.

Colin apretó los dientes con fuerza, como si estuviera a punto de explotar, pero asintió con cortesía y se dirigió hacia la puerta.

—No quisiera estar en sus zapatos —dijo Rich con suavidad, poniendo sus manos en los hombros de Anna y atrayéndola hacia sí.

—¿Por qué?

—Siempre imaginé que serías una fiera cuando te rebelaras. Ahora estoy seguro.

—Eres un amor, Rich. Nadie hubiera podido darme esta seguridad.

—Muy cierto. Invítame a la boda.

—Dudo que la haya.

—Yo no apostaría.

—Todo es un juego para él. Tú sabes, una aventura. Ya te hablé de Cindy. Lo único que él quiere es pasar un buen rato.

—Pues no lo está pasando bien ahora —dijo Rich, que podía ver a Colin parado en la puerta, impaciente.

—Gracias por todo —murmuró Anna y besó a Rich con suavidad. Se quedó atónita cuando él la abrazó y le dio un prolongado beso en los labios. Cuando, por fin, la soltó, ella lo miró asombrada, él le guiñó un ojo.

—Esto le dará en qué pensar.

—¡Oh, tú…! —ella rió.

—Shhhh. ¡Qué poco romántico es eso! —así que caminaron hacia Colin.

—Encantado de conocerte, Colin —dijo Rich, estrechándole la mano—. Ten mucho cuidado con mi chica.

Los ojos de Anna se agrandaron por la audacia de Rich. Colin la sujetó por el brazo, de una forma no muy gentil.

—Lo haré —prometió con una voz muy suave.

Tan pronto como estuvieron fuera de la vista de Rich, Colin la sujetó contra el escaparate de cristal de una tienda de zapatos.

—¿Cómo demonios puedes ser tan tonta? —le reprochó.

—¿Qué?

—¿Cómo puedes estar aún comprometida con él? ¿Cómo puedes casarte con él?

¿Cómo?

Anna vio que varios paseantes miraban hacia ellos.

—Él es un encanto, estoy de acuerdo. Sin embargo, tú eres una fiera, impulsiva, voluble, feroz. En definitiva, ninguna perita en dulce. ¡Te morirás intentando ser la perfecta esposa del ejecutivo!

Colin había dicho aquellas palabras como si se tratara de una verdad sin discusión. Aunque estuviera de acuerdo, a Anna le molestó su actitud.

—¿Qué sabes tú de eso? —se defendió, mirándolo con indignación —. ¿Desde cuándo eres una autoridad en materia de matrimonio?

—¡Tengo ojos!

—¡Y una boca! ¡La más grande que he visto nunca! —replicó ella.

Se desprendió de sus brazos y volvió a caminar. Él iba a su lado.

—¿Se puede saber qué te da derecho para decirme con quién debo casarme? —

insistió.

—Al menos, yo te aprecio tal y como eres. Yo nunca quise que estuvieras cortada con un molde. ¡La perfecta esposa del ejecutivo!

—¡Todo lo que tú has querido es utilizarme!

—¡No!

—¡Sí! ¡Déjame!

Comenzó a correr calle abajo hasta que llegó al coche, lamentando que no hubiera otro medio de regresar a Belle River.

Él llegó por las escaleras y sacó las llaves de su bolsillo, después metió los paquetes en el maletero y fue a abrir la puerta para que Anna subiera.

—Estás cometiendo un error. ¿No lo ves?

Era cierto que se había equivocado; también lo había hecho Rich. Pero, ¿qué derecho tenía Colin de darle órdenes al respecto?

—¿Acaso te importa? —le preguntó ella.

El pareció dudar. Su rostro mostraba indiferencia, pero era fingida.

—Sí —dijo al cabo de un rato como si de repente, la lucha interna que libraba lo hubiera abandonado—. Sí, creo que me importa.

La abrazó con fuerza y ella le rodeó el cuello con los brazos, acariciando los tensos músculos de su nuca, mientras él le buscaba los labios. Aquel beso fue diferente a todos los anteriores, éste era desesperado.

—Maldita —murmuró angustiado—. Maldita seas —la separó con violencia, abriendo la puerta del coche. Casi la empujó dentro, antes de entrar por la puerta del lado del volante. Sacó marcha atrás el automóvil y luego se aproximó para pagar al empleado. Su rostro era cruel, inflexible. Anna lo miró con la esperanza de que se explicara,

pero él guardó absoluto silencio.

Capítulo Ocho

—Ya me oíste —dijo Colin con impaciencia apenas disimulada—, regreso a Guatemala. Eso era lo que ella había oído antes, pero no había podido creerlo. Había bajado por la escalera con la esperanza de que las cosas irían mejor aquella mañana.

—¿Por qué? —preguntó aturdida.

—Estoy perdiendo el tiempo aquí —respondió bruscamente—. Además, ha habido saqueos en el lugar donde excavamos. Si me demoro más tiempo, ya no será posible hacer una investigación fiable.

—¿Quién dice eso?

—Martha Fernández. Se lo oyó decir a uno de los guatemaltecos con los que estábamos trabajando. Yo hablé ayer con él por teléfono y me lo confirmó.

—Ayer no lo mencionaste.

—Ayer tú tenías otras cosas en la cabeza.

«Como romper mi compromiso», asintió Anna en silencio. «Como apartar de mí al hombre más decente que he conocido, porque, ¡maldición, estoy enamorada de ti!»

—De todos modos, te lo digo ahora —respondió él con frialdad—. No porque te importe, sino porque te alegrará ver mi espalda cuando me marche.

El teléfono sonó, y ella sonrió levemente. «Salvada por el momento», pensó y fue a contestar.

—¿Eres tú, Annie? ¿Está Colin ahí? Es urgente. No te importa, ¿verdad?

—Es Cindy —le dijo sosteniendo el auricular como si estuviera contaminado.

—Hola Cindy, ¿qué sucede? Claro, ¿por qué no? Te recojo en media hora, no hay ningún problema —le sonrió a Anna—. Voy a ir a Dubuque un rato. Cindy viene conmigo para hacer algunas compras. Supongo que no querrás venir, ¿no?

—¿Y compartirte con ella? No gracias, ¡que le aproveche a Cindy!

—Tienes razón —concedió él—, olvidé a Rich.

Se negó a sentarse y estar delante cuando él fuera a buscar a Cindy, así que corrió a su Volkswagen; lo movió con tal rapidez que Will, que descansaba debajo de un manzano, retrocedió asustado. Se fue, dejando una nube de polvo.

Al principio no tenía idea de qué dirección tomar, lo único que quería era alejarse. Antes de darse cuenta, ya estaba dando la vuelta para dejar la carretera.

Después de pasar los pastizales de Eiler y las colinas boscosas, llegó a la puerta del rancho.

Obligaba con determinación a su cerebro a pensar en otras cosas:

el año escolar a punto de comenzar, la belleza de la campiña de Wisconsin en la época de verano.

El dueño de la casa no estaba por allí y se sintió extrañamente aliviada.

Necesitaba la paz que la granja podía brindarle, pero no quería a nadie cerca. Dejó su bolso en el coche y se dirigió hacia el pórtico; se sentó en el columpio que colgaba de un roble. El columpio rechinó bajo su peso, pero el mecerse rítmicamente la reconfortó. Los perros de Salty ladraron en la casa; los ignoró pues sabía que, si los dejaba salir, tendría que andar corriendo tras ellos para volver a atraparlos.

«¿A Guatemala?». Todavía le parecía difícil de creer. ¡Aquello era como arrojar la llave cuando se ha localizado la cerradura! Y justo cuando ella se había decidido por fin a iniciar una campaña para convencerlo de que la amaba. Quizá había debido avisarle la noche anterior de que ya no estaba comprometida con Rich. De cualquier forma, había perdido la ocasión. No podía decírselo cuando él estaba a punto de irse a Guatemala y su interés por Anna Douglas quedaba en un pobre tercer lugar.

Suspiró y dejó el columpio; caminó hacia la caballeriza, donde se apoyó contra una cerca para observar a los animales.

—Pensé que serías tú —dijo una voz detrás de ella. Se volvió y miró a Salty que salía del granero, con ropa de trabajo.

—¿No te molesto?

—Por supuesto que no. Colin siempre es bienvenido y tú también.

—Gracias.

—¿Está él contigo?

«Me persigue. Está conmigo en todas partes», pensó Anna.

—No, regresa a Guatemala.

Salty se mordió la uña del dedo gordo, meditando.

—¿Vas con él?

«¿Yo?», la idea le agradó más aún de lo que la sorprendió.

—No, yo… yo voy a dar clases —respondió con dificultad—. No podría, además —continuó de manera decidida—: no creo que él sienta nada profundo por mí.

—Mmm —murmuró Salty, sin quitar la vista de los cuadrúpedos—. Algunas personas son como los caballos —dijo en un tono confidencial. Anna lo miró con curiosidad—. Ese que está allí. Gitano —señaló un bayo, con un lucero blanco en la frente—, los anteriores dueños lo vendieron más de una vez, diría yo. No fue una ganga cuando lo compre. Me llevó mucho tiempo poder acercarme a él y, cuando lo hice, me tiró de la silla —Salty rió—. También más de una vez —entonces lanzó un silbido corto y la bestia alzó la cabeza y trotó hacia él. Salty se estiró para acariciarle la cabeza.

—Es adorable.

—¿Verdad que sí? —una sonrisa iluminó las facciones del hombre mientras buscaba dentro de los enormes bolsillos del pantalón una barra de caramelo. La partió en dos, le dio una mitad a Anna y la otra se la ofreció a Gitano—. Sólo que no siempre fue tan adorable. Francamente, no me quedaban muchas ganas de volver a montarlo después de que me tirara cuatro o cinco veces. Yo no tenía confianza en que no volviera a desmontarme, así como él no la tenía en que yo no le iba a hacer daño.

—Parece que ahora confía en ti.

—Así es.

—¿Cómo lo conseguiste? ¿Con caramelos?

—No. Simplemente soporté más que él y le di amor en vez de golpes.

—Suena sencillo, así como lo dices —dijo Anna con un suspiro de angustia.

—No lo es. Era un caballo arisco. Lo habían lastimado mucho y él no sabía si yo lo haría otra vez. Así como tu Colin.

—Él no es mi Colin —protestó Anna.

—Podría serlo.

—¿Qué quieres decir con que lo habían lastimado? ¿Fue Cindy?

—No por completo. Ella fue sólo otro ejemplo de lo que le había pasado a él durante toda su vida.

—¿Qué le pasó durante toda su vida?

—La gente lo dejaba —dijo Salty con sencillez—. Su madre abandonó el hogar cuando él tenía ocho años. El padre estaba en el servicio diplomático y no podía perder tiempo con un chiquillo. Luego tuvo una o dos madrastras que no le supusieron beneficio alguno. Colin solía pasar sus vacaciones con los Fielding. La madre de Will, Hannah, es hermana del padre de Colin. A ella nunca le molestó tener un niño extra, él era bienvenido en esa casa. Y aquí, en la mía.

Anna cerró los ojos imaginando a un Colin mucho más joven, triste y solo, viviendo una niñez muy diferente a la que había tenido ella en una familia cariñosa.

—No sabía eso.

—Él no habla de sus familiares. Tampoco charla mucho con ellos. Su madre entra y sale en su vida y su padre sólo le llama una que otra vez, pero ninguno es más de fiar que el pronóstico del tiempo —la miró con fijeza—. Aparte del matrimonio de Hannah y Mac, Colin nunca ha visto uno que sea feliz. No puedes culparlo de ser tan desconfiado.

—Él aseguró que no estaba interesado en casarse.

—Y Gitano no me recibió con docilidad al principio. Hubo muchos momentos en los que yo no conté con su amor.

—Es una lástima, hubiera sido más fácil con barras de caramelo.

—¿Verdad que sí? —sonrió con burla—. Sin embargo, el amor y la amabilidad son mejores para sus dientes que el caramelo.

Aunque más difícil para el corazón, pensó ella, y se dirigió de regreso a casa. De cualquier forma, le estaba agradecida a Salty por lo que le había contado de la niñez de Colin, eso hacía más fácil comprenderlo. Sentir simpatía por él. en vez de desear golpearlo con un ladrillo.

Sonreía cuando giró hacia la calle donde estaba la casa; imaginaba cómo se habría sentido Salty cuando se levantó del suelo y fue detrás de Gitano una vez más.

Cuatro horas después, Anna estaba rechinando los dientes, ante el hecho de que no se puede actuar amorosamente con una persona ausente.

—¿No habrá tenido un accidente en la carretera? —le preguntó a Will por tercera ocasión en la hora que llevaba dando vueltas por el salón.

—No —respondió Will desde la cómoda silla donde leía una revista semanal—.

Si tuviéramos un arnés para ti y un molino, con tantas vueltas que has dado, podrías moler trigo para obtener toda la harina que necesitáramos en un año.

—Muy gracioso.

—No entiendo por que estás tan angustiada. Sólo ha salido de compras, supongo que quiere llevar unas cuantas cosas a Guatemala para algunas personas con las que trabajamos en la excavación. Cosas que ellos no pueden conseguir con facilidad allá.

—¿Por qué ha tardado ya seis, no, siete horas?

—¿Quién sabe? Además, Cindy iba con él.

—Ya lo sé.

—Tranquilízate —le aconsejó—. Él estará de vuelta pronto. Si estás tan preocupada porque ha ido a la ciudad más próxima vas a estar hecha un manojo de nervios cuando él esté en Guatemala. Allí entre la guerrilla y el ejército, puede acabar con un balazo.

—Muchas, muchísimas gracias —replicó Anna—. Eso es justo lo que yo necesitaba oír.

Ella no había pensado en la situación política. ¿Acaso no eran suficientes la malaria, las serpientes y las mujeres casadas?

—Estás preocupada de verdad, ¿no es así?

—Supongo que sí —admitió ella.

—¿Enamorada de él?

—Mmm.

—Pobre de ti.

—Gracias por el ánimo que me das —Anna hizo un gesto.

—¿Acaso serviría un «te lo dije»? —preguntó sonriendo.

—Difícilmente. Ya me lo he repetido y mírame cómo estoy —se asomó de nuevo por la ventana—. ¡Aquí está ya!

Llegado el momento, se sintió presa del nerviosismo.

La puerta de entrada se abrió de golpe y se oyó la voz de Colin.

—Pasa al salón y siéntate, no tardo nada —subió a su dormitorio.

—Hola Will. ¿Cómo van las cosas? Hola —Cindy entró en la sala.

—Siéntate —invitó Will señalando con la cabeza al sofá vacío. Cindy se acomodó en él como un gato consentido, satisfecho de sí mismo—. Habéis estado fuera un buen rato.

—Colin tenía muchas cosas que hacer y agradeció que yo estuviera ahí para ayudarle.

—Lástima que Anna no pudiera hacerlo.

—Por supuesto, ella no podía ser de mucha ayuda. Yo conozco el pueblo y ella es una extraña aquí.

Cindy rechazó una taza de café que Will le ofrecía.

—Colin y yo tenemos que irnos en seguida —explicó—. Voy a llevarlo a Madison a que tome su avión, ¿sabes?

—¿Qué? —la voz salió antes de que Anna pudiera evitarlo.

—Todo ha pasado de manera milagrosa —dijo Cindy, mirándola casi con lástima—. Yo iba a ir a Madison esta noche a recoger a Mike al aeropuerto —

continuó, brindándole a Anna una sonrisa falsa—. El está en San Luís, en una convención y, puesto que yo tenía que ir. Colin me pidió que lo llevara.

«Milagroso», pensó Anna, tal vez Dios tuviera un extraño sentido del humor.

—No te molesta, ¿verdad?

—¿Por qué habría de molestarme? Me ahorras el viaje —se puso de pie, deseando llegar a la cocina antes de hacer algo que la comprometiera.

Colin bajó por la escalera y dejó caer su bolsa de lona en el vestíbulo.

—Todo listo —anunció y Anna se quedó parada a la mitad del camino.

Cindy se levantó con rapidez y se reunió con él, en el vestíbulo, asiéndolo del brazo y mirándolo a la cara con adoración.

—Mis saludos a Pepe y al grupo —dijo Will, alegre. Se levantó de la silla y fue a darle a Colin un apretón de mano de despedida—. ¿Cuánto tiempo estarás allá?

—No lo sé —Colin miró a Anna.

Por un instante recordó a Gitano y pensó, desesperada: «¿Qué puedo hacer?»

—Se hace tarde —dijo Cindy.

—Sí —respondió Colin. Tenía la mirada clavada en Anna, pero era

fría y triste.

Cruzó la sala y besó a la joven, como lo haría un prometido—. Adiós —le dijo y ella sintió que se sacudía por dentro. Su mente gritaba: «No te vayas. Yo te amo». Sus ojos le imploraron, pero su boca permaneció cerrada.

—Adiós.

Anna no se movió, ni aun después de oír las puertas del coche cerrarse y el rugir del Volvo que se iba.

Anna se repetía cada noche que con el tiempo ella sería capaz de sonreír y decir:

«¿Colin Davies? Sí, por supuesto que lo recuerdo. Es un buen muchacho».

Will tuvo el cuidado de dejar el nombre de Colin fuera de las conversaciones, manteniéndola ocupada con infinidad de apuntes para mecanografiar, investigando y preguntándole cómo había desarrollado su trabajo de la semana en la escuela y si tenía preparadas sus próximas clases y, en general, siendo el amigo que ella necesitaba con desesperación en ese momento. Por otro lado Jenny, en cuanto se dio cuenta de que Colin se había ido, se dejó caer en la cama de Anna, mirándola con fijeza.

—¿Ves? Te dije que estaba enamorado de ti.

—¿Qué?

—Él sabe que tú estás comprometida con Rich —le explicó Jenny, como si ella fuera una tonta—. Por lo tanto, ¿qué se supone que debe hacer? ¿Retar a Rich a un duelo? ¡Claro que no! Así que por eso se va. ¡Pobre Colin!

—Pues difícilmente se trataría de un amor mal correspondido —replicó Anna

—. No cuando se fue con Cindy Tate.

—Oh, qué necedad. Era para darte celos.

Anna entrecerró los ojos, Jenny había leído demasiadas novelas románticas.

Imaginar que Colin había huido a Guatemala porque ella estaba comprometida con Rich, le parecía excesivo.

—¿Por qué no le dijiste que ya no estabas comprometida con Rich?

—No es asunto tuyo —le dijo a Jenny con firmeza, deseando cortar la discusión

—. Tengo que lavarme el pelo, hasta mañana.

—Quisquillosa, estás siguiendo la actitud de Colin.

—¡Vete!

—Me voy —Jenny se levantó de la cama—, pero creo que debes escribirle una carta para informarle de que no estás comprometida. Quizá él podría tomar el avión de vuelta.

Eso era muy gracioso. ¿Colin tomando rápidamente un avión de

regreso?

Las clases comenzaron y se concentró en ellas con tanto entusiasmo como fue capaz. Era la primera en llegar y la última en salir. Después de cenar, se encerraba en su alcoba para preparar sus lecciones y material didáctico.

Will la observaba con interés hasta que al fin le preguntó:

—¿Te dan un premio si te matas trabajando la primera semana?

Anna le sonrió.

Aquello funcionaba. Quedaba tan exhausta al final del día, que no podía mantenerse despierta y preocuparse por Colin. Abrazaba la almohada y se dormía inmediatamente. Se acostumbró a una nueva rutina que no le dejaba tiempo para pensar. Conoció a personas que no le preguntaban por Colin y se repetía a sí misma que lo estaba superando. Sin embargo, tres semanas después de que él se fuera, seguía recordándolo como si acabara de salir de la casa. Así que reuniendo todo su valor, se dijo con resignación: «Estabas equivocada».

Nunca dejó de extrañarlo. Hubiera sido cosa de risa comparar aquella constante melancolía con la que había sentido cuando dejó California y a Rich.

Había llegado la tarde del tercer viernes, Anna fue a la cocina y dejó caer sus libros en la mesa. No quería pensar en el solitario fin de semana que se presentaba.

—¡Estás en casa! —Jenny irrumpió en la cocina, agitando algo en la mano—.

¡Tatán! —exclamó y dejó caer un sobre azul claro sobre la mesa, delante de Anna.

Ella reconocería la firme letra manuscrita en cualquier lugar.

—¿Qué dice? —le exigió Jenny, apoyándose, con nerviosismo. primero en un pie y luego en el otro—. ¿Confiesa cuánto te ama? ¿Cuándo regresa?

—¡Cálmate! —Anna se dejó caer en una silla mientras desdoblaba la hoja de papel. No era una carta extensa, apenas una página.

Hace mucho calor aquí. Si lo comparamos, diríamos que Belle River es el Ártico.

Hay una cantidad de insectos que no puedes imaginar…

Lo que Anna imaginaba era a Colin, acalorado y sudoroso, sin camisa; una flecha de deseo la atravesó con tal fuerza, que tardó un momento en volver a concentrarse en el texto de la carta. No decía muchas cosas más: mencionaba el saqueo, que no había sido tan grave como él temía y le describía el diseño de una pieza de cerámica que le había parecido del gusto de Anna. Incluía uno de los rápidos pero preciosos dibujos que recordaba que él le había mostrado cuando estuvo enfermo. Por último, hablaba sobre una gran comida que les

habían ofrecido en la ciudad de Guatemala, antes de irse al lugar de las excavaciones, y le decía que creía que ella la hubiera disfrutado. Firmaba: Como siempre. Colin lo que era lo más ambiguo que él podía haber puesto.

—¿Y bien? —preguntó Jenny, sin disimular su impaciencia.

—Puedes leerla tú misma —dijo Anna, dejando caer la hoja sobre la mesa.

«¡Maldito!» De un brinco se puso de pie y quitándole la carta a Jenny, que se quedó tan desilusionada como sorprendida, corrió escaleras arriba, hacia su cuarto.

«¿Por qué demonios tenía que mandar una cosa así?» Suspiró, se dejó caer sobre la cama y la releyó.

A solas, casi podía oír la voz de Colin, hablando en una especie de clave que usaba a veces con ella, como si pudiera adivinar el resto de lo que él quería decir. Era como si él estuviera allí, sentado en la mecedora, diciéndole cosas que la hacían compartir sus ideas, su trabajo. No pudo evitar sonreír y llorar a la vez.

Pero Colin no había venido, sino sólo su carta, no muy personal, por cierto. La dobló y la metió con cuidado en el sobre y la guardó en el cajón de la mesita de noche. Tenía que corregir un examen de matemáticas y, luego, debía preparar algunas hojas de trabajo sobre ciencias sociales.

A pesar de todo, no dejaba de preguntarse si alguna vez Gitano había tenido algún pequeño movimiento de acercamiento hacia Salty, una mirada benévola, una actitud suave.

Era muy difícil no pensar en él. Al día siguiente llegó otra carta. No era más apasionada que la primera, hablaba de una tormenta que casi lo había arrastrado, y que estaba aprendiendo a tejer una hamaca, lo cual le parecía mucho más difícil que reconstruir vasijas de cerámica. Anna casi podía oírlo contándole la historia. Suspiró y metió la carta junto a la primera en el cajón de la mesita de noche.

Después de ese día, las cartas llegaron con regularidad. Casi a diario. Cortas y escritas en tono ligero: Anna podía haberlas dejado sobre la mesa del comedor, pero no lo hizo. Las escondía en el cajón, después de leerlas y releerlas cada día una y otra vez. Los sábados se permitía el lujo de releerlas todas juntas.

Se había acostumbrado a la espontaneidad de Colin. Sus cartas no parecían buscar nada especial, no había en ellas angustia alguna: eran palabras tranquilas.

Anna deseaba que él quisiera decirle que estaba tratando de confiar, de rehacer los lazos que se habían roto cuando se fue, pero no encontró nada de ello en las cartas.

Al principio, había luchado consigo misma para decidir si le contestaba o no.

Pero la tentación fue más fuerte que ella. Así que lo hizo, pero tratando de mantener el mismo estilo que él usaba. Amigable, más no comprometedor.

No podía acallar la esperanza que comenzaba a crecer en su interior. Si él no la hubiera echado de menos, no hubiese escrito. Colin deseaba su amistad, eso estaba claro. Y quizá, sólo quizá, algo más.

Capítulo Nueve

El optimismo de Anna, basado en una serie de cartas amistosas con Colin, creció durante las dos semanas siguientes. La catástrofe llegó en un día claro como el cristal. Era un sábado de octubre, de cielo azul y hojas doradas, que debía haber llevado esperanza en vez de desastre. Anna estaba en el patio, tendiendo la ropa que acababa de lavar y pensando que antes de dos horas llegaría el cartero con una carta de Colin. De pronto, vio a Jenny que se acercaba con su inseparable raqueta en la mano.

—¿Qué tal eres para el tenis?

—Pésima.

—Bueno, da igual, no tiene remedio. Necesito una pareja, y ésa eres tú. Se supone que debería jugar hoy con Doug en un torneo de parejas, pero se fue a un partido de fútbol a Madison.

—No puedo hacerlo —protestó Anna, pero Jenny era tan obstinada como sus dos parientes varones.

En diez minutos, Anna se encontró metida en unos pantalones cortos y una camiseta de algodón, color azul marino que, si no era un atuendo propio de torneo, era al menos, según Jenny, aceptable. Pensó que lo que no sería tan aceptable sería su juego.

—No importa, yo lo haré todo.

—Juegan en la cancha cuatro —les informó el juez principal—. Tienen cinco minutos.

—¿Contra quiénes jugamos? Es mejor que no sean buenos.

—Cindy no lo es —le aseguró Jenny—. Mike, no sé.

—¿Tate? —Anna se paró en seco.

—Por supuesto que Tate.

—¿Quieres que juegue al tenis con Cindy Tate?

—No con ella, contra ella. Supuse que lo disfrutarías.

—Difícilmente.

—Ah, ya estáis aquí —dijo Mike—. Pensamos que perdíais por ausencia.

—¡Nunca! —replicó Jenny, sacando la raqueta de su prensa de madera.

—¿Vas a ser su compañera, Annie? —preguntó Cindy con los ojos azules muy abiertos. Parecía muy divertida y escéptica. De pronto. Anna se dio cuenta de que deseaba ganar.

—Así parece —le respondió con frialdad.

—Entonces, adelante y que gane el mejor equipo.

Si fue así, o no, Anna no pudo decirlo. Cindy era tan inútil para Mike, como ella para Jenny. Lo único que intentaba era cometer el mínimo posible de errores, y se sintió más que agradecida cuando terminó el partido.

Estaba tan asombrada de haber ganado como su joven compañera.

—No puedo creerlo —decía Jenny una y otra vez.

—Pero en las individuales te venceré —le aseguró Mike, de buen humor, mientras se secaba el sudor de la frente y le sonreía.

—Es probable —reconoció Jenny riendo. Anna se inclinó para atarse los cordones de su zapatilla cuando vio otro par de tenis blancos.

—Bonito juego —le dijo a Cindy, mientras se levantaba.

—Para ti sí. Alégrate de haber ganado en esto, Annie, porque no puedes ganar en todo.

—No sé cómo hemos podido ganaros —contestó desconcertada—, yo ni siquiera sabía lo que hacía.

—Tampoco sabías lo que estabas haciendo cundo aceptaste a Colin, ¿o sí?

—En ese aspecto creo que tú ya tuviste tu oportunidad, ¿no?

—Yo no lo he perdido todavía.

—Pero… pero tú tienes a Mike.

—Cierto, sin embargo, Colin fue mi primer amor.

—Lo siento —dijo Anna con frialdad, sin sentirlo en absoluto.

—Y también será el último. Estoy embarazada, ¿sabes?

—Lo estás —aquello no era notorio.

—Sí, ocho semanas.

«¿Un bebé de Colin? ¿Era eso lo que ella insinuaba?»

—Voy a amar mucho a mi bebé de ojos color café.

Mike tenía los ojos azules, al igual que Cindy.

—Estoy segura de que entiendes que eso cambia las cosas —clavó la vista en el anillo de Rich que Anna seguía usando—. Cuando se lo diga a Colin tendrá que arreglar algunas cosas.

—¿Quieres decir que a Mike no le gustará un niño de ojos oscuros?

—Difícilmente. Piénsalo, querida. Tal vez decidas actuar primero —se volvió y.

atravesando la cancha, se dirigió hacia el grifo de agua fría, donde se encontraban los otros jugadores.

—¿Adonde te fuiste? —le preguntó Jenny más tarde, cuando llegó a casa—. Te busqué al terminar el juego de individuales y habías desaparecido. ¿Te pusiste enferma?

—Tenía dolor de cabeza —mintió Anna. El dolor era en el corazón —.

Demasiado ejercicio para una vieja dama —dijo sin atreverse a despegar la mirada del pastel que estaba preparando. Sus ojos estaban aún rojos de llorar y sabía que. si Jenny los veía, no dudaría en preguntar.

—No puedo creer que les hayamos ganado —declaró Jenny con entusiasmo.

—La vida está llena de sorpresas —dijo Anna, en más de un sentido.

Jenny destapó, distraída, la caja de las galletas y sacó un puñado, mordisqueándolas mientras se apoyaba sobre la mesa.

—Mike me gano en individuales. Es bueno, aunque con Cindy está perdido.

«No lo estará por mucho tiempo», pensó Anna, pero no podía decírselo a Jenny.

Vació la masa en los moldes y le dio un golpecito a la mano que Jenny metía otra vez en la lata con galletas.

—Deja espacio para la cena —la amonestó.

—¡Tú serías una buena mamá!

—Lo dudo —el estómago de Anna se contrajo. Corrió hacia su alcoba, encargando a Jenny, que se quedó con la boca abierta por la sorpresa, que cerrara la puerta del horno.

Anna no pudo dormir bien por la noche. Debido al inoportuno anuncio de Cindy Tate, el sobre azul que llegó no la hizo soñar despierta con Colin. En su corazón, ella estaba comprometida con él del mismo modo que si estuviera usando en el dedo su anillo y no el de Rich. Miró la sortija, su brillo apenas disminuía a la débil luz de la luna. Suspiró, se la quitó y la dejó sobre la mesita de noche.

«Yo hubiera luchado por ti, Colin>\ pensó con tristeza, «si sólo se tratara de Cindy y yo». Las lágrimas brotaron de sus ojos y ella las ignoró, dejándolas correr por sus mejillas. «Pero no puedo ganar la batalla en contra de un niño. ¡Ni siquiera podría luchar contra un bebé!»

—¡Ayúdame! —exclamó Jenny, asomando la cabeza por la puerta del cuarto de Anna.

Anna se quitó la almohada que tenía sobre la cabeza, deseando no parecer tan mal como se sentía. No había podido dormir sino hasta cerca de las cinco de la mañana y apenas eran poco más de las nueve.

—¿Qué?

—Te necesito.

—Oh, no. No otra vez. Un partido de tenis es suficiente, gracias.

—No es para jugar al tenis, tonta. Se trata de la madre de Colin, está abajo.

—¿La madre… de Colin?

—¿Creías que lo había traído la cigüeña?

—No, pero… quiero decir… Él nunca dijo que ella… ¿Cómo se le ocurrió venir?

¿Llamó antes por teléfono? —Anna salió de la cama.

—Ella nunca avisa de cuándo va a venir, simplemente aparece —Jenny estaba muy disgustada—. Además, no sé qué decirle.

Anna se puso unos pantalones de dril y una blusa a cuadros.

—¿Le ofreciste un café?

—Ya va por la cuarta taza. Apresúrate y baja.

—¿Por qué yo?

—Tú eres la prometida.

—¿No le habrás dicho eso?

—Bueno, quiero decir… Will ya había salido, además, ella comenzaba a hablar mal de Colin. Aseguraba que él siempre fracasaría en todo. Así que me pareció una buena idea decirle que ya tenía una prometida.

—¡Fabuloso! —dijo y se cambió para presentarse como la futura esposa de Colin—. ¿Y qué se supone que debo hacer ahora? Bajar y decir: Soy la prometida de su hijo. Disculpe, ¿no ha oído hablar de mí?

—Sí ha oído, ahora.

Anna movió la cabeza en señal de desaprobación. Se hizo un moño tipo francés y lo prendió con un broche de oro.

—Debería matarte por esto.

Cuando al fin se encontró con la mujer, vio que era alta, de buena figura, elegante y muy bien vestida. Anna recordó el buen porte de Colin cuando se había vestido para llevarla a cenar. En eso, se parecía a su madre.

—Soy Anna Douglas —le dijo a la señora que estaba sentada en el sofá, sosteniendo una taza de café y estudiándola con ávido interés.

—Margaret Tanner, querida. Estoy encantada de conocer a la prometida de mi hijo.

—Aún no nos conocemos lo suficiente el uno al otro.

—Estoy sorprendida —dijo la madre de Colin, arqueando las cejas —. Me pregunto cómo decidió tan rápido que tú eras la indicada para él.

—Perdón, ¿cómo dice?

—Él no aceptaría a cualquiera, como no aceptó a esa otra chica con la que iba a casarse, Sassy o como se llame.

—Cindy.

—Sí, Cindy. Él no podía casarse con ella —continuó la señora Tanner—, y me aseguró que yo era la causa. «Se parece mucho a ti», ¡se atrevió a decirme!

¿Qué quería decir la señora Tanner con que él no podía aceptar a Cindy?

¿Acaso no había sido ella la que lo había dejado?

—Es cierto que nunca pensó que fuera perfecta —continuó la señora—. Él nunca perdona, no creo que le hubiera perdonado nada a esa chica, Cindy tampoco

—miraba a Anna como si la culpa fuera sólo suya.

—Bueno, yo no creo…

—Espero que sepas lo que haces, querida. Colin no es una persona con la que se pueda vivir con tranquilidad o a la que se pueda amar fácilmente. Yo se lo que te digo, de niño era particularmente molesto.

—¿Lo era señora Tanner? —preguntó Anna.

—Por supuesto. ¿Quién hubiera imaginado que aquel muchachito pegajoso y enfermizo, pudiera crecer hasta convertirse en eso?

«¿Qué quería decir la señora Tanner con eso?»

—Yo no sabía que él fuera un niño enfermizo.

—Infección de garganta, difteria, amigdalitis, viruelas, rubéola, tú di cuál, las tuvo todas —parecía seguir disgustada—. Me temo que ésa fue la primera de mis faltas imperdonables —rió con cierta amargura —. Yo no servía como enfermera, así que, en general, siempre tuve a alguien que me ayudara a cuidarlo. El no pierde la oportunidad de recordarme que le fallé como madre. Estaba en Nueva York con Howard, hablé por teléfono con Gareth la semana pasada y me dijo que Colin había estado enfermo, entonces, pensé que era mi deber de madre cuidar de él. ¡Y ni siquiera lo encuentro aquí!

—¿Quién es Gareth? —preguntó Anna.

—El padre de Colin. Nos divorciamos hace años. Me he casado tres veces desde entonces. Otra de mis faltas imperdonables —la señora Tanner hizo un gesto de desdén—. Colin es muy estricto en cuanto al matrimonio. Espero que disfrutes casada con él. ¡Imagínate, convivir con un venerable santo!

Si él creía tan fervientemente en los votos matrimoniales, ¿qué hacía con Cindy Tate?

—¿Quiere usted decir que él no aprobó su divorcio?

—Él no me aprueba a mí, punto —respondió la señora Tanner apesadumbrada y adoptando por un momento la expresión de una madre acongojada—. Tienes razón, nuestro divorcio lo puso contra nosotros, pero en especial contra mí. La verdad es que yo dejé a Gareth por otro hombre. Él estaba un poco atontado, por todo aquello de que tenía un trabajo muy rimbombante —suspiró como si los recuerdos no fueran muy agradables—. ¿Te molesta si fumo?

—Dale a la señora Tanner un cenicero, por favor, Jenny —le pidió Anna.

—Yo no sé por qué te estoy contando esto —dijo mientras encendía un cigarrillo con manos nerviosas—. Supongo que es porque pareces inocente.

«Esto rompe mi imagen». La señora Tanner continuó:

—Y más vale que de verdad seas inocente, querida, de otro modo Colin hará de tu vida un infierno.

«¿Qué se supone que debo contestar a eso?»

—Te lo digo como advertencia, supongo. Colin espera lo mejor de la gente que ama.

El Colin del que se hablaba en aquel momento no parecía la clase de hombre que pudiera ser el padre del bebé de Cindy. ¿Sería posible que no lo fuera?

—Supongo que nunca llegaré a entenderlo en realidad. Espero que tú lo logres, querida —se puso de pie apagó su cigarrillo y le tendió la mano a Anna—. Encantada de conocerte, señorita Douglas.

—Mucho gusto, señora Tanner. Yo espero llegar a entenderlo, es más creo que ya he empezado a hacerlo.

—Así lo espero. Confío en no haber empeorado las cosas contándote esto.

Parece que no he hecho nada bien en cuanto concierne a Colin. Es probable que contarte todo esto también sea un error.

Anna no lo creía así. Acompañó a la dama a la puerta, prometiéndole escribirle a Colin y decirle que su madre había ido a cuidarlo. En su interior pensaba que la mención que había hecho la señora Tanner de que tenía que estar de regreso en Madison antes de la comida para encontrarse con su esposo, desmentía la intención de quedarse y cuidar a Colin. Pero en realidad, eso no importaba.

—Estoy encantada de haber hablado contigo —dijo la señora Tanner, dándole un beso en la mejilla—. Te deseo suerte con mi hijo, vas a necesitarla —se subió a su coche y, bajando la ventanilla, le dijo —: No te apresures a hacerme abuela, ya me siento vieja ahora.

Una hora antes, Anna hubiera sido capaz de decir, confidencialmente, que el daño ya estaba hecho. Un nieto estaba en camino. Ahora no estaba tan segura. Volvió a la casa y subió por la escalera. Jenny estaba apoyada contra la librería.

—No tienes por qué estar tan asombrada.

—No puedo creer que esa mujer tenga parentesco con Colin.

—¡No me digas que te vas a adherir a la teoría de la cigüeña! —dijo Jenny riendo—. Y lo de venir a cuidar de Colin era una historia. En realidad, pasaba por aquí sólo porque su marido tenía una convención médica en Madison. Ahora regresará a Atlanta y no volveremos a saber de ella durante dos años. ¡Vaya madre!

—sacudió la cabeza y dijo—: Creo que voy a golpear una buena cantidad de pelotas de tenis. ¿Quieres venir? Eso siempre ayuda a despejar la cabeza.

—No, gracias.

La conversación le había producido serias dudas de que el bebé de Cindy fuera de Colin. No era posible si, como decía su madre él creía en la fidelidad del matrimonio. Sólo tenía la palabra de Cindy como prueba.

En primer lugar, ¿no había estado Colin ya comprometido con Cindy Tate? De hecho, si uno descartaba el testimonio de ella, era posible interpretar el comportamiento de Colin bajo otro punto de

vista. Jenny había dicho que él debía estar celoso de Rich y que pretendía darle celos a Anna. ¿Podría ser cierto? Anna paseó con furia por el cuarto. Lo recordaba murmurando: «Al diablo con Cindy Tate». Palabras que no podía imaginar que él pronunciara si de verdad estaba aún enamorado.

Si era cierto, ¿qué podría hacer ella? Le escribiría una carta.

Se detuvo frente al escritorio, mirando la silla vacía, preguntándose si tendría el valor de hacerlo. Él podía hacer de su vida un infierno mayor aún de lo que ya era, o podría llevarla al paraíso.

Se sentó frente al escritorio y cogió una hoja de papel.

Querido Colin, comenzó, tengo algo importante que decirte… y lo hizo. Le reveló cómo había roto su compromiso con Rich en Chicago, por qué había tenido miedo de decírselo antes, que en realidad seguía sintiendo temor, pero necesitaba hacerlo, aun cuando ello significara que después él no quisiera saber más de ella. Y

con un atrevimiento casi tan grande como las emociones que le habían impulsado a escribir la carta, firmó: Te ama, Anna.

La cerró y la llevó a la oficina de correos antes de que pudiera arrepentirse.

Mientras caminaba despacio, de regreso a casa, se sentía como alguien que ha resbalado por culpa de una piedra suelta y cae desde lo alto de un montaña, dando tumbos y rebotando por un precipicio, sin tener idea de lo que habría abajo: unos brazos abiertos o el desastre.

Lo único que podía hacer durante los próximos días, se dijo con firmeza, era apartar aquello de su mente por completo. Pasó horas trabajando con un equipo de experimentos para sus alumnos y escribiendo a máquina apuntes de Will. Se esforzó también por ayudar a Jenny a preparar una gran fiesta para William cuyo cumpleaños sería el viernes siguiente.

Fue esta última actividad la que absorbió la mayor parte de su tiempo. A Jenny le gustaban los planes muy elaborados y habría terminado por invitar a la mitad del pueblo si Anna no hubiera puesto frenos a su extraordinario entusiasmo. Pero aún así, no pudo evitar que Jenny invitara prácticamente a toda la Facultad.

—¿Por qué no sólo a los del Departamento de Antropología y Arqueología? —

había sugerido mientras recorrían el supermercado y Jenny colocaba platos de papel, servilletas y otros artículos en el carrito.

—Pero, entonces, los Huggins y los Powell se ofenderían. No puedo hacer una fiesta para Will sin los Stafford y los… —la lista siguió y siguió mientras el montón de productos crecía sobre el carrito de la compra. Anna cerró los ojos, desanimada; de pronto, vieron a Cindy Tate.

—Vendréis a la fiesta, ¿no es así? —le preguntó Jenny.

—Por supuesto —dijo Cindy, brindándoles una de las famosas sonrisas hipócritas que Anna había llegado a odiar—. No me la perdería. ¿Cómo has estado, Annie? ¿Jenny?

—Ocupadas —respondió Jenny, colocando una caja de frascos de salsa rosa en el carrito—. ¿Qué sigue en la lista? —Anna la sacaba de su bolsillo para consultarla: Cindy preguntó:

—¿Ya no usas el anillo?

—¿Qué?

—Me preguntaba qué habías hecho con tu sortija, Annie.

—La mandé a que la limpiaran —dijo alegremente.

No había vuelto a ponérsela desde la noche en que había creído que Cindy tendría un bebé de Colin y no la iba a usar más. Si volvía a llevar un anillo, sería el de Colin y no el de Rich.

—¿A limpiarlo?

—Sí. Discúlpanos, por favor. Si ésta va a ser la fiesta del siglo, será mejor que sigamos de compras.

Le dio un codazo a Jenny, que tenía la boca abierta, empujándola hacia el pasillo y dejando a Cindy Tate que pensara lo que quisiera.

—A propósito de invitados, me hubiera gustado que no la incluyeras.

—Ya es tarde, de verdad lo siento.

«Nadie lo siente más que yo», pensó Anna con tristeza.

Llegó el viernes y Anna deseaba concentrarse en la fiesta, pero eso sólo la llevaba a recordar que Cindy estaría allí. Si pudiera tener más confianza en Colin, no dejaría que Cindy la molestara, pero confianza era una cosa de la que carecía por el momento. Anna había escrito aquella carta con la más débil de las esperanzas, con el más débil resplandor de confianza. Pero fuera de eso, no tenía nada.

No fue posible, una vez que comenzó la fiesta, seguir dándole vueltas a sus problemas, pues estaba muy ocupada recogiendo abrigos, recibiendo invitados, sirviendo vino y yendo constantemente a la cocina, para rellenar las bandejas de bocadillos.

Hacia las diez y media, Anna pensó que tal vez podría pasar la velada sin hablar con Cindy Tate. Sin embargo, no era posible dejar de oír las conversaciones sobre la rubia. Anna estaba cortando trozos de tarta y repartiéndolos, cuando la esposa de uno de los profesores de sociología comentó:

—He oído que los Tate van a tener un bebé.

—Esperemos que eso ayude a su matrimonio —le respondió su interlocutora—.

Tal vez lo mejore, sé que anda mal.

Anna sintió que su estómago se contraía.

«¿Era en realidad, el de los Tate, un matrimonio a punto de romper?» Dejó el cuchillo en la mano de Will e ignorando su mirada

de preocupación, salió hacia la cocina, diciendo:

—Discúlpenme, por favor. Vuelvo en seguida.

Apoyada en el fregadero, aspiraba el aire profundamente, tambaleándose ante la idea de que si los Tate se divorciaban. Colin podría casarse con Cindy. Cerró los ojos. La puerta de la cocina se abrió y entró Cindy Tate.

—Jenny me dijo que podía encontrar más tostaditas aquí —llevaba un tazón vacío—. Colin me llamó anoche, le hablé del bebé —sirvió las tostadas en el tazón—.

Ya veo que no estás usando el anillo. ¡Muchacha lista! —y con una risa frágil, le hizo a Anna una exagerada inclinación de cabeza y salió.

Capítulo Diez

Anna descubrió que no sólo los ataques nucleares pueden producir la devastación total. Las pequeñas bombas verbales, como la que Cindy acababa de arrojar, causaban el mismo efecto.

Lo que nunca había previsto era que recibir su carta podría darle a Colin un motivo para reír a carcajadas. Pero lo peor era imaginarlo casado con Cindy. Si ella y Mike habían tenido problemas, y Colin era en realidad el padre de la criatura, habría todas las posibilidades del mundo de que Cindy fuera la nueva señora Davies.

Dolía mucho haberlo intentado en vano. Dolía más que la traición de Toby. La pena más grande sería estar allí cuando sucediera. ¡Una boda entre Cindy y Colin! Se estremeció al pensarlo. Debía irse antes de que él regresara. Encontrar un apartamento, mudarse, renunciar. Cualquier cosa para no ver a Colin casado con Cindy. Y tendría que hacerlo pronto, porque si él ya sabía lo del bebé, no esperaría mucho. ¿Cuánto tardaría Cindy en obtener el divorcio? Qué tonta había sido al pensar que sus cartas significaban algo para él. Si Colin se interesara en ella de verdad la hubiera llamado por teléfono, como a Cindy Tate.

—¿Tenemos más vino rosado? —le preguntó Will, asomándose por la puerta—.

¿Te sientes bien?

—Sí —musitó Anna, pasándose una mano temblorosa por el pelo —. Déjame ver, creo que hay una botella o dos en la despensa.

—Si encuentras alguna, tráela, por favor —la cabeza de Will desapareció después de dedicarle una sonrisa rápida y una mirada crítica.

Agradecida por tener algo que hacer, Anna se asomó a la despensa, encontrando una botella de vino rosado y otra de vino blanco.

Empujó la puerta de la cocina y se dirigió a la mesa del comedor.

—Aquí tienes.

—Gracias. Lo más seguro es que… ¡gran Dios! ¡Mirad quién está aquí!

La cabeza de Anna giró hacia la puerta de entrada.

—¡Colin! —su voz era un murmullo.

¿Estaba allí por Cindy Tate? ¿Tan pronto? Anna deseó que el suelo se abriera bajo sus pies. Frenética, miró a su alrededor, buscando a Cindy. Estaba de pie junto a Mike y otros dos hombres, charlando y riendo, hasta que volvió la vista y vio al hombre alto que acababa de entrar. Palideció.

Colin no la había visto aún, sus ojos se paseaban entre el gentío, seguramente buscándola. Anna trató de imaginar qué haría al encontrarla. Desvió la vista de Colin y la dirigió de nuevo a Cindy,

esperando ver cómo su cara pálida adoptaba, una vez que se recobrara de la impresión de verlo, una expresión de triunfo. En vez de ello, descubrió una mirada de angustia. Confundida, Anna miró otra vez hacia Colin.

Él no había visto aún a Cindy Tate. Había dejado su bolsa de lona sobre la alfombra ¡y se dirigía hacia ella!

—¿Todo este viaje sólo por mi cumpleaños? —preguntó Will sonriendo y pasándole un brazo a su primo sobre los hombros—. Toma un vaso de vino.

Anna estaba inmóvil, observando al hombre que estaba frente a ella, sin poder creer que era real. El estaba más bronceado y delgado.

Movió la cabeza como para aclarar sus pensamientos y su mano buscó la de Anna, que fue hacia las de él.

—¿Ya no hay anillo?

—No —su respuesta fue apenas un murmullo.

—¿Ya no hay Rich? —insistió.

—No.

—Ven, tenemos que hablar.

—Pero…

—No hay peros.

Anna lanzó una mirada desamparada hacia Will, que encogió los hombros y sonrió, dirigió otra mirada de curiosidad hacia Cindy Tate, que había adquirido una tonalidad verdosa. Luego se sintió arrastrada hacia la puerta principal.

—Consigue una chaqueta —le ordenó. Él cogió una de Will.

—¿Adonde vamos? ¿Que haces aquí? ¿No sacaste a la chica equivocada? —

protestaba Anna.

Colin tomó otra chaqueta de una de las perchas y comenzó a meter en ella los brazos de la joven.

—Esa no es mía.

—Sólo la cogemos prestada.

Le puso una mano en la espalda y la empujó hacia afuera, antes de que ella pudiera ni siquiera respirar.

La brisa helada y la nieve que caía en esos primeros días de noviembre no le causaron el choque que había provocado la llegada de Colin. La metió en el Volkswagen y le indicó que condujera, colocándose en el asiento del pasajero.

—¿Adonde vamos?

—A casa de Salty.

—Él no está allí —protestó Anna—. Ni siquiera pudo venir a la fiesta de Will.

Fue a ver a su hermana a Minneapolis este fin de semana.

—Mucho mejor. ¡Vámonos!

—Pero…

—Conduce.

Era inútil discutir. Lo comprendió al ver la severa expresión de su mirada.

Encogió los hombros, puso la velocidad y se dirigió a la salida.

—¿Te importaría explicarme…?

—Después, primero debemos llegar allá. Si intento hablar ahora, podría retorcerte el pescuezo.

—¿Qué? —se volvió para mirarlo, convencida de que él había perdido el juicio.

Colin no respondió, mantenía la vista fija en el camino. Anna oprimió más el acelerador, con la determinación de llegar lo más pronto posible a la casa de Salty y averiguar qué ocurría.

—No tan rápido o nos mataremos —murmuró al fin—. ¿Qué sabes tú de conducir en la nieve?

—Nada, nunca lo he hecho.

—Quítate, yo conduzco.

Anna lo ignoró.

—Dije quítate.

—Oblígame.

Decir aquello fue una equivocación. De una forma tan rápida que Anna no tuvo manera de detenerlo, él quitó la llave del encendido. El coche se sacudió y se apagó, patinando por el sendero cubierto de nieve.

—¡A la cuneta! —grito Colin.

Frenó con fuerza. El coche patinó, saltó un bordillo y se deslizó por una pendiente hasta detenerse contra un árbol.

—¡Mi coche! —se lamentaba—. Mira lo que hiciste a mi coche.

—¿Le hice? ¿Yo? Yo te dije que te quitaras.

—¡Sacaste la llave!

—Porque no obedeciste, la culpa es tuya.

—Vienes de Guatemala, me arrastras fuera de la casa como si me secuestraras, destrozas mi coche, ¡y todavía tienes el descaro de echarme la culpa! —Anna no pudo contener la histeria, abrió la puerta de golpe y salió subiendo a gatas por el terraplén.

—¿Adonde diablos vas? —Colin ya había salido, miró el parachoques y los guardabarros, bastante dañados, y se dirigió hacia arriba. Las sandalias abiertas y la falda larga de terciopelo azul la hicieron caer antes de llegar a la carretera. Cuando Colin la alcanzó y la estrechó en sus brazos, su ira se volvió casi alivio.

—Bájame.

—No —él caminaba ahora a grandes zancadas sobre la carretera, llevándola en brazos.

No habían recorrido más de cuatrocientos metros cuando vieron la

casa de Salty. Pero a Anna le habían parecido kilómetros, cuando él la dejó suavemente en el pórtico de la entrada.

—¡Por amor de Dios! Quédate quieta. Voy a deslizarme por la ventana posterior

—desapareció por un lado de la casa. Anna se apoyaba en un pie y luego en otro.

Una luz se encendió y se abrió la puerta.

—Pasa —dijo Colin, tendiéndole una mano para que no resbalara con la nieve.

La tibia sala de Salty los acogió.

El le había dado la espalda, como si también quisiera retrasar lo inevitable, y encendía fuego en la chimenea. Anna tenía la certeza de que le iba a hablar sobre la situación con Cindy.

Aquellas cosas se explicaban mejor en privado, de ahí su llegada, su virtual secuestro y la presencia de ambos en la sala de Salty. ¿Y la pregunta del anillo?

Probablemente él se había disgustado porque ella no se había tomado la molestia de decírselo antes.

Anna se quitó las sandalias y fue a la cocina, para escurrir el agua de su falda en el fregadero. Parecía lo más inteligente salir de la habitación en la que estaba Colin.

—Toma —le dijo éste casi en la oreja. No lo había oído entrar. Le dio unos vaqueros, un cinturón y un jersey de cuello alto.

Su mente voló inmediatamente a la última vez que él le había prestado ropa en la casa de Salty, cuando le había colocado el cinturón alrededor de la cintura. Su cara se ruborizó por el recuerdo y, a juzgar por la expresión con la que Colin la observaba, intuyó que él también lo recordaba.

—Estaré en el salón —dijo de pronto.

Ella se tomó cierto tiempo para cambiarse, dejándose la blusa de seda blanca, debajo del suéter. Tardó varios minutos en reunir valor para ir a reunirse con Colin.

Él estaba de pie, de espaldas a ella, mirando el fuego.

—¿Cuánto hace? —le preguntó Colin sin volverse.

—Cuánto hace, ¿qué?

—¿Cuánto hace que no usas el anillo de Rich?

Otra vez el anillo. ¿Qué diferencia podría haber en eso?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir —comenzó a decirle lentamente, mientras se volvía hacia ella, con el tono de quien le habla a un tonto—. ¿Cuánto tiempo desde que le dijiste al buen Rich que se fuera? ¿Cuánto tiempo, desde que recuperaste la razón?

—¿Qué puede importarte? —se encolerizó, dándose cuenta, con un leve alivio, de que él no había recibido su carta.

—¡Me importa porque te amo, maldición! —gritó Colin.

—¿Qué? —Anna sintió que la habitación daba vueltas—. Pero…

—Y decidí que si tú, al fin, habías terminado con ese absurdo compromiso con Rich Howell —continuó, implacable—, podía regresar de Guatemala.

—¿Es por eso por lo que volviste?

—Por supuesto.

—Entonces, ¿recibiste mi carta? —Anna sacudió la cabeza, confusa.

—¿Cuál carta?

—Te escribí para informarte de que había roto mi compromiso con Rich cuando fuimos a Chicago y…

—¿Chicago?

—Iba a decírtelo —se defendió ella.

—¿Por qué no lo hiciste?

—¡Porque siempre te comportas como una bestia! —le gritó ella—. Y tal vez te burlarías de mí con un «te lo dije».

—Probablemente. ¡Por amor de Dios, mujer! ¡El infierno por el que me has hecho pasar! —la miró amenazadoramente, mientras ella se acercaba a la chimenea

—. ¿Chicago, eh? Ven —le pidió alejándose del fuego y arrodillándose en el sofá.

Anna lo miró con escepticismo.

—Ven. No voy a morderte, lo prometo. Te amo, confía en mí.

Embelesada, cruzó la habitación; Colin la cogió de la mano y la atrajo hacia el sofá.

—Así está mejor —murmuró.

—Entonces, ¿cómo supiste lo de Rich? —Anna trataba de ser razonable, cuando todo lo que en realidad quería hacer era abrazar a Colin.

—Me lo dijo Cindy —respondió él.

—¿Cindy?

—Llamé a Mike ayer por la noche, él no estaba así que le dejé el recado a Cindy.

Y cuando estaba a punto de colgar, me dijo, con su voz felina: «A propósito, veo que tampoco pudiste tolerar a Anna». Al principio no pude imaginar qué quería decir.

Luego añadió: Ella ya no está usando tu anillo, ¿sabías?» Difícilmente pude esperar a que amaneciera para tomar el primer avión para acá.

—¿Y qué hay del bebé?

—¿Cuál bebé?

—¿No te dijo nada de eso?

Colin la miró, visiblemente desconcertado.

—El bebé —agregó con cautela—: Tu sabes, ella está embarazada.

—¿Y eso qué?

—Pues —Anna se detuvo, oyendo cómo crujía el fuego preguntándose si se atrevería—. Asegura que tú eres el padre.

—¿Qué? —Colin parecía asombrado y después furioso.

—Lo dio a entender. Hablaba de que llegaría un bebé de ojos color café y puesto que Mike y ella los tienen azules… —la voz de Anua se perdió.

—¿Cómo diablos pudiste pensar una cosa como ésa?

—Te vi besándola y me advirtió que tenía que compartirte con ella, después la llevaste contigo a Dubuque y ¡maldición!, ¿qué podía pensar? —gritó Anna, se puso de pie de un salto y se colocó cerca de la chimenea.

—¿Yo la besaba? —Colin parecía aturdido—. ¿De qué demonios estás hablando? Cindy Tate tiene para mí tantos atractivos como una serpiente.

—Eso pensé en alguna ocasión. Pero cuando fui al edificio a por un refresco, el día que fuimos a la representación de Otelo, os vi en la escalera. ¡Y no estabais muy lejos!

—¡Oh Dios! ¿Así que presenciaste esa molesta escena de coqueteo?

—¿Coqueteo? ¡Si parecía que ella se te iba a meter dentro de la camisa!

—¡Maldición! Casi lo hizo. Yo creía que íbamos a por un refresco y ella que salíamos para continuar todo donde lo habíamos dejado hacía tres años.

—¿Así que todo fue idea suya?

—Claro. No fue mi culpa que ella se arrojara sobre mí jurándome que si volvíamos a intentarlo todo sería diferente, ¿o sí?

—¿Ella dijo eso?

—Sí.

—¿Y por supuesto, tú la hiciste a un lado? —le preguntó con escepticismo.

—Yo estaba obsesionado contigo. ¿Qué esperabas? ¿Que le hiciera el amor a una mujer a la que difícilmente podía soportar cerca, cuando me pasaba días y días pensando en cómo lograr que tú rompieras tu compromiso con ese venerable santo?

—Tú no estabas enamorado de mí —protestó Anna.

—¡Como un demonio! ¡Sí lo estaba!

Anna pensó que definitivamente, el sol de la selva había afectado su cerebro.

—Tú juzgaste conveniente fingir que estábamos comprometidos —le recordó—.

Eso es todo.

—No. no fue todo —le aseguró él, sonriendo con audacia—. Era un

medio de estar detrás de las líneas enemigas, por decirlo de algún modo.

—¿Qué?

—No creí que funcionara —explicó Colin, sonriendo aun—. Pero había tratado de convencerte de que estarías mejor sin Rich y esperaba estar a tu lado en el momento adecuado. En realidad era buena idea.

—Tú recalcaste que era para alejar a Cindy Tate.

—Se supone que también serviría para eso —concedió Colin—, aunque no fue así. ¿Qué te dijo?

—Cindy me vio allí, después de que os besarais, y aseguró que todavía teníais alguna relación —Anna encogió los hombros—. Y así parecía ser. Ibas a su casa a menudo y la llevabas en tu coche a todos lados.

—La mayoría de las veces era para ver a Mike, eran reuniones sobre el seminario de trabajo en el campo —dijo Colin—. Como yo no quería que ella pensara que tenía algún resentimiento porque me seguía interesando, cada vez que me pedía que la llevara o quería sentarse en la misma mesa que yo, en la cafetería de la escuela, aceptaba. ¡Estúpido de mí!

—Pues tú la llevaste a Dubuque contigo el día que te fuiste. ¡Dijiste que alguna persona debería echarte de menos! ¡Y ella te llevó al aeropuerto!

—Yo estaba furioso contigo. Supuse que irías a Chicago, verías al Señor Maravillas para informarle de que todo había terminado y caerías en mis brazos. ¡En vez de eso, paseaste ese maldito anillo frente a mi cara toda la tarde!

—¡No lo hice!

—¡No te lo quitaste!

—Tenía miedo.

—¿Por qué? —él se acercó y puso las manos sobre sus hombros—. ¿Por qué?

—Por Toby.

—¿Quién?

Ella lo llevó hacia la alfombra, frente a la chimenea, se sentó con las piernas cruzadas y él se acostó de lado, para poner la cabeza en su regazo.

—El hombre de mi pasado —explicó ella.

—Pensé que era Rich. ¿Quieres decir acaso, que hubo más de uno?

—Antes de Rich —ella nunca había hablado acerca de lo que Toby había significado para ella—. Toby deseaba una aventura, pero no llegar al matrimonio.

—Y tú sí querías —aquello no era una pregunta.

—Sí, hasta que oí hablar de sus otras mujeres, del bebé que él se

negaba a reconocer como suyo. Entonces quise terminar, él pensó que era una broma. Sólo deseaba buenos ratos y nada de ataduras —Anna le contó cómo se había sentido cuando se dio cuenta de que sus esperanzas y sueños no eran compartidos por Toby, ni lo serían nunca —. Aquello me puso en guardia contra los hombres apuestos —le dijo, mientras pasaba sus dedos entre el pelo de Colin—. El era, definitivamente, el Señor No Compromisos.

—Como yo —la voz de Colin era suave.

—Me asustaste muchísimo.

—¿Yo? ¿Por qué? ¿Por el modo en que te grité?

—No, por cómo me hiciste sentir.

—Cuéntame.

—Yo no quería experimentar aquello, deseaba echar de menos a Rich, pero al momento de verte, sentí como si me hubiera atropellado un camión.

—¿Tanto?

—Fue terrible, de verdad. Yo creí que la ausencia aumentaría mi amor por Rich.

Pero una vez que apareciste, ni siquiera pude recordar cómo era.

—Bien.

—¿Bien? Aquello era horrible.

—Muchas gracias, podría decir lo mismo de ti.

—Tonterías. Tú no querías nada serio conmigo.

—Porque tú también me asustabas.

Él nunca había parecido atemorizado, pero ella no lo contradijo.

—Me sentí atraído por ti desde el principio. Me gustó la forma en que te paraste frente a mí, respondiendo a todo. Sin embargo, no te quería cerca. No deseaba que ninguna mujer complicara mi vida, mucho menos una atractiva. Todas las mujeres por las que de algún modo había tenido interés, no valían la pena: Cindy mi madre; así que, ciertamente, no te necesitaba a ti.

—Lo demostrabas.

—Cuando insististe en quedarte —Colin rió—, no estaba preparado para pelear contigo, y pensé: ¿por qué no? Podía sacar ventaja de la situación, tener una aventura

—por un momento, pareció avergonzado.

—¿Fue por eso por lo que me besaste aquella noche?

—¡Aja! Me dije que era para probar que una aventura contigo estaría bien.

Estabas comprometida, pero ¿eso qué? Cindy fue mi prometida y eso no le impidió acostarse con quienes quiso.

—Yo no soy Cindy.

—Al principio deseaba que fueras como ella para justificar mis acciones, por decirlo así. Pero entonces, tú te alejaste de mis brazos y

corriste. ¡Dios mío!, estuviste fuera varias horas —levantó la vista y la miró con angustia al recordarlo—. Pensé que podía haberte ocurrido algo malo. Y, créeme, tuve muchísimo tiempo para darme cuenta de que no eras otra Cindy. Por eso fui a disculparme por haberte tratado de ese modo. Así comenzó a atraerme la idea de formalizar algo contigo.

—Will aseguró que tú no querías estar atado.

—Él habla demasiado.

—Sólo me señalaba lo que yo podía ver sola. Si en un momento me hacías proposiciones, al siguiente actuabas como si no supieras que existía.

—Aparecías en cada uno de mis malditos pensamientos.

—Qué agradable sería para ti —bromeó—. Parece como si lo hubieras disfrutado.

—No lo disfruté, era una tortura porque me había enamorado de ti. Y maldita la gracia que me hacía. Por otro lado, estabas comprometida con Rich y cada vez que yo me presentaba como soy, tú te aferrabas a él.

—Yo no sabía qué querías. Pensé que intentabas convencerme de que no amaba a Rich sólo para tener una aventura conmigo.

—Eso me proponía al principio. Pero podría jurar por los infiernos que poco después ya era imposible. Estaba completamente desconcertado. A veces tenía la seguridad de que, si te besaba, tú me responderías, después me asustaba y me apartaba con brusquedad. De verdad, me enloquecías. Luego, cuando fuiste a Chicago, pensé que podrías reñir con Rich y así tendría yo una oportunidad —

levantó la vista hacia ella—. Pero el anillo seguía en su lugar y tú te comportabas como si no pudieras esperar hasta Navidad para verlo otra vez y ¡meterte en la cama con él!

—¡Yo nunca…!

—Date cuenta de que estaba loco de celos, ¿puedes entenderlo? Yo ya tenía todo planeado. Esa noche te iba a proponer que nos casáramos, después de que rompieras con Rich, ¡pero no lo hiciste!

—Todavía no confiaba en ti. Cindy Tate me había lavado el cerebro, prácticamente. Supo manejar todas mis inseguridades con exactitud. Yo te comparaba con Toby y era fácil hacerme dudar de lo que tú querías conseguir con tus besos; yo había tenido un desengaño demasiado fuerte. Pero… ¿Qué era lo que Cindy intentaba?

—Fui yo el que rompió nuestro compromiso, así que, supongo, para ella era la oportunidad de vengarse.

—¿Tú lo rompiste?

—En cuanto a mí concierne, ella lo rompió cuando la vi acostada con otro. Pero fui yo quien lo hizo oficial. Parece que ella pensaba que estaba muy bien compartir…

para mí no —Colin suspiró y sacudió la cabeza—. Creo que sé por qué no confiaste en mí: creíste en sus palabras. Lo que yo pensé fue que en realidad, no conseguiría nada contigo. Por eso me fui. ¿Para qué iba a quedarme?

—Lo siento —Anna sonrió. Después de todo, Jenny tenía razón. ¡Qué contenta se iba a poner al saberlo!

—Pero has dicho que me escribiste una carta —la miró con perplejidad—. Si Cindy te había convencido de que yo era un calavera, ¿qué te hizo cambiar de opinión?

—Tu madre.

—¿Mi madre? —Colin se levantó de un brinco.

—Ella llegó un día de la semana pasada para cuidarte por la malaria. Jenny le contó que yo era tu prometida y pasé parte de la mañana charlando con ella. Me advirtió que yo tenía que ser muy especial para conservarte.

—¿Ella dijo qué?

—Bueno, me contó que había sido infiel a tu padre y que eso, entre otras cosas, había destruido su relación contigo. Me explicó que tú no aprobabas a Cindy Tate por la misma razón. Después, cuando estaba pensando en ti —continuó sonriendo—, me pareció imposible que sostuvieras una relación con una mujer casada. Así que comencé a dudar de todo lo que Cindy había dicho.

—¡Bien por mi madre! Me debía una, tendré que darle las gracias. Es la única cosa buena que ha hecho por mí, ¡convencerte!

—Creo que lamenta la forma en que están las cosas entre vosotros.

—Debería. A ella nunca le importé un comino, excepto si le convenía. A los siete años me metió en un hospital para que curara mi tonsilitis y nunca volvió a aparecer. Mi padre me recogió tres días después —su expresión era dura, fría, y Anna sintió mucha pena por el rechazo que él había sentido. Y recordó también su miedo a quedarse en el hospital aquel verano. «No te vayas», murmuraba él,

«quédate conmigo». Gracias a Dios, ella no había desaparecido.

Colin rió a carcajadas.

—¿Qué te hace gracia?

—Estaba pensando en que les debemos el entendernos, ¡a Cindy y a mi madre!

Espero que sepan apreciar lo útiles que nos han sido.

—Tu madre lo hará —dijo Anna. Si Cindy lo hacía o no, no importaba.

Colin la atrajo hacia sí, entre sus rodillas, y sus manos se deslizaron bajo el jersey y la blusa, acariciando la suavidad de su piel.

—Tendremos que invitarlas a la boda.

—¿Cuál boda?

—¿Cómo que cuál boda? ¡La nuestra!

—Creo que olvidas algo —sonrió Anna.
—¿Cómo qué?
—Proponérmelo.
—No. Ya tuviste tu oportunidad la noche que volvíamos de Chicago y la desperdiciaste. Si quieres que haya alguna proposición, tendrás que hacerla tú.
—Es cierto —dijo ella—. La razón por la que me comprometí con Rich fue que no encontré una justificación para no hacerlo. Así que te pido a ti que te cases conmigo, porque tengo una buena razón.
Colin suspiró y levantó la vista.
—Lamento haberlo dicho —protestó—. Yo te lo pido.
—No —Anna le cogió una mano, haciéndolo callar—. Lo hago yo. Colin Davies, te amo. ¿Te casarías conmigo?
—Dios mío, claro que sí. ¿Por qué has tardado tanto en pedírmelo? —la estrechó entre sus brazos.
Rodaron por la alfombra, con los brazos y las piernas entrelazados, acariciándose, amándose uno a otro, hasta que Colin se separó y murmuró:
—Dios mío, ¡cómo te he echado de menos! Pensaba que me moriría en Guatemala sin ti. La soledad es el infierno de la Tierra.
—Yo te extrañé también —Anna le besó la comisura de los labios —. Tus cartas eran maravillosas, pero no suficientes. Estaba muy sola sin ti.
—Yo también.
—Ya no lo estarás. Nunca, te lo prometo.
A la luz vacilante de la chimenea, Anna vio en su reloj que eran las cuatro de la mañana. Se envolvió mejor en las mantas, buscando el calor, y trató de acomodarse en el duro sofá de Salty. Colin dormía en la alcoba. El largo y cansado viaje lo había afectado más de lo que él deseaba admitir. Charlaron todavía una hora más, susurrando todas las cosas que habían querido decirse uno al otro y que antes no se habían atrevido a hacer. Al fin los ojos de Colin comenzaban a cerrarse y los bostezos se hicieron más frecuentes, le costaba mantener la conversación.
—Vete a dormir, es lo que necesitas —sugirió Anna.
—Lo que necesito es a ti —pero no protestó cuando ella lo dejó solo en la estrecha cama de Salty—. ¿Qué pasará si me despierto y descubro que te has ido? —
aquello quería sonar a broma, pero Anna descubrió que había ansiedad en su voz.
¿Cómo podría no haberla, después de todas las cosas que había tenido que pasar él mientras crecía?
—No —le dijo con firmeza—. Siempre estaré aquí. Ahora ya es demasiado tarde, pero estás seguro conmigo —él había sonreído antes

de cerrar los ojos.

Anna se había dado un baño caliente pensando en su nueva felicidad y luego se había acostado en el sofá del salón. No llevaba muchas horas durmiendo cuando oyó un ruido que la despertó de su muy placentero sueño. Volviéndose, vio a Colin que, envuelto en una manta, caminaba hacia ella.

—¡Tú estás! —murmuró casi para sí—. Aquí, quiero decir.

—Siempre. ¿Sucede algo?

—Necesito saber una cosa.

—¿Qué?

—¿Cumples tus promesas?

—Por supuesto, ¿no confías en mí todavía?

—Me parece recordar que prometiste algo. Me aseguraste que nunca más estaría solo, y estaba solo.

—¿Hace un momento? —no pudo evitar sonreír, y alzó una mano para acercarlo al sofá.

—Sí.

Anna se movió, pegándose al respaldo todo lo que podía. Colin deslizó su cuerpo, musculoso y duro, junto al de ella.

—¿Aún te sientes solo?

—Un poco.

Anna rió, quitando la manta y volviendo a ponerla sobre los dos. Sus cuerpos se tocaban desde las mejillas hasta los pies.

—¿Y ahora?

—Mucho mejor. Es horrible este sofá —se quejó. Sus labios acariciaban los de Anna, deslizándose para besar el mentón, la mejilla, la oreja, volviendo luego a la boca.

—¿Soledad o incomodidad? —le preguntó, haciéndole cosquillas.

Él sonrió y le mordió la oreja.

—Incomodidad.

Aquello fue lo último razonable que dijeron ambos durante un largo rato.

Fin